

ESTUDIO PREVIO Y EDICIÓN INTERPRETATIVA DE ROSINA O LA PRISIÓN  
DEL CASTILLO DE CHAGRES DE JUAN JOSÉ NIETO GIL

EDUARDO LUIS GUARDO PÁJARO

UNIVERSIDAD DE CARTAGENA  
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS  
LINGÜÍSTICA Y LITERATURA  
CARTAGENA DE INDIAS D. T. y C.

2018

**PROGRAMA DE LINGÜÍSTICA Y LITERATURA**

**EVALUACIÓN DE TRABAJO DE GRADO**

**ESTUDIANTE: EDUARDO LUIS GUARDO PÁJARO**

**TÍTULO: “ESTUDIO PREVIO Y EDICIÓN INTERPRETATIVA DE ROSINA  
O LA PRISIÓN DEL CASTILLO DE CHÁGRES DE JUAN JOSÉ  
NIETO GIL”**

***CALIFICACIÓN***

***APROBADO***

***LÁZARO VALDELAMAR SARABIA***

*Asesor*

***EMIRO SANTOS GARCÍA***

*Jurado*

Cartagena, marzo de 2018

ESTUDIO PREVIO Y EDICIÓN INTERPRETATIVA DE ROSINA O LA PRISIÓN  
DEL CASTILLO DE CHAGRES DE JUAN JOSÉ NIETO GIL

Trabajo de grado presentado como requisito para optar al título de  
Profesional en Lingüística y Literatura

EDUARDO LUIS GUARDO PÁJARO

ASESOR

LÁZARO VALDELAMAR SARABIA

UNIVERSIDAD DE CARTAGENA  
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS  
LINGÜÍSTICA Y LITERATURA  
CARTAGENA DE INDIAS D. T. y C.

2018

## **AGRADECIMIENTOS**

Gracias a Dios, primero, fuente inagotable de sabiduría.

A mis padres, hermanos y familiares por su generosidad, aporte y paciencia en el proceso de este trabajo.

A mi ángel, ahora desde el cielo: mi abuela; quien junto con mis padres me enseñaron que la educación y la instrucción son los únicos medios para salir adelante y superarse.

Y, por último, pero no menos importante, a mis profesores y compañeros del programa de lingüística y literatura que hicieron este camino un tiempo inolvidable.

ESTUDIO PREVIO Y EDICIÓN INTERPRETATIVA DE ROSINA O LA PRISIÓN  
DEL CASTILLO DE CHAGRES DE JUAN JOSÉ NIETO GIL

Tabla de contenido

INTRODUCCIÓN .....	7
EL FOLLETÍN COMO MEDIO DE INSTRUCCIÓN SOCIAL DE LA MUJER EN LOS INICIOS DE LA NACIÓN EN ROSINA O LA PRISIÓN DEL CASTILLO DE CHÁGRES, DE JUAN JOSÉ NIETO GIL	
1. El folletín como herramienta de reproducción ideológica: mujer y literatura.....	15
2. Rosina: Atisbos de una nuevo Nación.....	22
CONCLUSIÓN.....	27
ANEXOS	
Notas acerca de la edición .....	31
Muestras fotográficas .....	36
BIBLIOGRAFÍA .....	39
ROSINA O LA PRISIÓN DEL CASTILLO DE CHÁGRES. EDICIÓN MODERNIZADA .....	42

## RESUMEN

En este trabajo se pretende abordar la novela *Rosina o La prisión del castillo de Chagres* de Juan José Nieto Gil, publicada por entregas a modo de folletín en el periódico *La Democracia* de Cartagena entre el 11 de julio y el 10 de octubre de 1850. A partir de ella, se reflexionará sobre cómo el folletín -desde la literatura y la prensa- logra tener considerable importancia en las conciencias y modos de vida del público femenino de la Cartagena decimonónica y así configurar un prototipo de mujer acorde con los intereses políticos y educativos del autor.

Una vez abordado lo anterior y de mostrar el contexto en que se inscribe la novela y el autor, se presenta una edición normalizada precedida por las normas sintácticas y ortográficas que la justifican.

**Palabras claves:** nación / ideología / mujer / Juan José Nieto / política / siglo XIX / literatura decimonónica.

## INTRODUCCIÓN

Desde la historia o la historiografía política de nuestro país son muchas las afirmaciones que se han hecho en torno a la vida, obra y trascendencia tanto personal como política de Juan José Nieto Gil. Basta con dar un vistazo al segundo tomo de *El Presidente Nieto*, en *Historia Doble de la Costa* (1981) del historiador Orlando Fals Borda. Este autor divide el texto en dos caras: en la primera hace un extenso recorrido por toda la información concreta y verificable que se puede encontrar en las fuentes documentales de tipo político de nuestro país; mientras que la segunda es un cúmulo de información recogida a través de fuentes orales que, se presume, tuvieron algún vínculo o contacto con el político decimonónico.

Además de esta importante obra, que hasta el momento no ha podido ser superada en cuanto a riqueza de información y documentación, a pesar de haber sido (y aún lo continúa siendo) blanco de críticas, encontramos textos como los del desaparecido historiador cartagenero Eduardo Lemaitre Román (1983); de corte histórico-sociales como los de Sergio Paolo Solano (2008), Javier Ortiz Cassiani (2008) e Idelber Avelar (2011), entre otros, que nos ofrecen datos importantes en cuanto a las razones históricas, ideológicas y políticas<sup>1</sup> que enmarcaron la vida de este controversial político cartagenero, así como al mismo tiempo, nos ilustran ciertos aspectos que, según sus interpretaciones, son relevantes en las obras de J.J. Nieto.

En dichos textos el enfoque principal es estudiar al autor de acuerdo con las razones históricas en las que Nieto se vio envuelto y al mismo tiempo encontramos una vasta documentación

---

<sup>1</sup>En términos generales se podría decir que “ideología” y “política” van de la mano, pero aquí no lo asumiremos de ese modo. Concebimos *ideología* como aquellos presupuestos mentales bajo los cuales se fundamenta el actuar político; y en este sentido, adoptamos el término *política*, como aquel accionar; es decir, como la puesta en marcha de los ideales; su realización en concreto. En otras palabras, lo ideológico sería lo abstracto, mientras que lo político es lo meramente concreto, lo asible.

biográfica que da cuenta de la vida y actuar político del autor. En este punto puede decirse que la razón por la cual esto se presenta es porque resulta mucho más cómodo y consecuente hacer estudios que puedan ser confrontados con bases directas y asibles, o porque la vida política que rodeó a este “ilustre” cartagenero fue bastante agitada y controversial en cuanto a su ascenso social y político. Para corroborar este hecho, basta, por ejemplo, echar un vistazo a las constantes discusiones que sostuvo Nieto en su momento con personalidades como José Joaquín Ortiz o los hermanos Calvo, de Cartagena, a raíz de su periódico y las publicaciones hechas en el mismo, de sus escritos varios y de sus posteriores producciones literarias, que más que ser criticadas por su valor retórico o intelectual eran subvaloradas por el simple hecho de que se tenía muy en cuenta la procedencia de Nieto.

Al contrario de los extensos estudios centrados en la vida política e ideológica de Nieto, los estudios de sus producciones literarias han sido relegados y subvalorados en el contexto académico de hoy. Puede ser que el imaginario o “etiqueta” instaurada por los primeros contradictores de Nieto Gil, como los ya mencionados Juan Francisco Ortiz y otros como los hermanos Calvo, que argumentaban que la escritura de Nieto carecía de autenticidad al estar “torpemente” influenciada por la literatura francesa y, sumado a esto, por el malogrado intento argumentativo en cada uno de sus escritos<sup>2</sup>, aún tengan relevancia en los acercamientos que se hacen a su literatura, ocasionando de este modo que se reduzcan los intentos por penetrar en el entramado literario del autor, creando

---

<sup>6</sup> Así documenta Fals Borda (2002) una de las rencillas más importantes y directas que pudieron darse entre el general Nieto y los hermanos Calvo y Ortiz: “[Juan José Nieto] se atrevió, en 1835, a hacerle algunas glosas a una carta publicada en Bogotá por el poeta José Joaquín Ortiz dirigida al joven tipógrafo Bartolomé Calvo, de Cartagena, en la que Ortiz se quejaba de la indiferencia con que se habían recibido sus obras en la capital. Era un ataque disimulado al presidente Santander. Nieto, como buen santanderista y obandista (además, empleado del gobierno), contestó con erudición, citando literatos franceses y asegurando que el gobierno “marcha con el siglo en que vivimos, porque no es un gobierno tiránico ni ilegítimo contra quien deba conspirarse [...] ni vengador de los agravios y desórdenes pasados”. Bartolomé Calvo le aconsejó al poeta Ortiz no contestar a Nieto: “*Éste es un ignorante que quiere hacerse notar de cualquier modo*”, escribió en una esquela, “*no debe hacerse caso, porque el desprecio es la contestación más dolorosa que él puede recibir [...]* aquí se ríen de sus escritos.” Pág. 51A.



así barreras que se fundan en un imaginario que real o no, en ninguna medida debe incidir en los estudios actuales. Pese a lo anterior, resulta conveniente señalar que la valorización de la obra de Nieto fue iniciada en el 1998 por el investigador Roberto Córdoba Rubio, quien, bajo el auspicio de la Gobernación del Atlántico, llevó a cabo una edición diplomática o reedición de la novela fundacional de *Ingermina o la hija de Calamar*<sup>3</sup>.

J.J. Nieto en su trayectoria política no sólo escribió literatura, sino también elaboró modestos textos que van desde cartillas de instrucción popular hasta estudios geográficos y estadísticos. En 1834 escribe *Derechos y Deberes del hombre en sociedad* que, junto con *Geografía Histórica, Estadística y local de la Provincia de Cartagena* (1839), se encuentra altamente influenciado por las corrientes ideológicas francesas que se encontraban en boga en el momento, además por los mandatos generales que pudieron darse a todos los gobernadores de provincias de la época, en cabeza del coronel Francisco de Paula Santander. Citando a Efraín Sánchez, refiere Ortiz Cassiani (2016):

“A escasos años de haberse dado la independencia absoluta, el vicepresidente Francisco de Paula Santander demostró su interés por el conocimiento geográfico del recién creado estado; así, en 1823, en sus afanes por fortalecer el nacionalismo, a través de decreto exhortó a los gobernadores provinciales a desarrollar trabajos para incentivar la geografía. En el decreto, Santander pedía que, en el término de seis meses, como tiempo límite, los gobernadores remitieran un mapa de cada provincia, lo más preciso posible, en el que se incluyeran los ríos y sus tramos navegables, las cordilleras, los puertos y las poblaciones.

---

<sup>3</sup>La reedición de Córdoba se basa en la transcripción del original, con el fin de traerla hasta nuestros días. No se hace en ella una corrección orto tipográfica o de los posibles errores de redacción, de impresión o carencia de sentido. A manera de prólogo, encontramos una corta contextualización comentando uno que otro nudo histórico o de la trama que se puede encontrar en la novela.

Además, debían remitir la latitud y longitud de la respectiva provincia, sus límites, el número de habitantes, señalando por separado la población esclava y la libre y sus principales productos”.

Ahora bien, en lo que se refiere a la “carrera literaria” de Nieto, encontramos que después de un largo exilio<sup>4</sup>, producto de la pérdida de varias batallas en contra del general Morquera, en 1844 es publicada en dos tomos en la imprenta de Gleaner, dirigida por Rafael J. de Córdoba en Kingston-Jamaica, la novela *Ingermina o la hija de Calamar*. En ella “los sucesos de la conquista y colonización sirven de marco para desarrollar la trama de los amores de dos personajes que pertenecen a mundos diferentes: Alonso de Heredia, un capitán español, e Ingermina, la bella princesa hija del Cacique de Calamar” (Córdoba., 1998:131). En 1845, un año después de la publicación de *Ingermina*, aparece su segunda novela *Los Moriscos*, que, en palabras de Fals Borda (2002), trata “sobre una familia mora andaluza [y es] escrita en simpatía con los que, como Nieto, eran expulsados de la patria”. Esta novela ha sido la que menor interés ha tenido por la crítica literaria y por los estudios académicos en general, hecho que puede evidenciarse en la poca o nula bibliografía que se puede encontrar de la misma.

Tiempo después, el 1 de abril de 1849, (no en 1850 como afirman Fals Borda y posteriormente Córdoba Rubio) apareció en Cartagena de Indias el fogoso periódico semanal *La Democracia*<sup>5</sup>,

---

<sup>4</sup> El investigador Roberto Córdoba, en *Juan José Nieto y la novela histórica* (1998: 130), lo declara así: “Nieto se refugia en la clandestinidad. Al parecer durante esos cuatro meses que estuvo prófugo escribió su primera novela. Así lo confirma él mismo [J.J. Nieto] en la dedicatoria de *Ingermina*: <No me ha faltado razón de distraer el fastidio causado por un encierro de más de cuatro meses (...)>”

<sup>5</sup>*La Democracia*, periódico de corte netamente liberal, contó con la publicación semanal de fascículos los cuales llevaban anexos las tiras dispuestas para las producciones literarias ya sean propias o traducciones. Su corto plazo de vida finalizó con la publicación del número 53 de fecha del 5 de diciembre de 1850. Según Oscar Torres López, en *El folletín y la prensa cartagenera de mediados del siglo XIX*, en el periódico se publicaron más de diez folletines y entre los más importante [según su criterio] encontramos El padre Juan de Eujenio Guinos, el poema Óyeme de Rafael Núñez, La mujer a los sesenta años, La marquesa de Santa Cruz, El fondo del alma, Clotilde, La Madre Loca (traducida

fundado por Juan J. Nieto, Rafael Núñez, Juan Manuel Royo, Antonio Benedetti, Vicente García y José Araujo<sup>6</sup>. Un año después, en las páginas del semanario se dio a conocer *Rosina o La prisión del castillo de Chagres* en un periodo que va del 11 de julio al 10 de octubre de 1850 (de los números 32 al 45), con un total de 13 entregas siguiendo el formato del folletín.

*Rosina o La prisión del castillo de Chagres* ha suscitado en los últimos años el interés de muchos, y se ha convertido en un tema en el que desde lo novedoso o lo convencional ha ganado espacio e importancia en las crecientes investigaciones o estudios literarios que se han desarrollado recientemente en nuestro contexto.

El trabajo titulado *Rosina o La prisión del castillo de Chagres. Un folletín de Juan José Nieto*, a cargo de Netty Portela Montalvo entregado en el año 2009 para obtener el título de Profesional en Lingüística y Literatura de la Universidad de Cartagena, es un estudio que rescata del olvido a esta novela de Nieto. La autora (tal como lo hace el investigador Roberto Córdoba con *Ingermina*) se centra en presentar una mera edición diplomática<sup>7</sup>.

En el año 2009 aparece igualmente en la Universidad de Cartagena el trabajo de Yadira E. Molina Padrón, titulado *Lo religioso y lo secular en un folletín cartagenero de mediados del siglo XIX* también como resultado de tesis de grado para obtener el título de Profesional en Lingüística y Literatura. En éste la autora examina la novela a partir de la edición referenciada anteriormente (la de Portela Montalvo) desde dos perspectivas: primero, desde el paradigma de la religiosidad presente en la novela, en la que intenta revisar o dilucidar las marcas textuales que la llevan a

---

del Francés), Rosalía (novela italiana), La viuda enferma, Rafael i Manuelita, Ricardo Mc Will y Rosina o la prisión del castillo de Chagres.

<sup>6</sup> Córdoba, R. 1998.

<sup>7</sup> Pérez (2011) define la *Edición diplomática* como aquella que supone una pura y simple transcripción del texto antiguo según permiten los modernos caracteres de imprenta y la composición tipográfica. Se respetan, pues, en ella las particularidades gráficas del manuscrito y se reproducen sin corregirlos todos y cada uno de los errores por evidente que éstos sean. (Más adelante se ahondarán acerca de las diferentes propuestas a la hora de hacer una reedición).

proponer que en los personajes femeninos hay elementos cristiano-católicos y tradicionalistas que posteriormente redundarán en la configuración del prototipo de mujer decimonónica; y echa mano del mismo mecanismo para plantear como segunda instancia que, de igual forma en que hay elementos religiosos, también se encuentran presente vestigios laicales que conllevan al público lector del folletín a comprometerse en la construcción de una nación democrática y republicana. Molina Padrón hace un sucinto recorrido por lo que significa el folletín para la época y también cuenta cuál fue su origen y el desarrollo que tuvo en nuestro contexto.

Asimismo, tenemos, esta vez con el sello de la Universidad del Norte, a cargo del desaparecido investigador Adolfo Gonzales Henríquez, una también edición diplomática de *Rosina*. En realidad, al igual que en Portela Montalvo (2009), lo que encontramos es una transcripción total del original. El autor se limita a transcribir la novela anexando una corta introducción en la que, de acuerdo a sus palabras “ha procurado captar el espíritu de la historia respetando al máximo el texto original”<sup>8</sup>. A diferencia de Portela, se le abona el hecho de que agrega una corta, aunque imprecisa “presentación”, ya que sitúa y caracteriza la novela con temas que, si bien son tocados por el autor, no pueden ser de ninguna manera considerados como el tema o uno de los temas centrales de la novela.

En lo que sigue nuestra pretensión es primero: resaltar cómo a partir del impacto de la escritura y la prensa, el folletín logra tener considerable importancia y privilegio en las consciencias y modos de vida de un público lector específico y segundo, realizar una reflexión sobre la "figura" de la mujer que presenta la novela, concibiendo "figura" según la postura epistemológica de

---

<sup>8</sup> Siguiendo los presupuestos teóricos de Perez (2011), se considera que, aunque el editor agregue una pequeña introducción previa al texto editado, no puede considerarse una *Edición Interpretativa* debido a que no hace en ningún momento, algún tipo de modificación al *texto base* o *de colación*. Así pues, es simplemente considerado como una *Edición diplomática*.

Natalia Goldwaser (2015) quien la entiende como un elemento del discurso que permite el cruce entre el objeto político de los textos decimonónicos que pretendían formar un ideal de nación y el sujeto que escribe. La "figura de mujer" permite el cruce entre el objeto que es presentado y el sujeto que lo piensa. Goldwaser también hace uso del concepto "figura" para referenciar a la "mujer escrita" ya que justamente da cuenta de un "objeto" aún no contenido en el *status* o marco jurídico-político como lo puede ser el *status de ciudadanía*. Según este panorama, entonces hablar de "figura" es referirse a una imagen, una idea o una unidad ya asignada o puesta en relación con un concepto.

Así las cosas, este trabajo estará dividido en tres apartados: en el primero, se estudiará la escritura del folletín, su recepción y la configuración que lleva a cabo en su lector en la Cartagena decimonónica; en el segundo se analizarán las estrategias textuales que la novela pone en juego, para desde la ideología liberal republicana naciente, dirigirse y pretender configurar un sujeto femenino acorde con esa ideología. Para culminar habrá un tercer apartado dedicado a la presentación del trabajo reeditado de la novela *Rosina o la prisión del castillo de Chagres* de Juan José Nieto.

Dado que trabajaremos la novela de J.J. Nieto como un elemento que desde la naciente ideología liberal republicana se dirige y pretende configurar un sujeto femenino, los fundamentos que nos servirán para interpretar la novela son: nación, ideología y mujer.

En primer lugar, el concepto de "nación" según Goldwaser (2015) es concebido como el cuadro de referencia donde existe una cultura en formación que sienta las bases para una identidad moderna, marcando profundamente sus hábitos sociales a través de la educación y la promoción de un espíritu de pertenencia a la comunidad nacional, nutrido de rasgos que se instituyen

hegemónicamente tales como lengua e historia compartida, a través de leyendas, mitos, música y otros bienes culturales.

Para el concepto de "mujer" se acogerá también la propuesta de Natalia Goldwaser (2011) para quien la mujer se convierte en una arista original que ayuda a reconstruir un aspecto de la historia política del concepto de nación, y a la vez permite rastrear cuáles son las herencias que el imaginario de la época legó. La autora además agrega que en los textos decimonónicos se concibe la mujer como un "sujeto activo", es decir, en ellas se busca la forma de adaptarla a los nuevos tiempos venideros. En otras palabras, la mujer requiere ser "moldeada" a lo que se espera que sea la nueva nación. Lo anterior genera una "figura frontera", bisagra que señala el tránsito del pasado colonial al futuro: la fundación de la república. Entonces la figura femenina es el proyector de un futuro mediato que difiere del actual, es decir, que apela a un antes y un después.

Para el concepto de "Ideología" seguiremos a Louis Althusser (1970) quien propone que las ideologías constituyen a los sujetos como tales, a través de "aparatos ideológicos del estado" como el sistema educativo y la religión, "interpelando" a los individuos como sujetos, así que no serían los sujetos quienes influyen sobre las ideologías, sino lo contrario.

En resumen, este trabajo estudiará la escritura de folletín, su recepción y la configuración que hace de su público lector en la Cartagena decimonónica, y cómo Rosina en tanto que cumple el papel mujer-objeto escrito supondrá el medio con el que se intentó alejarse del pasado colonial y crear una nueva idea de nación a través de una naciente ideología.

**EL FOLLETÍN COMO MEDIO DE INSTRUCCIÓN SOCIAL DE LA MUJER EN LOS  
INICIOS DE LA NACIÓN EN *ROSINA O LA PRISIÓN DEL CASTILLO DE CHÁGRES*,  
DE JUAN JOSÉ NIETO GIL**

**El folletín como herramienta de reproducción ideológica: mujer y literatura**

La búsqueda de una identidad regida por los principios de autonomía (tanto ideológica como política) era el principal afán de la naciente sociedad decimonónica en la entonces Nueva Granada<sup>9</sup>. Para mediados de la primera mitad del siglo XIX, el pueblo neogranadino se encontraba en pleno proceso de readaptación: se pasa de una autoridad vertical, en la que todo está dado bajo la dependencia de España, a una búsqueda por el cómo hacer las cosas y cómo gobernar autónomamente. Los dos poderes políticos de la época, los bolivarianos y los santanderistas<sup>10</sup>, mantenían constantes rencillas, y en ellos permanecía la imperante preocupación por el hecho de pensar e ingeniárselas por el cómo mantener el control político de la nación, hallar el mejor modo de gobernar la naciente sociedad neogranadina y buscar estrategias para que el pueblo comulgara

---

<sup>9</sup> En su ensayo “Etapas y sentido de la historia de Colombia” Jaime Jaramillo (2012) expone sobre el periodo de la Nueva Granada y cuenta que “tanto la economía como la estructura social del país, sufrieron pocos cambios profundos en los años que corren entre la fundación de la República y 1850. El período fue de acentuado carácter conservador, a pesar de que las normas constitucionales del Estado se inspiraron en el pensamiento liberal.” Sin embargo, esto cambia con las reformas liberales de 1850, donde el pueblo neogranadino comienza un proceso de readaptación bastante difícil de afrontar, ya que seguían manteniendo ciertos vestigios de la dependencia española, mencionados por J. Jaramillo en su ensayo. “[...] la sociedad neogranadina presentaba todavía la estructura básica de la época colonial. Subsistían monopolios comerciales como el de tabaco, abundaban los bienes de manos muertas; seguían vigentes tributos y cargas fiscales de origen colonial; el Estado continuaba ejerciendo el patronato de la Iglesia; subsistía la pena de muerte por delitos comunes y políticos; la prensa tenía restricciones. Aún había en el país unos 20.000 esclavos.” Con estos cambios, ciudades como Cartagena comienzan a tener mayor importancia, puesto que “Cartagena y Popayán tenían mayor importancia por haber sido los primeros focos comerciales y políticos más importantes, el puerto donde aflúan los galeones que hacían el comercio y la segunda por haberse residenciado en ella las familias más aristocráticas y ricas del Virreinato”.

(Rescatado de: <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/historia/colhoy/colo4.htm>)

<sup>10</sup> Estas dos corrientes políticas de la época son consideradas como las bases fundacionales de los hoy formados partidos políticos conservadores y liberales.

con los ideales de cada cual. La pregunta esencial era: ¿qué hacer para que los ideales de cada cual llegaran con más rapidez y de forma más o menos certera a todas las capas sociales?

En Cartagena de Indias las cosas no eran diferentes: una sociedad sumamente heterogénea, dividida por los odios producto de las guerras independentistas, de la rabia y el resentimiento por la obtención del poder del bando contrario, así como por el hecho de hacer vigente la postura defendida por cada cual, hacía que las condiciones interpartidistas fueran realmente complicadas. La provinciana Cartagena, con sus aires de grandeza e intelectualidad para el siglo en cuestión, se erige como uno de los espacios con más dinamismo político de la época. La división y las rencillas permanentes entre los dos bandos anteriormente expuestos son el foco ideológico y político que acapara la atención de la naciente sociedad republicana.

La obtención y permanencia del poder era la bandera principal de cada partido. Los santanderistas proponían un gobierno de tipo federalista, separación entre iglesia y estado y con esto la posibilidad de la libertad de culto, la defensa de la educación pública y así la defensa de los derechos y deberes de todos los ciudadanos de la nación neogranadina, sin importar condición sexual, económica, ideológica o social. De hecho, propugnaba por la abolición total de la esclavitud. Entre todas estas propuestas y con el agregado de ser postulados sustancialmente adelantados para la época, quizá la más importante era la secularización de la educación, la cual, según ellos, sería el instrumento más eficaz para salir del estancamiento pos-independentista.

El “proyecto educativo de Santander estaba encaminado a romper con el viejo sistema educativo colonial, y a darle un carácter más moderno y liberal a la educación. La educación debía sobre todo cumplir con el propósito de formar ciudadanos ordenados, respetuosos y defensores de la institucionalidad” (Ortiz, 2006). El partido santanderista escoge la educación como el argumento más importante y eficaz para llegar al pueblo: a aquellas masas oprimidas que desean salir del



grave letargo en que se encuentran y que escogen el camino de la instrucción, de la formación. Se educan para así salir de la ignorancia y de la exclusión social.

La educación era la herramienta que el pueblo necesitaba para avanzar, pero también el instrumento para inculcar acuerdo o desacuerdo con las conductas, ideales o consignas propias de uno u otro partido, es decir, el mecanismo de modelación social más eficaz con el que se pudiera contar, ya que a partir de ella se podían crear, configurar y reproducir modelos o posturas propias en oposición o debate con otras posturas ideológicas. Es justamente aquí donde aparece la prensa.

La prensa se erige como el instrumento que viabiliza, posibilita, crea y recrea los discursos propios de un sector político, al tiempo que denuncia y confronta los discursos de los otros sectores en disputa. La prensa en el siglo XIX se muestra como aquel órgano de reproducción masiva que llega a la mayoría de las capas sociales y que pretende, a través de la denuncia pública o de la sutil o abierta persuasión, permear la conciencia colectiva, de modo que se transforme la visión de mundo de cada cual, y que así, dependiendo de sus intereses, pueda movilizarse o comenzar a razonar en pro del bien particular, y por extensión, lo que considera el bien común. Es claro, así mismo, que, dependiendo del discurso o ideal defendido, hay instrumentos de prensa que comulgan con un ideal determinado. Es así como éstos defienden una postura ideológica con sus propias lógicas discursivas, al mismo tiempo que atacan al contrario. Es decir, el constante choque entre los partidos de la época alcanza su máxima expresión en las rústicas páginas de prensa del periódico.

En Cartagena<sup>11</sup> la prensa se configuraba no sólo como el espacio en el que era posible informarse acerca de la realidad social, económica, cultural y social del pueblo, sino que tenía

---

<sup>11</sup> En el artículo “El folletín y la prensa Cartagenera de mediados del siglo XIX”, publicado en el vol. 2, núm. 4 (1999) de la revista *Historia Caribe*, Oscar Torres López habla sobre la literatura y el periodismo de la entonces Nueva

como propósito más importante la defensa de los valores morales y sociales que caracterizaban la doctrina o tribuna desde la que se escribía. En otras palabras, la prensa se erigía como aquel espacio en el que era posible la consolidación de paradigmas ideológicos, pero también significaba ver la imprenta como aquel instrumento en el que se era posible ejercer la instrucción.

En los abigarrados periódicos del siglo XIX no sólo se consignaban largas y extensas columnas noticiosas, que abordaban directamente asuntos políticos, religiosos, morales, académicos y sociales, sino que había también espacio para la literatura. Los vastos periódicos decimonónicos, a imitación de la tradición francesa y europea (Torres, 1999), reprodujeron centenares de escritos considerados como “literatura menor o popular”, y que durante muchos años hicieron parte de la prensa local. Estos escritos, entregados a manera de “cuadernillo barato”, tuvieron una amplia circulación en la sociedad popular de Cartagena. Según Oscar Torres, el “contenido y el lenguaje de los sencillos cuadernillos llegaban hondo a las emociones y sentimientos de las capas populares de la población: campesinos, artesanos y estratos bajos del pueblo”. Estos cuadernillos reciben el nombre de “folletín”.

Para Torres, “el folletín es un hecho sociocultural sobresaliente en el siglo XIX. Producto de la unión por conveniencias mercantiles, del periodismo y la literatura (62)”. Es el mecanismo que realmente posibilita que la alta esfera académica de la época, conformada por los más ilustres y acaudalados letrados y políticos criollos, logre tener un contacto directo con los sectores más bajos de la sociedad, o sea, con aquellos campesinos, artesanos y esclavos a los que se refería Torres.

---

Granada. Se destacan los periódicos *El Fanal* y *La Democracia*, siendo este último de orientación liberal y el primero de orientación conservadora-liberal. Ambos periódicos hicieron uso del Folletín, entre sus páginas tenían una sección con este mismo nombre, es por ello que no hay una ideología de prensa exclusiva en ambos, ya que el folletín, además de expresar temas de la época como las enfermedades, el amor, la orfandad, etc., con distintos dualismos y dificultades, era utilizado como estrategia de formación patriótica y ciudadana, difundiendo un discurso político y social con una envoltura literaria. Quiere decir que su mismo uso hace de la literatura del folletín patrimonio exclusivo de ambas ideologías, pues ambas buscaban difundir un discurso político y social.

El folletín se revela como un hecho trascendental en la sociedad decimonónica. No se hace literatura al azar, sino que, por el contrario, existe una indiscutible unión entre ideología e imprenta, entre el poder político que, dueño de un pensamiento determinado desea imponerlo a la conciencia de esa población popular, carente de una ideología política articulada. Las letras como modo de instrucción son una de las principales armas políticas de la época.

Esta unión indiscutible entre prensa, periodismo y literatura toma mucha fuerza e importancia, entre otras cosas, gracias a la necesidad del pueblo neogranadino de concebirse como una nación que pretende tener rasgos característicos propios con los cuales identificarse. Aparecen discursos que son propuestos a partir de una identidad política definida, con la intención de legitimar, discutir, reprobado o construir un sistema de valores específicos. De esta manera, la prensa, por extensión, ejerce el papel de transmitir o expresar discursos que fueran directamente encaminados a la formación y consolidación de la nación. En otras palabras, "los periódicos cumplieron la misión de seleccionar, clasificar, olvidar o de legitimar elementos de la construcción de un imaginario sobre la nueva realidad" (Acosta, 2002).

El público lector principal al que iban encaminadas estas publicaciones en los periódicos y los folletines eran principalmente mujeres, que se convertían en receptoras pasivas del discurso. Mujeres que generalmente pertenecían a las capas populares más desfavorecidas de la sociedad del momento, pero en las que, al mismo tiempo, existía, aunque mínima, la posibilidad de encontrar a alguien que, dominado por la idea de ascenso social, era muy probable que conociera la lectura y con esto se convirtiera en un orador ante la comunidad. También es cierto que era posible encontrar en este pequeño grupo de personas a algunas mujeres que de forma involuntaria se convertían en receptores pacientes, objetos de escucha en los que se cumplía uno de los principales

objetivos de la prensa: la instrucción. Javier Lora, citando a Carmen Elisa Acosta así se refiere de lo anterior:

[...] la mujer fue el símbolo ideal a llenar los vacíos en los espacios literarios nacionales, muy dependientes del influjo extranjero, en el sentido de ampliar los círculos de lectores, sobre todo a lectoras interesadas en el progreso moral de la sociedad, como lo indicaba la prensa literaria de Biblioteca de señoritas: “[..] a quienes se dirige la publicación, son la ciudadana y la campesina a las que se brinda el periódico como fuente inagotable de placeres domésticos. Unifica estos dos tipos de lectoras, pertenecientes a estratos sociales y espacios tan diferentes, así fuera en un propósito educativo, fue una novedad para el momento”. Así las cosas, la mujer navega en dos aguas: empieza a ser letrada, moderna, pero aún está restringida a las convenciones tradicionales. (Lora, 2011)

Sumado a esto, otra de las características de este tipo de folletines reside en que la construcción de los personajes es reflejo mismo de lo que el autor quiere lograr. Nieto así lo entiende: sus personajes son muy importantes, ya que, a partir de estos, dotándolos de significados específicos, quiere dar a conocer una característica o argumento particular. Cada personaje desde su particularidad muestra una idea mucho más general: construir la Nación.

*Rosina o La prisión del castillo de Chágres* así lo muestra. Una novela centrada en dos mujeres que en el siglo XIX son desterradas (como el mismo autor) de su tierra para ser conducidas, en sus propias palabras “a destinos tan crueles y tenebrosos”, se enmarcan como dos referentes para imaginar y concebir a la mujer. Su discurso en la novela puede ser definido como un intento por idear y construir a la mujer neogranadina. Más que esto es ese discurso el que desea crear, hacer

surgir y transformar un espacio subjetivo que según lo cree Nieto y sus copartidarios políticos, es urgente. Sostenemos que el autor lo consigue en mayor medida a través de las figuras de Clementina y Rosina, pero de igual forma, la actuación y forma de vida de Inés del Torrijo y Elisa de Sandobal, configuran el sentido ya propuesto. Es necesario evidenciar que estas cuatro mujeres son habitantes del “infierno” de Chágres.

## ROSINA: ATISBOS DE UNA NUEVA NACIÓN

*Rosina o La prisión del castillo de Chagres*, de Juan José Nieto Gil, juega con la estructura de novela introduciendo varios tipos de narración: epistolar, diario íntimo y las experiencias de vida de diferentes personajes que van tomando la voz de la narración a lo largo de la novela. En primera instancia, y como hemos dicho atrás, las protagonistas de la historia son las mujeres: Rosina de Soulendar, Clementina Remón, Elisa de Sandoval y Doña Inés del Torrijo; cuatro mujeres que recrean y sostienen el hilo conductor de la historia. De las cuatro, Rosina y Clementina llegan al castillo por causa de sus padres; Inés gracias a su esposo, mientras que Elisa no tiene en ningún momento contacto con la fortaleza de Chagres.

En Chágres se integra todo aquello que impide la posterior idealización de la vida futura. Tanto Rosina como Clementina conciben al castillo como aquel lugar donde se suprime o coarta cualquier forma de realización plena, social o personal de todo ser habitante de este “vestigio de la naturaleza”. Así las cosas, puede decirse que en la medida en que el castillo es aquel espacio en el que suceden las desgracias, sirve también como agravante o, en contraste, como aquel escenario en el que es necesaria la estancia para abrazar, en últimas, lo que el destino o “la Divina Providencia” les tiene deparado a cada una de ellas.

Rosina está en la prisión acompañando a su padre Roberto de Soulendar, quien ha sido enviado al castillo porque su buque de bandera francesa había sido interceptado por un crucero español mientras navegaba cerca de México sin los requisitos que las leyes de España exigían. Su padre fue capturado y después de un largo proceso, despojado de sus bienes y sentenciado a permanecer bajo pena de trabajo forzado por ocho años en el castillo.

Rosina es una mujer francesa que resulta ser una persona “bastante educada” para estar en el

castillo: de “delicada urbanidad” y con una “gracia encantadora”. Lo curioso de este personaje es que, a pesar de ser el más importante del texto, nunca habla directamente. De él sabremos sólo a través de la voz de Clementina, quien, en cuanto la conoce, queda encantada con ella, como si la joven francesa ejerciera algún tipo de embrujo con su sola presencia.

No te puedes figurar lo absorta que me quedé al encontrarme en aquel calabozo con una joven tan bella. Desde que me vio, dejando su labor, se puso en pie, contestando mi saludo con una muy delicada urbanidad y ofreciéndome asiento. (Nieto, 48)

Clementina no sólo la admira y quiere, sino que la hace su amiga íntima, y hasta cierto punto se vuelve una figura materna para ella.

Rosina, a pesar de ser francesa y no haber estado en el país hace mucho tiempo, no tiene problemas para hablar el español con fluidez. Estamos, pues, frente a una mujer con un alto nivel intelectual, con buenos modales y sensibilidad artística: “[...] sabe el dibujo, la música y el piano, tiene una esmerada instrucción y un buen sentido, acompañado todo de buena figura”. Respecto a esto, Goldwaser afirma que:

Son las élites intelectuales a través de la literatura, quienes se habían hecho eco de fomentar una visión femenina idealizada para las clases altas. Construyeron incluso dos prototipos: una mujer blanca, de clase alta, modesta, obediente y recatada al estilo de una doncella; una viuda doliente y enlutada, casta esposa como una enclaustrada monja." (2015, 15)

Por lo descrito anteriormente, es claro que Rosina no sólo encarna a la mujer blanca, recatada y modesta, sino que representa también una especie de viuda doliente, sacrificada por su padre,

encerrada en Chagres, negándose la posibilidad de vivir como una joven común y corriente de su época: "Rosina con mi permiso se levantó, lavó las manos a su padre, le limpió el sudor, y le arregló el cabello [a su padre]" (49).

Se convierte en su ángel protector: encarna la figura de mujer abnegada que se aparta de toda comodidad para convertirse en una mártir por la vida de otro. Una mujer que es capaz de ser fiel a su padre, a pesar de las dificultades por las que atraviesa, al mismo tiempo que es capaz de renunciar al amor que ha sentido tiempo atrás, pero que ha querido esconder y disolver para, en un gesto de nobleza y pura filantropía, dar fuerza a la renuncia de sí misma en beneficio del otro. "No había remedio, nos obligaron a marchar y era preciso separarnos, pero mi desgracia aumentaba su pasión: me quería con lástima y me juró un amor eterno; juramento que he creído inviolable, como hecho por un hombre honrado"(98).

Aparece Rosina como una mujer sin tachaduras. Esto puede interpretarse de dos formas: por un lado, el retraso en el que está sumergida la Nueva Granada al no poseer mujeres como Rosina; por el otro, que Nieto tenía los ojos puestos en Francia como el "ideal". Entonces Francia es el modelo a seguir para la Nueva Granada, cosa que no pasa con España. Aunque Clementina y Elisa (españolas) son educadas y de buena familia, sus dones no son comparables con los de Rosina, ni siquiera durante la desgracia familiar de la última, sino que, por el contrario, se conciben como la oportunidad que tiene la joven para mostrar la excelente mujer e hija que es. Podemos dar cuenta de este aspecto, al poner atención en las conversaciones que Clementina y Elisa sostienen a través de correspondencias que por momento se tornan superficiales.

"Mientras que ella la pasaba alegremente con sus jóvenes visitantes yo estaba en un cuarto separado de la casa sintiendo lo que tú sabes siente una muchacha cuando no se deja ver ni obsequiar que es en todo lo que ciframos nuestra ambición."(58)



"Te significo que amar por gratitud, ninguno más digno que el capitán Manchaca, quien, aunque parezca un hombre ridículo, creo que haría la dicha de alguna mujer que eligiese, tan sólo por lograr la felicidad doméstica, si es que la pueda haber con esos estúpidos apasionados." (91)

Por otro lado, la figura de Clementina es interesante en la configuración de la novela. Es ella quien lleva la voz del relato la mayor parte de la historia. Los acontecimientos, los contextos y los personajes son en su mayoría descritos por ella. A diferencia de Rosina, Clementina, natural de Cádiz, llega al castillo de Chagres debido a que su padre ha sido designado por la Corona Española como comandante. Este rol tan importante en el contexto de la prisión le da un sentido diferente en cuanto a la forma en cómo se ve y se describe el castillo.

Los otros dos personajes femeninos que configuran la historia son Elisa y Doña Inés del Torrijo. A la primera es a quien va destinada la mayoría de las cartas que integran la historia. Es muy amiga de Clementina, también es natural de Cádiz, pero, a causa de la aparente muerte de su padre y por no tener más pariente que a una tía en la ciudad de La Habana (Elisa también es huérfana de madre), ha tenido que mudarse con ella para poder sobrevivir. Este cambio de vida, sumado a las condiciones bajo las cuales su tía la recibe, crean en el personaje el sentimiento de tristeza y desolación característico de las mujeres de toda la novela. Elisa, pese a no tener ningún contacto con el castillo, en la carta VII, que es la única que le escribe a su amiga, da referencias no tan buenas del castillo y lo describe como "un lugar que tiene más apariencia de hospital que de población".

Por su parte, la historia de doña Inés del Torrijo tampoco dista de las historias de los otros tres personajes que ya hemos tratado. Esta mujer, fruto de la unión de un "pobre hidalgo criollo" con una nativa del Perú, es obligada por su padre a casarse con Don Pablo Mateus, pese a tener una

relación secreta con don Servando de Córdoba. Inés se encuentra en el castillo porque debe acompañar a su compañero sentimental, quien posteriormente se convertiría en el asesino de su esposo: Don Servando de Córdoba. Sucedió que después de un fuerte terremoto Don Pablo dejó abandonada a su esposa Inés y Servando de Córdoba, movido por el amor que aún sentía por ella, pese a saber que permanecía aún casada, decidió ir a rescatarla del terremoto. Los dos, con la idea de que Mateus había muerto (situación que no fue así), sumado a que éste no tuvo ninguna voluntad por rescatarla, decidieron escapar. Después de un tiempo, Pablo y Servando se encontraron por casualidad y se retaron a un duelo a muerte.

Mateus muere y Servando queda herido, por lo que es conducido al castillo de Chágres a cumplir una sentencia de cuatro años. Pocos días antes de que se cumpla el tiempo de la sentencia, muere, y su compañera Inés queda "desprotegida", sin más consuelo que el recuerdo, pero con un pequeño capital con el cual sostenerse modestamente en el castillo. Tiempo después, la mujer inicia una relación con un hombre que al poco tiempo le roba todo y huye. Al quedar desprotegida y en ruina, decide trabajar como "sirvienta" para la familia del comandante, padre de Clementina.

## CONCLUSIÓN

En general puede decirse que la historia de las mujeres de *Rosina o La prisión del Castillo de Chágres* puede clasificarse en cinco grandes ideas: en la primera, encontramos que todas antes de ser apartadas de sus ciudades de origen y conducidas al castillo, viven en placidos y cómodos lugares y por tanto tienen una vida social y económica bastante privilegiada; segundo, encontramos que la separación es verdaderamente abrupta: pasan de una vida llena de comodidades a establecerse en un lugar habitado por la insalubridad e incomodidad; seguidamente, y a causa de esta separación, sufren debido a la ausencia del ser querido, por la vida diferente que es llevada o por la añoranza de lo dejado o perdido en el tiempo. Se extraña el amor dejado atrás y la felicidad que se tenía. Y, por último, encontramos que, después del sufrimiento y de haber superado los avatares de la supervivencia, se encuentra finalmente la felicidad y la estabilidad fuera del castillo. Dicha estabilidad, en todos los casos, es hallada después del matrimonio: después de haberse reencontrado con ese ser amado que ha sido separado a causa de las diferentes razones por las que llegaron al castillo.

Estas mujeres, a pesar de contar en algún momento con una buena posición social y ser educadas, no reúnen las cualidades para convertirse en el espejo en quienes deben reflejarse las mujeres neogranadinas. Veamos por qué: Clementina se autoreconoce como una mujer que no posee una alta educación, cosa similar ocurre con Elisa e Inés, quienes no tienen altos dotes intelectuales, sólo aquellos que les son permitidos a una mujer de buena posición. Este elemento ayuda a centrar la atención del lector sobre Rosina.

Por otro lado, tenemos que Clementina no deja de referirse a ella como una mujer repleta de cualidades físicas, de carácter e intelectual. Esto, además de afianzar las bondades de Rosina, lo

hace creíble, puesto que, no sería bien visto que ella misma se adjudicara tantas cualidades. Clementina, Elisa e Inés son entonces los “puntos” con los que se establece la comparación, dado que, como ya mencionamos, a pesar de ser de buena cuna, de haber recibido educación, carecen de las cualidades que elevan la valía de Rosina (un elevado intelecto, bondad, sensibilidad, dedicación y sacrificio), puesto que mientras Clementina sigue a su padre, quejándose de haber tenido que llegar a semejante lugar tan distante de sus acostumbrados espacios, Rosina, por el contrario, lo hace gustosa y entregada al lugar de su castigo.

¡Cuánto ansiaba por escribirte para desahogarme! ¿A dónde nos han traído? Esto es abominable. ¿Qué culpa habremos cometido, para que nos hayan mandado a este tenebroso rincón de la tierra? Si alguno, por caridad, nos hubiese informado de antemano lo que era esto, te aseguro, que me habría hecho dar un millón de veces el accidente, y fingido hasta que me moría, con tal de persuadir a mi padre a que renunciara a tal destino. (45)

Algo similar pasa con Elisa, quien sólo ve en su padre la salida a sus carencias económicas y a las restricciones "sociales" que le impone la tía:

Así, sobrellevaba yo mi nueva vida, conforme con mi mediocridad, y con un joven medio engalanado, cuando una tarde que me distraía leyendo en el corredor interior, siento entrar a un hombre que se me acerca precipitadamente. No sé cómo no me caí muerta de alegría, era mi padre, ¡amada Clementina, mi padre! que lo veía entre mis brazos, lo sentía, y me parecía un sueño. Venía de Brasil, y con riquezas más que suficientes para hacerme feliz. He aquí una transformación milagrosa después de cuatro años pasados de orfandad e incertidumbre. (62)

Por todo lo anterior, es evidente que para el autor la formación de la nueva Nación no debe dejar totalmente por fuera los modelos europeos, pero sí tomar distancia de la tradición española. Es Francia el ideal a seguir: "[...] el ser y el parecer iban indefectiblemente unidos, es decir, que la indumentaria, los modales y costumbres “hablaban” del ser que los portaba, indicaban una clase como también una nacionalidad o pertenencia territorial” (Goldwaser, 2015).

A pesar de ser Rosina el modelo a instaurar, no es sólo a través de la figura de esta última que el autor busca proponer un ideal a seguir. Leamos lo que dice Inés, la sirvienta de Clementina:

Es verdad que una mujer linda sin donaire, sin conversación, sin gusto para arreglarse, y aún, sin esas agradables ficciones, que manejadas con arte y a propósito, les comunican un no sé qué de voluptuoso: una mujer, digo, desnuda de todo esto, será una imagen bien hecha, pero muerta; porque le faltan esos ornamentos que dan vida a nuestro sexo. Una mujer, que sin atender a que sus dotes naturales sean perfectas, debe poner mucho estudio en conservarlas; pues es preciso que un hombre tenga el gusto muy estragado, para que pueda alucinarse con el desaseo y la descompostura. Nosotras para agradar, tenemos que hacerlo todo con gracia aunque sea aprendida. Los modales bruscos, son impropios hasta de los hombres, quienes para ser apreciados, necesitan también manejarse con finura y cortesía en la sociedad. Hasta en su enojo, debe la mujer conducirse con dulzura; pues hasta el rostro más hechicero se afea con el áspero gesto de la cólera. El sentimiento inspira compasión, el furor de la displicencia (Nieto, 80)

Es evidente, entonces, que el texto busca dialogar con mujeres, va dirigido a ellas. Pero, ¿por qué dirigir el texto a quienes no son activas políticamente, quienes no tienen voz de mando, ni poder para decidir qué dirección debe tomar la Nueva Granada? Lo anterior se muestra como algo incomprensible debido a la baja escolaridad y capacidad de leer de la mujer neogranadina; lo cierto

es que en aquella época solo sabían leer las mujeres adineradas. Sobre esto Goldwaser (2011) sostiene que "la mujer bárbara, no sometida todavía a las leyes del decoro y las buenas costumbres, es vista como una amenaza al orden que otorga la familia. Dicho orden es considerado como la piedra angular del Estado-nación" (402). La mujer bárbara significa un retroceso. No sirve para formar el ideal de nación. Habría que educarla antes, enseñarlas a ser educadas y obedientes, para luego conseguir de ellas el modelo deseado. Por el contrario, una mujer que ya es educada y decorosa, es la vía rápida para lograr el ideal femenino. El mismo autor agrega que "la misión de la mujer disciplinada debe ser la de formar a los nuevos ciudadanos, la de imbuirlos en el espíritu nacional a través de lo doméstico, sin interferir en la vida pública". Y a renglón seguido, asevera que "las mujeres eran imaginadas como integrantes de la aventura nacional" (2011:406).

Esto significa que el público al que va destinado la novela es el de las mujeres adineradas, las pocas mujeres que sabían leer gracias a su estatus social. Mujeres que, si bien no eran sujetos políticamente activos, sí serían las madres, esposas, hermanas e hijas de los hombres más poderosos. Por ende, sus compañeras, quienes criarían a los hombres que posteriormente incidirán en la creación de una nueva nación. Lo que busca la novela es forjar un ideal femenino e instaurar en ellas una forma de pensar, para que ellas educasen a sus hijos con tales ideales. En suma, Nieto busca formar indirectamente a los hombres que llevarían el mando del país en un futuro no tan lejano.

## NOTAS ACERCA DE LA EDICIÓN

Siguiendo los presupuestos teóricos para las ediciones y reediciones de Miguel Ángel Pérez Priego, en *La edición de textos* (2011), la presente edición de *Rosina o la Prisión del Castillo de Chagres*, de Juan José Nieto Gil, tiene la intención de traer hasta nuestro tiempo esta novela epistolar escrita en el convulsionado siglo XIX.

Esta *Edición Crítica* (y también *Interpretativa*)<sup>12</sup>, tiene la intención de ofrecer al lector una lectura mucho más clara, introduciendo cambios en el estilo de la puntuación, acentuación y grafía en general, con el objetivo de que el lector moderno se sienta cómodo al momento de hacer una lectura juiciosa y cuidadosa del texto que tiene en sus manos.

*Rosina o La prisión del castillo de Chagres* se encuentra escrita de acuerdo al estilo y las reglas lingüísticas y sintácticas del siglo XIX. En el trascurso de la novela es usual el uso de /i/ en vez de /y/ (i griega) como conjunción (que agrega): “ya estábamos bastantes retirados i solo percibía las cúpulas de las torres i las azoteas” (Carta I) o i en vez de y como vocal en finales de palabras, ejemplo: “hai muchos pueblos de indijenas” (Carta I). Otro uso particular para la época es el uso de la consonante j en vez de g, hecho que se evidencia en el mismo ejemplo anterior con la palabra “indijena”.

---

<sup>12</sup>Pérez Priego (2011) define la *Edición Crítica* como aquella herramienta que “tiene por objeto la reconstrucción del original o del texto más próximo a éste, y no la simple reproducción de un testimonio de manera mecánica o con la ayuda de medios técnicos” y al mismo tiempo concibe la *Edición Interpretativa* como aquel trabajo que “trata de aclarar más el texto introduciendo, por ejemplo, la separación de palabras, la puntuación y la acentuación conforme al uso moderno”.

Así las cosas, para lograr tal edición Pérez propone que el trabajo debe someterse a tres procesos fundamentales: la *resencio*, la *constitutio textus* y la *dispositio textus*. La primera “es una fase que tiene como fin determinar la filiación y las relaciones que se dan entre los testimonios”; la segunda “es una fase decisoria, más pragmática, que tiene como fin dar un texto crítico concreto a los lectores” y una vez realizado lo anterior el editor como tercer paso debe “presentar y ofrecer aquel texto en toda la materialidad y extensión de la manera más precisa, clara e inteligible”.

Teniendo en cuenta lo anterior, para el presente trabajo editorial se ha escogido como *texto base* (Pérez, 2011) la edición hecha por el historiador barranquillero Adolfo Gonzales Henríquez, en la que, de acuerdo a sus palabras, “ha procurado captar el espíritu de la historia respetando al máximo el texto original y se ha mantenido tanto la ortografía original como la disposición tipográfica”, debido a que es la primera edición hecha de la novela después de la versión original (por lo menos así los confirma el autor cuando dice que con su trabajo “es la primera vez que la novela de Nieto se vuelve a publicar después de la versión original de 1850”), además de que es la más consultada y accesible a la hora de comentar, estudiar o citar a la misma. Como alternativa o segundo discurso, se ha echado mano de la edición de Netty Portela Montalvo (2009), cuyo texto es más reciente y en el campo de la crítica literaria cartagenera es el trabajo que precede a la edición de Gonzales. A Portela se le abona el hecho de agregar una sucinta reflexión de la obra, pero deja al lector preguntándose acerca de los sustentos bibliográficos para reeditarla<sup>13</sup>.

Se han escogido las dos versiones con la intención de cotejarlas y establecer posibles similitudes y diferencias en la redacción del discurso (*resencio*), y lo más importante, lograr con este trabajo brindarle a la crítica literaria regional y nacional una versión mucho más cercana y fidedigna a la intención de Nieto (*dispositio textus*).

Para el cotejo de la información entre las dos versiones consultadas se puede observar que las diferencias son realmente minúsculas. Para llevar a cabo el proceso de comparación entre las dos versiones hemos escogido el aparte introductorio titulado “Advertencia”, la Carta I; luego pasamos a la mitad de la novela, centrándonos en la parte de la Carta X titulada “Historia Doña Inés del

---

<sup>13</sup> Esta última edición de Portela, no da cuenta del *texto base* de la que se sustenta para hacer tal edición.



Torrijo” (aparte que cuenta con extensión considerable para llevar a cabo el proceso) y finalizamos con la “Carta de Conclusión”.

A continuación, presentamos las diferencias encontradas en los apartes de las dos versiones consultadas<sup>14</sup> y antes expuestas, y seguidamente, se explicitan los presupuestos con los que cuenta esta edición en la presentación final del texto.

1. ADVERTENCIA <sup>15</sup>	
TEXTO BASE Edición: Adolfo Gonzales	TEXTO DE CONFRONTACIÓN Edición: Netty Portela
...a cumplir el destierro que como a infinidad de sus conciudadanos le habían impuesto ...	...a cumplir el destierro que como a infinidad de sus conciudadanos; le <b>habían</b> impuesto
... era uno de los tantos abortados en la desgracia de las revoluciones, i que...	...era uno de los tantos abortados en la desgracia de las revoluciones i que...
...(i las faltas de respeto se castigaban con castillo como el Chágres) i despues, por...	...(i las faltas de respeto se castigaban con castillo como el de Chágres), <b>después</b> , por...
...lo que haya de triste en ellas, efecto es de su ánimo en tal entonces...	...lo que haya de triste en ellas, efecto es de su ánimo en tal <b>entónces</b> ...

2. CARTA I	
TEXTO BASE Edición: Adolfo Gonzales	TEXTO DE CONFRONTACIÓN Edición: Netty Portela
De la ciudad de Santamaria.	De la ciudad de <b>Santamarta</b> <sup>16</sup>
Ya te habia anunciado en un última, nuestra partida a la América del Sur...	Ya te habia anunciado <b>en mi</b> última, nuestra partida, a la América del Sur...
... i solo percibía las cúpulas de las torres i las azoteas, como brotadas...	...i solo <b>percibia</b> las cúpulas de las torres y las azoteas, como brotadas...
...i me tape involuntariamente los ojos...	...y me <b>tapé</b> involuntariamente los ojos...
A bordo de un barco...	<b>Abordo</b> de un barco...
...i un venga con la virjen..	...i un venga con la virgen...

<sup>14</sup> Las citas que se explicitan en los cuadros comparativos que a continuación presentamos, están tomados de las versiones sin editar que hemos hablado arriba.

<sup>15</sup> Las diferencias que se van mostrando en la confrontación de los textos, para efectos de visualización, se evidencian a partir del uso de la negrita. Es decir, la negrita indica la diferencia grafica encontrada.

<sup>16</sup> Después de cotejar el sentido general de la carta y a partir de las descripciones que se dan en la misma, en nuestra edición acogeremos la versión del texto de Portela.

...por haber acertado a un pájaro tan bello...	...por haber <b>alcanzado</b> un pájaro tan bello... <sup>17</sup>
Estación del verano...	En la estación <b>de</b> verano...
...ingeniosamente les fué poco a poco...	...injeniosamente les fué poco a poco...
3. CARTA X Historia Doña Inés del Torrijo	
TEXTO BASE Edición: Adolfo Gonzales	TEXTO DE CONFRONTACIÓN Edición: Netty Portela
“En fin, llegó lo que con tanto temor aguardaba: el término de mi celibato.”	“En fin, llegó <b>con lo que</b> tanto amor aguardaba: el término de mi celibato”.
“El sentimiento inspira compasion...”	“El <b>senstimiento</b> inspira compasion...”
“...i a las cinco de la tarde vino un amigo suyo a buscarlo.”	“...i a las cinco de la tarde vino un amigo suyo a <b>buscarle</b> ”.
“Su objeto era apropiarse de mi pequeño haber...”	“Su <b>objetivo</b> era apropiarse de mi pequeño haber...”

4. CONCLUSIÓN	
TEXTO BASE Edición: Adolfo Gonzales	TEXTO DE CONFRONTACIÓN Edición: Netty Portela
“... formando un grupo junto a la pila...”	“... formando un grupo <b>frente</b> a la pila”.
“...ántes que por la mano enemiga. Yo estaba helada...”	“... ántes que por la mano <b>enemiga</b> : Yo estaba helada...”
“... se le puso <b>en</b> la cabeza el capricho de...”	“...se le puso la cabeza el capricho de...”
“no hai inconveniente, aunque la segunda sea irrealizable <sup>18</sup> .”	“no hai inconveniente, aunque la <b>primera</b> sea irrealizable.”
“...logré que mi padre se viniese a establecer...”	“...logré que <b>a</b> mi padre se viniese a establecer...”

Así las cosas, en la presente edición el texto será normalizado, es decir, transcribiremos la novela de acuerdo con las normas ortográficas actuales y propuestas por la Real Academia Española. En cuanto a la puntuación, sustituiremos el uso desmedido de puntos seguidos en casos como: “[...] cuando a mis gritos, acudieron otros presos a socorrerme..... Las lágrimas...” (carta III) o “no sé como no me caí muerta de alegría..... era mi padre, amada Clementina

<sup>17</sup> Para esta edición nos quedaremos con el verbo propuesto por la Portella.

<sup>18</sup> En este caso, en nuestra edición, tomaremos la versión ofrecida por Adolfo Gonzales.

[...]”. Es necesario anotar que con el empleo excesivo de los puntos (los cuales hacen las veces de puntos suspensivos) el autor quiere introducirle al discurso una sensación de suspenso u asombro.

Otra de las particularidades de la que echaremos mano a la hora de la corrección es la duplicación (y en casos particulares hasta triplicación) de signos de exclamación dentro de una misma oración a expresiones como “¡¡Ai señora!!” en la carta III, o “¡¡qué aspecto tan melancólico el de esta tierra!!”<sup>19</sup>

Del mismo modo, se corregirán algunas conjugaciones en las que el complemento de objeto directo o indirecto se ha comprometido. En otras palabras, se cambiarán algunas conjugaciones que han caído en desuso (las cuales son propias de la gramática de la época), tales como “dieronnos” o “contestóme” por “nos dieron” o “me contestó” que son más acordes con nuestra escritura de hoy.

---

<sup>19</sup> Es necesario aclarar que a lo largo del texto también es frecuente el empleo de un solo signo al inicio y al final de la oración exclamativa; razón que nos lleva a asegurar que la duplicación o triplicación del signo exclamativo obedece a que el autor quiere dar más fuerza exclamativa o de sorpresa a la oración. Incluso puede verse que en algunos casos es usual encontrar oraciones en las que se usa la colocación del signo de acuerdo con la norma, precedido por otra oración que cuenta con el fenómeno de la duplicación del signo.

## ANEXO FOTOGRÁFICO



“Vista del Castillo”

Tomado de: <http://www.viajeros.com/diarios/sherman-2/castillo-san-lorenzo-el-real-de-chagres>



“Desde el interior de una bodega”

Tomado de: [www.viajeros.com/diarios/sherman-2/castillo-san-lorenzo-el-real-de-chagres](http://www.viajeros.com/diarios/sherman-2/castillo-san-lorenzo-el-real-de-chagres)



“Cañones alineados”

Tomado de: [www.viajeros.com/diarios/sherman-2/castillo-san-lorenzo-el-real-de-chagres](http://www.viajeros.com/diarios/sherman-2/castillo-san-lorenzo-el-real-de-chagres)



“Vista desde la puerta principal de la Plazoleta”

Tomado de: [www.viajeros.com/diarios/sherman-2/castillo-san-lorenzo-el-real-de-chagres](http://www.viajeros.com/diarios/sherman-2/castillo-san-lorenzo-el-real-de-chagres)





“Fosa, puente y puerta de entrada al castillo “

Tomado de: [viajeros.com/diarios/sherman-2/castillo-san-lorenzo-el-real-de-chagres](http://viajeros.com/diarios/sherman-2/castillo-san-lorenzo-el-real-de-chagres)



“Bodega arruinada que muestra el río Chágres”

Tomado de: [www.viajeros.com/diarios/sherman-2/castillo-san-lorenzo-el-real-de-chagres](http://www.viajeros.com/diarios/sherman-2/castillo-san-lorenzo-el-real-de-chagres)

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Acosta, C. (2009). *Lectura y Nación. Novelas por entregas en Colombia, 1840-1880*, Bogotá, Universidad Nacional.

Avelar, I. (2011). *Ingermina, de Juan José Nieto: antagonismo y alegoría en los orígenes de la novela caribeña*. Doi: <http://dx.doi.org/10.7440/res38.2011.09>

Córdoba, R. (1998). *Juan José Nieto y la novela histórica*. En. *Ingermina o la hija de Calamar*. Cartagena de Indias: Gobernación de Bolívar.

Castro, S. (2000). *Altusser, los estudios culturales y el concepto de ideología*, en *Revista Iberoamericana*: año 64, número. 193, 2000, por 737-751.

Fals, O. (2002). *Historia doble de la Costa II. El presidente Nieto*. Bogotá: El Áncora Editores.

Goldwaser, N. 2011. *Mujer y nación en el <<discurso>> de la inteligencia en el amanecer de las repúblicas. Un análisis comparativo entre Colombia y Argentina*. Perú: *Bulletin de Institut Français d' Études Andines*, Volver. 40, núm. 2, 2011, por 399-409.

Goldwaser, N. 2015. Cuando en la nueva granada la literatura hacía política: La idea de la nación y la invocación a la mujer en la obra de J. J. Nieto Gil., Argentina: Universidad de Buenos Aires.

Gonzales, A. Rosina o La prisión del castillo de Chagres. Tomado de:  
<http://ciruelo.uninorte.edu.co/pdf/BDC101.pdf>

Hoyos, A. (2015). Rosas y espinas. Representaciones de las mujeres en el arte colombiano 1868-1910. Colombia: Pontificia Universidad Javeriana.

Lemaitre, E. (1983). El general Juan José Nieto y su época. Colombia. C Valencia Editores.

Lora, J. (2011) Lo romántico y lo político a través del folletín en la prensa cartagenera de mediados del siglo XIX, de 1849 a 1851. (Tesis de pregrado). Universidad de Cartagena. Cartagena de Indias.

Molina, Y. (2009) Lo religioso y lo secular en un folletín cartagenero de mediados del siglo XIX. (Tesis de pregrado). Universidad de Cartagena. Cartagena de Indias.



Montero, D. (1984). El folletín por entregas y el serial. Recuperado de:  
<http://www.raco.cat/index.php/Analisi/article/download/41273/88288>

Pérez, P. (2011). La edición de textos 2 edición. Síntesis.

Ortiz, J. (2008). Raza, conocimiento y reconocimiento en la obra de Juan José Nieto. Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica. Recuperado de:  
[http://investigaciones.uniatlantico.edu.co/revistas/index.php/cuadernos\\_literatura/article/view/49](http://investigaciones.uniatlantico.edu.co/revistas/index.php/cuadernos_literatura/article/view/49)

Portela, N. (2009). Rosina o La prisión de Chagres. (Tesis de pregrado). Universidad de Cartagena. Cartagena de Indias, Colombia.

Solano, S. (2008). La novela Yngermina de Juan José Nieto y el mundo racial del Bolívar Grande en el siglo XIX. Recuperado de:  
<https://res.uniandes.edu.co/view.php/560/index.php?id=560>

Torres, O., 1999., El folletín y la prensa cartagenera de mediados del siglo XIX. Historia Caribe. Recuperado en:  
[http://investigaciones.uniatlantico.edu.co/revistas/index.php/Historia\\_Caribe/article/view/244/13](http://investigaciones.uniatlantico.edu.co/revistas/index.php/Historia_Caribe/article/view/244/13)

ROSINA

o

LA PRISIÓN DEL CASTILLO DE CHÁGRES

Juan José Nieto Gil

## ADVERTENCIA

El autor de esta novela, por causa de las conmociones políticas de su patria, la Nueva Granada, salió en julio de 1842, a cumplir el destierro que como a infinidad de sus conciudadanos le habían impuesto, cuando por haber publicado un documento desmintiendo una imputación al momento de partir, el hombre a quien había desmentido y que, abusando de su poder, era uno de tantos abortados en la desgracia de las revoluciones, y que disponía a su placer de la República, lo extrajo del buque en que estaba y lo condujo al castillo de Chágres, con el pretexto, primero, de que le había faltado al respeto (y las faltas de respeto se castigaban con castillos como el de Chágres) y después, por medidas de seguridad tomadas con un proscrito, le ordenó que saliera fuera de su tierra.

En aquella prisión de estado, en que el autor sufrió todos los males de aquel clima insalubre, y bajo la influencia de este tiempo tan melancólico, fue que compuso estas cartas.

Lo que halla de triste en ellas, es efecto de su ánimo en aquel entonces.

## CARTA I

*Clementina Remon a Elisa de Sandoval*

De la Ciudad de Satamaría a La Habana.

Diciembre 31 de 1778

Querida Elisa:

Ya en últimas te había anunciado nuestra partida a América del Sur, donde seguía empleado mi padre.

Entonces salimos el 20 de octubre de la bella Cádiz, de esa hija del famoso Hércules, de la llamada por excelencia *Julia Augusta*. Mis amigas me acompañaron hasta el puerto, y entre sollozos, nos abrazamos como si fuera por última vez.

A medida que nuestro bajel<sup>20</sup> iba cortando las aguas y se separaba de la costa, sentía que se aumentaba en mi pecho el amargo sentimiento de dejar mi patria y mis penates<sup>21</sup> que son tan bellos en Cádiz. Mis ojos anegados en llanto no aceptaban el desprenderse de aquellos lugares queridos, donde quedaban tan dulces recuerdos de mi infancia. Ya estábamos retirados y sólo percibía las cúpulas de las torres y las azoteas como brotadas por las aguas, pareciéndome ver en ellas algún grupo de esas graciosas gaditanas<sup>22</sup> que arrebatan al extranjero en una de nuestras divertidas tardes de toros.

Esta fue la última idea que por entonces pude concebir de mi tierra natal. Sufría un trastorno en todo mi cuerpo que se me es imposible explicarte, porque todavía no lo acabo de comprender.

---

<sup>20</sup> Buque

<sup>21</sup> Según la RAE, son dioses domésticos a quienes daba culto la gentilidad.

<sup>22</sup> Natural de Cádiz - España.

Inhabilitada para sostenerme de pie, llamé a mi padre quien me condujo a la habitación en la que encontré a mi pobre hermanito Daniel con aspecto de moribundo. Entonces me acosté, pero unas fuertes fatigas y una inquietud mortal no me dejaban tranquila. Un abundante sudor me bañaba y no tenía miembro que no sintiera conmovido.

Más dulce me parecía ser la muerte; y como la turbación de mi espíritu me hizo creer que tal vez embarcada sería más amarga la agonía de la hora postrimera, no pensé más, y resolví esperarla. Alcé mis ojos que apenas veían, dije adiós al autor de mis días y le pedí su bendición. Lo mismo hizo Daniel desde su camarote.

Mi pobre padre atribulado con nuestro padecer, y sin saber a cuál de los dos había de asistir con preferencia, llamó y vinieron a socorrernos. Nos dieron bebidas tónicas, y a fuerza de persecuciones nos hizo tomar alimentos. El capitán poniéndome la mano sobre el hombro, y dándome una suave palmada en la cara, me dijo: “no tenga usted cuidado señorita, esto no es nada, y mañana usted estará mejor: todo el que se embarca por primera vez sufre lo mismo, y hay algunos que lo sufren siempre y por muchos días”. “¿Cómo puede ser nada, le respondí, cuando creo que entre la muerte y lo que sufro no hay ninguna diferencia?” Me contestó con una sonrisa, y salió.

En la noche nos tranquilizamos un poco y pude dormir bastante.

A los tres días, encontrándonos más despejados, nos sacaron sobre la cubierta, pálidos y desfigurados. Las piernas se me aflojaron, no tanto por mi debilidad, sino por la sorpresa de encontrarnos sobre aquel abismo, sin ver más que cielo y agua, a merced de sus furiosos caprichos. Todos se echaron a reír, cuando en el primer ímpetu de mi temor, di un grito y me tapé

involuntariamente los ojos creyendo que cada enorme volumen de agua que se nos presentaba, venía para tragarnos.

Elisa ¡todo en el mar es tremendo y de una sublimidad espantosa! La más pequeña faena es dura, la voz natural del capitán que manda la maniobra es bronca y amenazante; y dada con la bocina se parece al bramido aterrador de algún monstruo marino. Hasta la voz del que obedece es áspera. Las chanzas y maneras más familiares del navegante, participan de la rudeza de su profesión; y aún su aire, como orgulloso de triunfar de los elementos, parece que los desdén mirando con desprecio sus amenazas. A bordo de un barco no se reprende con palabras: un recio golpe, descargado con lo primero que se encuentre a la mano, es el anuncio que el marinero recibe su culpa, quien apenas frunce las cejas y muestra que lo siente. Entre todos los empleados, no se oye la más mínima expresión de urbanidad ni de cariño; todo participa del vigoroso carácter de mando por su escala de superior a inferior. No se distingue una súplica de un ruego que parezca devoto. Reniegos, maldiciones y gritos amenazantes, he aquí el idioma de estas flotantes poblaciones. Sólo un seco allá va con Dios, dicho por el capitán, y un venga con la Virgen, respondido por el segundo, cuando se vira de bordo es la única plegaria que se oye; y aún ésta parece más una fórmula, que una invocación de confianza a la Divina Providencia.

Hasta la calma, que en la tierra es el símbolo de la paz y del reposo, en el mar es tan tremenda como todo lo que le pertenece. Los golpes de agua que el bajel recibe por sus costados, haciéndoles dar unos bandazos insoportables, el chocante ruido causado por el sacudimiento de las velas, que parecen expresar de este modo turbulento su impaciencia por estar en inacción, es un espectáculo que amedrenta aún a los mismos que están acostumbrados a esta vida tan dura, y a la inconstancia de los vientos. Un marino aprecia más una borrasca que lo haga andar aunque con peligro, que una calma que lo clave en medio del océano, para atrasarse y consumirse.

No alcanzo a concebir cómo haya podido llegar a tanto la atrevida invención del hombre, hasta arrojarse en tan frágiles parapetos a rodar ese insondable abismo, y pasar en ellos a regiones tan lejanas. Yo me enorgullezco, sin embargo, al pensar que este primer triunfo de la marina pertenece a la nación española, en el descubrimiento del nuevo mundo por el inmortal Colón.

Te digo la verdad Elisa: en alta mar, es donde he contemplado al hombre, no grande, sino sublime; pues me parecía que obraba en competencia con la Divinidad, de quien es su hechura más perfecta. Yo encuentro mucha razón para que la carrera de la marina sea tan privilegiada; pues creo que no hay con qué remunerar una profesión que parece superior al poder de la inteligencia humana.

Después de un viaje de cincuenta días, que todos se han propuesto hacerme creer que ha sido feliz, como si pudiera haber felicidad mareada, con bandazos y golpes de mar, hemos llegado a Santa Marta, uno de los puertos del Virreinato de la Nueva Granada. Aunque es una ciudad pequeña, es comercial, y tiene una condición agradable y pintoresca.

Se halla edificada a la falda de muchas colinas, y no tan distante de una alta eminencia llamada la Sierra Nevada, cuya cima, aseguran algunos se divisa hasta ochenta leguas mar afuera; todas las mañanas, me entretengo en contemplar esta montaña, para mi más sorprendente, por no haber visto, hasta ahora, eminencia semejante

En las inmediaciones de Santa Marta, hay muchos pueblos de indígenas, en donde se hacen paseos y unos bellos retiros llamados rosas, que sirven de recreo a la gente acomodada, plantados con mucha curiosidad de diversos árboles frutales, y flores. En estos lugares, se pasan días deliciosos. El terreno está cruzado de muchos riachuelos de agua dulce y fresca, y casi todos los pueblos y libranzas se encuentran a la margen o confluencia de alguno. Yo me baño con mucha

frecuencia en el delicioso Manzanares, que me hace por aquel rato distraer de los recuerdos de mi patria.

Los frutos de aquí son de un vicio remarcable y exquisito; y aparte de su oro, dudo que pueda haber un terreno que exceda en feracidad y riqueza al de Santa Marta. Una gran población agricultora haría este punto muy importante.

En veinte días que he estado aquí, he paseado en casi todos los campos que me han proporcionado alguna diversión; habiendo también alcanzado parte de las fiestas de la Virgen de la Concepción que son aquí bastante solemnes y alegres.

Nuestro Daniel, que sabes tú es tan vivaracho y travieso, ha hecho diabluras en estas correrías. Antes de ayer se iba despenando por alcanzar una guacamaya herida que había tirado con su escopeta, loco y contento, por haber acertado a un pájaro tan bello que veía por primera vez.

Los habitantes son amables y hospitalarios: hay muchos españoles de todas las profesiones establecidas, y hemos sido muy bien tratados por el gobernador y demás funcionarios públicos.

Un defecto muy importante tiene este puerto. En la estación del verano, las brisas lo azotan con una violencia formidable. El buque que no esté asegurado con suficiente precaución al fondeadero, con la mayor facilidad sale garrando hasta soltarse y tomar mar afuera, por muy prendida que esté su ancla en el fondo. Como el piso es arenoso, cada ráfaga de viento levanta unos torbellinos tan fuertes, que envuelven en su pasaje al que encuentren, quien a no sostenerse, se expondría indudablemente a caerse.

Con este motivo, chanceándonos en nuestra casa, uno de la tertulia para exagerar esto, refirió: “que cierta tarde, paseándose un señor por la playa, lo agarró el ventarrón y sirviéndole como de vela los faldones de su frac, lo suspendió a una altura bastante considerable. En lance tan



angustiado, el pobre hombre se pudo salvar del peligro por medio de un expediente que se le ocurrió en aquel momento. (Lo vas a leer). Se quitó en el aire el frac, y colgándose de los faldones, ingeniosamente les fue poco a poco tomando rizos, de cuyo modo, debilitando la fuerza contraria, fue bajando pausadamente hasta llegar al suelo sin lesión alguna.” Todos celebramos la festiva invención de nuestro concurrente.

Creo que estaremos aquí unos días más, al cabo de los cuales seguiremos al castillo de Chágres, para donde va mi padre de comandante. Aún otro mareo y otros bandazos, pero me consuela que es por solo cinco días, que son los que dicen podemos echar de navegación.

Adiós mi buena amiga. De allá te escribiré siempre, y si tú lo haces con frecuencia, darás siquiera ese consuelo a la que tan distante se encuentra de su patria.

## CARTA II

*Clementina a Elisa*

Del Castillo de Chagres a la Habana.

Enero 25 de 1779

Mi querida Elisa:

¡Cuánto ansiaba por escribirte para desahogarme! ¿A dónde nos han traído? Esto es abominable. ¿Qué culpa habremos cometido, para que nos hayan mandado a este tenebroso rincón de la tierra? Si alguno, por caridad, nos hubiese informado de antemano lo que era esto, te aseguro, que me habría hecho dar un millón de veces el accidente, y fingido hasta que me moría, con tal de persuadir a mi padre a que renunciara a tal destino. Tú sabes que nosotras entendemos de hacer estas cosas a las mil maravillas, aún sin causas tan exigentes como esta.

Aquí se muere uno antes que Dios quiera, y con más facilidad que en otra parte; los forasteros por consiguiente, son los más expuestos a ser víctimas de la fiebre, que es la epidemia del país. Me voy a desesperar si dilatamos mucho tiempo, y no descansaré un minuto hasta que logre salir de él.

Mientras tanto compadéceme tú, que aunque dejaste nuestro país, estás en una ciudad populosa y bella rival de las europeas. En cuanto a mí, casi todos los que he encontrado son negros y unos pocos blancos, que por su pálido color parecen más desertores del otro mundo que personas vivientes, pero en general, son de carácter afable y divertido.

Para entretenerme del fastidio voy a hacerte la descripción de nuestra nueva residencia: he oído decir a mi padre que este vestigio de la naturaleza se encuentra a los 9 grados, 19 minutos latitud

norte, distando doce leguas de Portobelo. Pero como yo no entiendo estos términos científicos ni sus aplicaciones, me haré entender como mis fuerzas me alcancen.

Chagres está situada a la orilla de una pequeña ensenada de bajo fondo, al oriente del Escudo de Veraguas, y en la misma desembocadura del río Cruces, que desagua en el Atlántico. Las casas en un grupo casi irregular y sin patios, forman un pueblo más largo que ancho, sobre un terreno pantanoso y cálido, que lo hace insalubre.

Su fondeadero, es un placer de aguas continuamente agitadas, y para penetrar en la ensenada, es necesario contar con una persona que esté practica en estos saberes, pues teniendo que pasar por un canal muy estrecho, formado con una laja que hace un estallido y el peñón de la fortaleza, es muy expuesta la entrada, que sólo practican los buques mercantes, los cuales para volver a salir, tienen que verificarlo a remolque de embarcaciones pequeñas. Por este puerto pasan las mercancías que van destinadas a las provincias del Pacífico, lo que le proporciona algún tráfico.

Los habitantes no tienen otro ejercicio que el de la navegación del río, abandonando la agricultura, aunque el terreno sea muy fértil. Por esta causa son tan caros los comestibles que se traen de afuera.

Las casas son de paja y cercadas con tablas o cañas cubiertas de barro. El agua de beber es deliciosa y los baños lo serían más, si estuviesen más cerca.

El castillo está situado al este de la entrada del puerto, en un peñón inclinado y saliente, a treinta varas castellanas<sup>23</sup> sobre el nivel del mar, que lo azota en su cimientto. Su forma es un cuadrilongo de norte a sur de ciento sesenta y cinco varas de largo<sup>24</sup>, cincuenta y cinco de ancho<sup>25</sup>, teniendo

---

<sup>23</sup> Treinta varas castellanas (antiguo sistema métrico español) corresponde a 25.08 metros.

<sup>24</sup>137.9 metros

<sup>25</sup>45.97 metros

setenta y cinco<sup>26</sup> el frente exterior de la parte de tierra. En su plataforma principal, está su primera batería que la llaman barbata. Al norte tiene una superior, elevada unos quince pies sobre la anterior y al lado del pueblo otra semicircular hecha de troneras. En el fondo de la fortaleza, está el cuartel de la guarnición y habitación para el comandante, en frente de las cuales, están los almacenes de artillería e infantería; y en la mole que medio circula estos dos edificios se encuentran los depósitos de pólvora, armamento y los calabozos de los presos en forma de bóvedas, manando agua, aunque el terreno sea menos húmedo que el del pueblo. A la parte del este, la entrada del castillo, está protegida por dos fosos, que lo circulan por el lado de tierra hasta salir al frente del mar. En medio de la plataforma, y en la parte más elevada, hay un bohío construido de piedra de sillería de elegante figura arquitectónica, donde se reposa el cuerpo de guardia. Como a trescientos pies de distancia de la fortaleza principal, y a la derecha de la subida, está un castillete situado sobre un peñón elevado como unos veinte pies sobre el gran peñón, que sirve para defenderse en caso de abandonar las primeras baterías. Del primer foso sale un camino subterráneo, que conduce hasta la misma falda del pueblo, de donde dista el castillo más o menos a cuatrocientas varas castellanas<sup>27</sup>. Para que el edificio no esté siempre cubierto de hierba y lama verde, producto de la humedad, es preciso estarlo continuamente limpiando: de otro modo, ese obstáculo le haría perder mucha belleza a toda la construcción, que es de bastante mérito y solidez.

Por sus peculiares circunstancias, el castillo de Chágres está perfectamente calculado para condenar en él a los delincuentes, que lo prefieran a la pérdida de la vida. Así, yo considero a mi padre: como un preso con honores de comandante.

---

<sup>26</sup>62.69 metros

<sup>27</sup>334.4 metros

Por lo que acabo de referir, podrás juzgar del país en que me han venido a sepultar en la aurora de mi vida, lejos de toda sociedad, porque aquí no hay ninguna; y cuando con la mediana educación que he adquirido, aunque perdí tan niña a mi madre, yo pasaba en Cádiz mis días muy alegres, en unión de mis amigas, bastante obsequiada y atendida de mis jóvenes compatriotas, y donde dejé... ¡ay! lo que amaba. Mira, si me sobra razón para morir de tristeza.

Si hubiera abandonado mi patria por otro país que por lo menos se le asemejara, entonces no me quejaría; pero dejarlo por este, es lo que no me resuelvo a sufrir.

Adiós: no me olvides, y que tus entretenimientos no te prohíban escribir algo largo a tu buena amiga.

*Clementina.*

## CARTA III

*Clementina a Elisa*

Del Castillo de Chagres a la Habana.

Amiga mía...

Apenas nos hemos establecido aquí y he encontrado en qué ejercer mi sensibilidad.

Se están haciendo actualmente en el castillo, obras de fortificación, que es un trabajo recio en que se ocupan los presos. La semana pasada estando en la ventana de mi habitación, al salir los sentenciados a su faena ordinaria, vi entre ellos uno que, aunque algo desfigurado por las enfermedades y padecimientos, dejaba entrever por su traje y aspecto, ser persona de una clase distinguida con respecto de los demás. Era gentil, bien formado, de muy buena cara y aún mozo. Tenía su marcha grave, y sus modales finos; y en todo demostraba una mezcla de nobleza, resignación y sufrimiento.

Aguijoneada por la curiosidad, llamé a la mujer que me sirve, quien me da razón de cuanto deseo saber. Me dijo que aquel preso, era un francés que hacía algún tiempo estaba en el castillo, acompañado de una muy bella niña, hija suya, que había venido con él y que se dejaba ver poco, pues todo su esmero consistía en cuidar de su padre. Agregó que ambos le parecían ser personas de alguna distinción, por haber traído un equipaje muy bueno, y portarse en todo, de un modo decente.

Inmediatamente llamé a mi padre, y le dije que yo quería ver y hablar con la hija de aquel preso, y tomarla bajo mi protección, para que me sirviera de compañera. Y como él nada me niega, sobre todo cuando es algún acto de beneficencia, me dio permiso.

Bajé la escalera en un decir ¡Jesús!, y acompañada de mi sirvienta, me dirigí a su habitación. No te puedes figurar lo absorta que me quedé al encontrarme en aquel calabozo con una joven tan bella. Desde que me vio, dejando su labor, se puso en pie, contestando mi saludo con una muy delicada urbanidad y ofreciéndome asiento. Estaba vestida a la europea de un modo sencillo y aseado, y aunque hablaba claro el español, se conocía en su acento ser francesa, lo cual en su boca le daba más gracia. El calabozo estaba húmedo y mal acomodado; pero lo tenía aseado, y en orden sus muebles, que consistían en cuatro sillas, una mesa, y un estantito de libros.

Me disculpé con ella, diciéndole que me dispensara aquella visita hecha sin antecedente, tan solo con el fin de conocerla, y ofrecerle mis servicios, pues me había interesado mucho su suerte desde que había visto a su padre. Ella con una gracia encantadora, me expresó su reconocimiento, añadiendo que le disimulara el no haberme ido a visitar primero, pues su situación la obligaba a manejarse en esto con alguna cordura, para no exponerse a un desaire que la haría sufrir mucho. Le pregunté la causa del por qué no eximían a su padre de salir al trabajo, estando enfermo: ¡Ay señora!, me contestó, bastantes diligencias hemos hecho, y ni mis lágrimas han podido ablandar al Sobrestante. Usted no sabe qué cruel es ese Sobrestante. Ahora hace días, estaba mi pobre padre con una gran fiebre, y así vino y lo hizo salir, teniendo yo que irlo sosteniendo, porque no podía dar un paso. Permanecí en su compañía en el lugar donde trabajaba, que es en ese que queda al lado del mar. Allí, tuvo un accidente por la violencia de la calentura; y con mis débiles fuerzas, al no poder sujetarlo, ya se me iba cayendo al agua, cuando a mis gritos, acudieron otros presos a socorrerme... Las lágrimas no la dejaron continuar, y no pude evitar enternecerme también. ¿Y por qué no han acudiendo al comandante? le pregunté: todo ha sido inútil, me respondió; ya hemos tocado ese resorte, y el Sobrestante se ha opuesto, alegando que, siendo él, el único responsable de las personas y del trabajo de los presos, no podía pasar por ninguna condescendencia que

refluyera en perjuicio de las obras del rey. De una en otra confianza, fuimos entrando en más conversaciones, hasta que la pregunté por su nombre y el de su padre. Me dijo que su padre se llamaba Roberto de Soulendar, y ella, Rosina, de nacionalidad francesa. Me pareció mucho adelantar desde el primer día, para querer informarme de su historia, y motivos de su prisión: por eso lo dejé para cuando tuviésemos más confianza.

Estando aún entretenida, llegó Roberto, porque ya se había concluido el primer período de la faena del día, llamado, *el cuarto de la mañana*. Mostró alguna sorpresa por encontrarme allí, y me saludó con mucha cortesía. Habiéndole su hija referido mis ofrecimientos, me dio las gracias entre respetuoso y galante, manifestando aún en aquella situación ese carácter festivo tan peculiar a la nación francesa. El preso no tomó asiento hasta que no se lo ofrecí, y en toda la conversación que seguimos, descubrí que no era ésta una familia común. Rosina, con mi permiso se levantó, lavó las manos a su padre, le limpió el sudor, y le arregló el cabello. Después de este hecho, pasándole Roberto su brazo alrededor de la cintura dijo un poco enternecido: si no fuera por esta criatura ya me habría muerto, señorita. Su cariño y sus cuidados me hacen sobrellevar mi destino con resignación, por conservarme para ella. Rosina bajó modestamente sus ojos, como ruborizada por aquel elogio.

Me despedí de aquel cuadro tan interesante, repitiéndoles mis ofrecimientos y haciendo prometer a Rosina ir a verme pronto, y que así sería mi amiga.

Aún sigo fastidiada, ¿Y quién no lo podrá estar aquí? Ahora se me presenta un motivo para escribirte bastante, pues tendré más que contarte.

Esta carta por hoy no puede ser más larga: mi padre me ha gritado ya tres veces: Clementina, tu carta, que voy a cerrar la correspondencia; y las mismas veces le he contestado: papá ya voy,



estoy concluyendo. Pero ahora sí que concluyo para decirte, que por un buque que está en el puerto, y que sigue para esa ciudad, aprovecharé para decirte, lo que haya de nuevo, aunque sea repetirte que recuerdes a tu fiel amiga Clementina.

## CARTA IV

*Clementina a Elisa*

Del Castillo de Chagres a La Habana.

Querida amiga

Aún ninguna carta tuya. Ansío por el correo de Cartagena para ver si tengo por esa vía. Temo que después de tanto aguardar, me encuentre con algunos tres renglones, entre preámbulo, argumento y conclusión.

Inmediatamente después de lo ocurrido en mi visita a Rosina, hablé a mi padre, para que se le dispensase el trabajo a Soulendar, y él, protegiendo mis buenas intenciones, hizo venir al Sobrestante. ¡Jesús, Elisa, qué hombre tan siniestro! Su aspecto, es precisamente el de un verdugo del género humano. Hasta el nombre coincide con su detestable profesión: se llama Don Judas Matalma. Los presos y la guarnición lo apellidan, Don Juan Sintierra, porque dicen, que de tan mal querido que es, no hallará ni quien lo sepulte el día que se muera. ¡Qué desgracia es ser tan aborrecido! Yo no sé cómo hay hombres que prefiriendo ser temidos, renuncian al placer de ser amados. Vamos a mi cuento.

Mi padre le habló del asunto, haciéndole algunas observaciones respecto al deber en que está todo hombre de prestar socorro y ayuda a semejante desgraciado, y con más razón, estando Soulendar enfermo. No fue más menester, para que aquel ministro de las torturas infernales, se desatase a conversar despropósitos. Dijo, que él era un antiguo oficial veterano, que toda su juventud y mocedad la había pasado en campañas, encontrándose en cuantas acciones de guerra se habían dado, y en las cuales se había siempre distinguido por su valor, pues en todas era de los primeros que acometían al enemigo, y él, el único que lo ponía en fuga. Que su nombre se había

hecho tan formidable por sus hazañas, que bastaba solo oírlo pronunciar para que huyesen despavoridos; porque le era tan fácil como comerse un almuerzo, tomar él solo cualquiera fortaleza a la primera embestida: y otras tantas cosas más dijo, que no me alcanzaría una resma de papel para escribírtelas. Ni Bernardo del Carpio igualaba en proezas a este cascarudo guapetón.

Mi padre naturalmente cachazudo y flemático, oía con paciencia inalterable tantas necesidades y desatinos, pero a mí me estaba hirviendo la sangre casi por estallar, porque me parecía no tener fin aquella relación. Concluyó pues, diciendo, que el rey en mérito de tantos servicios, se los había remunerado con el destino de Sobrestante de las obras de fortificación de aquel castillo, y que sus instrucciones eran muy severas y precisas para no condescender en nada, por temor de no exponerse a perder por un mal informe todo cuanto había trabajado y merecido hasta aquella fecha. Mi padre me miró con un semblante que expresaba dos sensaciones a la vez, la de la esperanza perdida y el disgusto de no complacerme.

Mi sirvienta me había instruido de antemano del tráfico que Don Judas tenía con algunos de los presos, quienes le dejaban una parte de su ración para que les dispensara ciertas horas de trabajo; sacando además una gran utilidad con los otros, a quienes daba su socorro en provisiones recargadas en precio. Y como de Soulendar no había querido someterse nunca a este régimen estafador, era el motivo de su rencor con éste desgraciado. Yo sin poder resistir más a la indignación de ver la hipócrita rectitud del Sobrestante, (¡con buena vino a encontrar!) en su misma presencia, denuncié a mi padre todo el monopolio. Su aturdimiento acabó por descubrir su culpa, y adiós servicios al rey, adiós responsabilidad, porque mi padre aprovechándose de haberle cogido esta prenda, le ordenó, dispensar del trabajo a de Soulendar, hasta que se repusiese de sus males.

Aún no paró en esto solo: hizo las competentes averiguaciones allí mismo, mitigó la severidad de la disciplina compatible con el mejor servicio y puso orden en la subsistencia de los

sentenciados, cercenada por la codicia del Sobrestante, el cual bajó las escaleras sin saber cómo y echándome quién sabe cuántas maldiciones. Pero, nada me da, porque la maldición del malo, bendice en vez de condenar.

Los presos están contentísimos, todos me expresaron su reconocimiento. ¡Cuántas otras víctimas de la rapacidad de los asentistas, no habrá en los demás establecimientos de esta clase! Por lo menos, las de aquí han mejorado ahora, cabiéndome la satisfacción de ser la autora de las reformas.

Rosina me visita con alguna frecuencia. Demuestra estar más tranquila por el pequeño descanso que se ha concedido a su padre. Cada día descubro en ella nuevas cualidades. Es bastante joven, pues ahora cuenta con dieciocho años. Sabe el dibujo, la música y el piano, tiene una esmerada instrucción y un buen sentido, acompañado todo de buena figura. Es de estatura mediana, de talle elegante y esbelto, realzado por el gusto con que se sabe vestir. Es muy blanca, de grandes ojos pardos y pelo castaño claro muy poblado. Tiene sus facciones muy proporcionadas, un pecho prominente, y un cutis tan diáfano, que debajo parece vérsese correr la vida. En suma, Rosina es una rosa trasplantada de las bellas costas de la Francia, a esta tierra de dolor, donde los embates del aquilón, aún no han podido marchitarla, porque conserva su frescor y lozanía.

Me ha dicho que son naturales de Brest, una ciudad de Francia en el Atlántico, y que la causa de estar su padre destinado a los trabajos de este castillo por ocho años, es por haberlo encontrado en un buque apresado por un crucero español. Para que me cuente más a fondo de su historia, me ha ofrecido traer su libro de memoria, en que tiene hechas todas sus notas, para que yo las lea. En este destierro, ha sido para mí el hallazgo de esta apreciable joven la más bella adquisición. Con ella tengo mis horas de tertulia, y nos paseamos juntas. A no ser por ella, ya me habría desesperado en este maldito lugar.

Ayer hemos estado con alguna confusión: Daniel cayó con la fiebre del país, pero hoy parece estar mejor. Te aseguro que la aprensión sola, es capaz de matarme si llevo a caer enferma; y este temor me tiene muy sobresaltada. Dios me preserve.

Ten salud, y no seas inconsecuente con tu amiga.

*Clementina.*

## CARTA V

*El teniente coronel don Miguel Remon a Clementina*

De la ciudad de Portobelo al Castillo de Chágres.

Mi amada hija

El soldado Ranjel lleva por lo pronto las medicinas que el facultativo ha recetado para nuestro Daniel, según el dictado que le he hecho de sus males, esto para que se las administres según el método escrito que te incluyo. El gobernador me ha ofrecido dar permiso al físico del batallón que guarnece esta plaza para que vaya a asistir a mi hijo; y mi determinación consiste en que no quiero irme sin llevarlo. Solo espera pasar hoy la revista para seguir, y mañana estaremos allá precisamente.

Aquí he encontrado cartas de La Habana para nosotros. Yo mismo seré el conductor para tener siquiera el gusto de saber de nuestros amigos, si es que Daniel nos disipa los temores de su enfermedad.

Hasta mañana, hija mía.

Tu padre.

## CARTA VI

*Rosina a don Miguel Remon.*

Del Castillo de Chágres a la ciudad de Portobelo

Respetado señor:

Apenas usted ha vuelto las espaldas, se ha llenado esta casa de tribulación. Daniel sigue peor, y anoche también ha sido Clementina atacada por la fiebre con tanta violencia, que casi está sin conocimiento. Y lo peor de todo es, com usted sabe, que aquí no hay ningún recurso medicinal. Yo le he suministrado algunos remedios, de los que la experiencia me ha enseñado en el tiempo que he estado aquí y en las veces que he sufrido este mismo mal.

Apresúrese usted a venir pronto, para lo cual, le pongo este aviso, que lleva expresamente un soldado de la guarnición en un bote que hemos conseguido del resguardo pues yo estoy muy afligida.

De usted servidora

*Rosina.*

Acaba de llegar Ranjel y he tenido mucho consuelo en saber que estará usted aquí mañana con un médico. Voy a ver si Clementina está algo más tranquila, para leerle su carta, que deberá animarla mucho.

## CARTA VII

*Elisa a Clementina*

De La Habana al Castillo de Chágres.

Marzo 16 de 1779

Estimada amiga

Cuanto placer ha sentido mi corazón con tu carta fechada en Santa Marta, y de que esta ciudad te haya proporcionado tantas distracciones. Celebro además el tenerte más cerca, para saber de ti con más frecuencia; pero esta felicidad me lo acibaran los malos informes que me dan del castillo y lugar de Chágres, que me dicen, tiene más apariencia de hospital que de población. Yo deseo te conserves buena y que salgas pronto de ese penoso destierro.

Querida Clementina; a ninguna como a ti, que eres la amiga de mi infancia y cuya intimidad se ha parecido a la de dos hermanas, debo comunicarle mi felicidad para que participes de ella conmigo. El cambio de mi suerte es un milagro, es un fenómeno que yo misma no acierto a comprender. Tu sabes, que hace ya dos años he perdido a mi padre y que la muerte de mamá, me había dejado enteramente huérfana, en cuyo desamparo, no me quedaba otro partido que adoptar que el de solicitar la protección de la única pariente inmediata que tenía en esta ciudad. Ella era una tía, hermana de mi madre, llamada Doña Engracia Rivera. Te acordarás con cuantas lágrimas me hizo la necesidad separarme de ti, para venir tan lejos a buscar el medio de subsistir honradamente; pues aunque tu buen papá me ofreció que partirías tu pan conmigo, un motivo de delicadeza me impidió aceptarlo, cuando me dolía tanto el dejarte. Bastante sufrió mi corazón con esta alternativa.



En fin; llegué a la Habana y me encontré con una tía muy arriscada, que rayaba ya en los cincuenta años de edad; pero como se mantenía fresca y tenía buena cara aunque de matrona, le había entrado la locura de creer que todos la cortejaban, cuando no hacía otra cosa que consumirle lo que tenía en tertulias y festejos. Por supuesto, que yo no le era una compañera tan agradable para su método de vida. Una joven, no mal parecida, debía arrebatarse sus conquistas.

Desde que me recibió noté su desagrado, y me miró de sobrecejo. Con el frívolo pretexto, de que huyera de los jóvenes de este tiempo, que dice ella, se emplean sólo en engañar señoritas y hacerlas desgraciadas, me prohibió expresamente presentarme a sus tertulias, y que fuese de día a la iglesia. Mientras que ella lo pasaba alegremente con sus jóvenes visitantes, yo vegetaba en un cuarto separado de la casa, sintiendo lo que tú sabes siente una muchacha, cuando no se deja ver ni obsequiar, que es en todo lo que ciframos nuestra ambición. Sólo me permitía ver y conversar con un boticario anciano que no me hablaba más que de drogas y de tradiciones de su buen tiempo viejo, y de un clérigo mostrenco, como de director, que me cansaba repitiéndome cada día las mismas sandeces espirituales del día anterior. Mira, que dos personas tan narcóticas, con quienes nunca tenía desvelos. ¡Amargo pan comido a tanta costa!<sup>28\*</sup> Pero yo sufría con paciencia las flaquezas de mi tía, suponiendo que esa era mi suerte.

No obstante a tan estrecha clausula, cuya rigidez me la causaban los hombres, no fui tan desgraciada, para que no adquiriese conocimiento y amistad con dos señoritas, parientes mías algo remotas, cuyos padres tenían muy regulares proporciones, para pasarlo cómodamente.

Un día, sobornada por el proceder de Doña Engracia, se me ocurrió hablarle a una de las señoritas, para irme a vivir con ellas, ofreciéndoles recompensar mi manutención con la labor de

---

<sup>28</sup> Un sabio ha dicho: “Cuan amargo es el sabor del pan del otro, y cuan duro es por ajena escalera, subir y bajar”

mi aguja. Los padres de mis amigas admitieron muy gustosos mi proposición, y solo faltaba el beneplácito de mi tía. Esta, por salir de mí, no solo prestó su consentimiento, sino que me señaló una módica pensión para ayuda con mis gastos, encontrando muy bien salir de tan peligrosa competidora. Me trasladé, pues, a mi nueva posada, no sin algún bochorno, por tener que ir a mendigar el favor ajeno, cuando de obligación tenía quien por los derechos de la sangre me sostuviera con toda la decencia que mi clase y condición exigía. Con todo, yo era indulgente con la hermana de mi madre, pues conocía que su conducta no provenía de maldad del corazón, sino de una insensatez de genio, que la había hecho caer en la manía de ridiculizarse. ¡Cuántas no harán otro tanto, sin tener su mérito!

Mis amigas me inspiraban cada día más confianza con su buen trato y aunque con algunas privaciones, porque en este mundo nada puede haber completo, lo pasaba mejor que con la bendita de mi tía. Gozaba de libertad, asistía a los paseos y como tenía mi buen palmito, me abundaban esos requiebros de amor que tanto nos envanecen en la juventud, y con cuya falta, creemos oír resonar el clarín de nuestros postreros años. Todas sabemos, que a una mujer no obsequiada, le falta ese embeleso, que tanto la embellece en la vida, y la realza en comparación a sus demás competidoras, supuesto que no está satisfecho su amor propio, que es su pasión más dominante, y cuyo triunfo es el bálsamo consolatorio de su alegría y de sus gracias. Esta es la causa porque creo, que nos degradamos tanto cuando en nuestra presencia, hay algunos atolondrados que cometen la indiscreción de hablar de edades y de la belleza de otras; porque la edad y la emulación son dos fantasmas que continuamente nos están espantando en nuestra careta de agradar y hacer conquistas. Por eso, ¡qué villano es un pelo blanco en la cabeza de una mujer! no ha faltado quien diga.

Tú sabes que más nos resolvemos a sepultarnos en la oscuridad, que a sufrir el ser visibles sin que nos digan algo; pues no hay dicha mayor para una joven, que la de oír y desechar dos o tres pretensiones a lo menos cada día, y tener un buen número de candidatos para escoger. He aquí el punto céntrico de todas nuestras aspiraciones. De otro modo, la existencia es un infierno; y si los años pasan, sin decirnos “por ahí te pudras,” motivo sobrado es éste, para morir estética de pesadumbre y despecho, antes que llegue la hora destinada por la naturaleza. Nos llaman delicias del género humano, y este título nos da derechos, que es necesario saber apreciar. Si algunas de las hipócritas leyesen esta carta, estoy segura fruncirían las cejas y me dirían que soy muy ligera y no hablo con exactitud; pero me burlaría de tales gazmoñas, que por aparentar cordura, quieren negar que son mujeres.

Así, sobrellevaba yo mi nueva vida, conforme con mi mediocridad, y con un joven medio engalanado, cuando una tarde que me distraía leyendo en el corredor interior, siento entrar a un hombre que se me acerca precipitadamente. No sé cómo no me caí muerta de alegría... era mi padre, ¡amada Clementina, mi padre! que lo veía entre mis brazos, lo sentía, y me parecía un sueño. Venía de Brasil, y con riquezas más que suficientes para hacerme feliz. He aquí una transformación milagrosa después de cuatro años pasados de orfandad e incertidumbre.

Mi padre me ha informado que estuvo preso y juzgado como contrabandista; que estuvo sentenciado a presidio, y que en dos años que ha empleado con paciencia en seguir su pleito, gastar y defenderse, ha triunfado de la acusación (aunque como sucede en todas estas cosas, no haya triunfado su inocencia) y le restituyeron todos sus intereses. Después, habiendo continuado en sus especulaciones, ha sido feliz en ellas, retirándose de Brasil para España, resuelto a descansar y disfrutar de sus proporciones.

Lo acusé diciéndole de que su falta de correspondencia nos había causado tantos pesares, hasta hacernos llorar por muerto. Me dijo a esto, que repetidas veces había escrito, y que había suspendido, cansado de no obtener respuestas, ni noticias nuestras. Estoy muy alegre Clementina.

No sé cuál será todavía la resolución de papá. Quiero persuadirlo a que nos establezcamos aquí de una vez, en virtud a que apenas le queda un hermano en la península, y que ya me tiene en su compañía, único objeto que podría arrastrarlo para allá. Adiós; deseo te conserves buena y que siempre que me escribas, estés dándole agradables noticias a tu fiel amiga

*Elisa.*

## CARTA VIII

*Clementina a Elisa*

Del Castillo de Chágres a La Habana.

Querida amiga mía

Creí no volverte a escribir más, y que los iba a dejar a todos por siempre. Daniel y yo hemos estado bajo los umbrales de la muerte, de donde nos ha arrebatado la Providencia, por un efecto de su misericordia infinita. Ya estoy enteramente buena y en disposición para decirte muchas cosas. ¡Qué sacrificio es vivir en un lugar terrible!

Rosina es ya mi amiga íntima, ella es digna por sus bellas prendas de la amistad más acrisolada. En mi enfermedad ha hecho conmigo las veces de una madre, no se ha separado de mi cama a ninguna hora, teniendo sus cuidados una gran parte en mi restablecimiento. Con la tribulación de mi enfermedad no había tenido tiempo de traerme hasta ahora su libro de memoria que me ha ofrecido. Con bastante interés he leído en él, la parte que concierne a su suerte, y la de su padre. Como no es tan larga te la trasladaré aquí al pie de la letra. Dice así:

## RELACIÓN DE LOS DESGRACIADOS ACONTECIMIENTOS DE NUESTRA FAMILIA.

*(Dirigí a Toulon una copia, a mi tía Adela de Soulendar)*

“He oído decir a mi padre, que después de haber salido de la Academia de Marina, establecida por S.M. el rey Luis XV en este puerto había abrazado la profesión de navegar en la marina mercante, en que había hecho una buena fortuna, tanto con sus viajes a América, como en la empresa de armador, de que obtuvo letras patentes el año de 1775, en que la Francia declaró la guerra a la Inglaterra, haciendo su licencia en las costas del Canadá. Lo que sé decir es que cuando

abrí los ojos a la luz de la razón, me encontré que vivíamos con bastantes comodidades y que mis padres se esmeraban en darme una buena educación; porque me amaban hasta el delirio. Yo era su hija única.

Mi padre no había dejado la costumbre de los viajes; y fue en 1776 que para ese tiempo yo tenía trece años, cuando en unión de un amigo suyo, proyectó uno a México tan afamado por su opulencia, y se despidió de su familia, en la esperanza de que apenas seis u ocho meses duraría su separación. Pasó este término y más. Entonces entramos en cuidado. Mi madre escribía y no obtenía respuesta.

En tan penosa incertidumbre, hacía ya más de un año de su ausencia, cuando tuvimos la primera noticia de mi padre. ¡Qué funesta nos fue ella! Nos escribió de la Coruña, departamento de la marina militar, diciéndonos, que al volver de México, un crucero español habiendo reconocido el buque y no encontrándolo con todos los requisitos que las leyes españolas exigen cuando salen de algún puerto de sus colonias de las Indias, lo condujo a la península para entregarlo a las autoridades.

Las leyes fiscales son muy duras en todas las naciones, y las españolas no son las menos severas. Todo su cargamento se lo embargaron, no dejándole ni con qué subsistir. Con esta noticia, mi madre vendió cuanto teníamos y dispusimos trasladarnos a la Coruña a auxiliar a mi padre.

1776

*Abril 19:* Salimos de Brest.

*Abril 27:* Llegamos a Bordeaux.

*Mayo 14:* Salimos de este puerto.

*Mayo 20:* Tocamos en el Ferrol, puerto de España, donde tuvimos noticias de mi padre, por medio de los oficiales del buque que lo había conducido preso.

*Mayo 25:* Tomamos pasaje en un bergantín de guerra, y salimos este mismo día para la Coruña.

*Mayo 29:* Llegamos a este puerto. Desembarcamos en él, y nos alojamos en la casa del capitán, recibiendo muchas atenciones de él y de su esposa.

No pudimos ver a mi padre hasta tres días después, en que obtuvimos el permiso del tribunal. Lo encontramos en el cuartel de infantería de marina. Mi madre y yo lloramos mucho y él, que nos abrazó a ambas, se enterneció bastante. Nos consoló exhortándonos a tener paciencia y ánimo para hacer cuanto pudiésemos en su favor. El oficial de guardia nos vino a separar y por lo que mi padre dijo, era porque no hablábamos español, y el oficial que no entendía francés, sospechaba de algún plan de invasión que lo pudiese comprometer. En las otras veces que los visitamos, los demás oficiales no se cuidaban del idioma en que habláramos.

*Junio 10:* Nos mudamos junto al Arsenal, para estar inmediatos a la prisión. Una de las tardes que pasaba por el Arsenal, observé que los trabajadores, tropa y marineros, estaban en fila rezando el rosario. Lo mismo había visto en el cuartel, haciendo cabeza un cabo de escuadra.

*Julio 16:* Como la causa se seguía por el tribunal del almirantazgo, este día fuimos mi madre y yo conducidas donde el comandante general del departamento de marina con una carta de recomendación a suplicar por mi padre. El comandante nos ofreció hacer por su parte cuanto pudiese en su favor y nos despidió cortésmente. He visto que ésta es una fórmula urbana de consuelo, que dan todos los funcionarios públicos para salir del compromiso presente, sin cuidarse de cumplir ni aún acordarse en lo futuro de nada de lo que ofrecen.

*Julio 19:* Empecé a tomar lecciones de español, con un joven oficial de ingenieros y fortificación, a quien había hablado la esposa del capitán que nos había traído del Ferrol, para que me enseñase. Yo tenía un ferviente deseo de aprender para poder hablar a todo el mundo en favor de mi padre; y mi joven preceptor, se esmeraba mucho en corresponder a mi aplicación e interés. (Aquí hay una línea rayada, de la que solo he podido leer la palabra, *se llamaba*: lo demás está perfectamente borrado).

*Julio 21:* A las ocho de la mañana, al atravesar el patio del cuartel para ir al cuarto que sirve de prisión a mi padre, fui detenida por un centinela, diciéndome que esperara hasta que se hiciera el castigo de un soldado. Me estremeció la expresión de castigo. Con el ofrecimiento que hice de no pasar adelante, el centinela me dejó llegar hasta la entrada misma del patio, en que estaba toda la tropa formada en cuadro. El jefe estaba en el centro y los oficiales con sus puestos. Vi sacar un soldado, lo sentaron, le ataron los dedos pulgares con una cuerda delgada y doblándole las piernas, le pasaron los codos por fuera de las rodillas, metiéndole un fusil entre estas y los brazos, de cuyo modo quedó perfectamente trabado y sin movimiento. En seguida salieron diez cabos de escuadra de la formación que se colocaron junto al maniatado, y otro, tomando el fusil, lo alzó por un estremo poniéndolo de forma perpendicular, quedando ladeada la persona que iban a castigar. A una señal dada, rompió un toque la banda de tambores y pífanos, a cuyo estrépito, el primero de los cabos empezó a descargar tremendos golpes sobre el infeliz soldado. No pude resistir el espectáculo de aquel miserable que sufría, y cada porrazo lo sentía en lo más íntimo de mi corazón, mientras que los demás impávidos lo veían con una indiferencia, que yo atribuyo, a que la frecuencia los acostumbra a aquellas escenas de dolor. Quise huir, pero de pronto sin poderme contener, rompo por entre las filas, fuera de mí, corro, y arrojándome a los pies del comandante: *pardon Monsieur*, le dije en tono suplicante abrazada de sus rodillas. Aún no sabía suficiente español para explicarme



en este idioma; pero como afortunadamente esta expresión suplicante se asemeja tanto en uno y otro, el comandante me entendió, y sea por la sorpresa de mi aparición o por el interés que le inspiró semejante intercesora, mandó suspender el castigo, y desatar el soldado, quien acomodándose su fornitura, y tomando su armamento, se colocó entre las filas. El comandante me levantó con mucha afabilidad, y yo le expresé mi reconocimiento, aunque en mal articuladas palabras castellanas. Luego se retiró toda la tropa a sus casernas. Mi padre que todo lo observaba desde la tribuna de cuarto, me recibió con las mayores demostraciones de alegría, muy satisfecho de mí, por lo que acababa de hacer. Por su medio pregunté a un sargento que estaba presente, la causa de tan tremendo castigo: “doscientos palos, respondió con mucha gravedad retorciéndose los bigotes, son nada, para el delito tan grave que ha cometido: ha vendido los zapatos de un individuo de su compañía.” Entonces quedé más contenta de mi obra, pues no creía que aquel desgraciado, por una culpa tan leve, pudiese resistir doscientos palos tan fuertemente descargados. Aún estábamos en esta conversación, cuando llegó el soldado a darme las gracias, lo cual hizo con las más sinceras demostraciones. No hay placer superior al que resulta de hacer un bien. Mi padre me dijo, que el modo como estaba maniatado el soldado, se llamaba en el ejército, *cepo de campaña*. ¡Maldito cepo!

Pasaron dos meses sin novedad notable. Mucho nos impacientaba la demora del escribano de marina para practicar unas diligencias de sustanciación. Siempre se excusaba con frívolos pretextos, y nos parecía que en su poder iba a permanecer el proceso años enteros. Por consejo de mi joven preceptor, le ofrecí una gratificación para moverlo: la recibió sin escrúpulo, diciéndonos que la aceptaba por complacernos y no faltar a la urbanidad. Entonces todos los obstáculos se allanaron. Las diligencias fueron practicadas inmediatamente y el escribano nos aseguró que por servirnos, había postergado una porción de expedientes, que por su antigüedad debían ser

preferidos, exponiéndose a que se le aparejara responsabilidad; de lo cual se rio mucho el oficial. Me convencí entonces, que en este mundo todo lo mueve el interés, y que particularmente es el ídolo, la palanca más poderosa de los curiales. Yo creo que por una veintena de pesos, son capaces de poner un *doy fe* falso aún contra el mismo Jesucristo.

*Septiembre 30:* Pidió el Fiscal la pena de ocho años de presidio para mi padre en los arsenales del rey, con confiscación de las mercancías comprendidas en el quebrantamiento de la ley.” (Aquí hay unas líneas borradas ininteligibles).

*Octubre 8:* Cayó mi madre gravemente enferma.

*Octubre 10:* Sentenció el tribunal del almirantazgo conforme a la petición del Fiscal. Lamentándonos de nuestra desgracia, mi joven preceptor nos explicó que en las causas en que se interesaba el fisco, muy rara vez, o casi nunca, se sentenciaba en favor de la parte contraria. Hasta ese extremo alcanza la injusticia de los gobiernos. Siendo el pueblo quien los sostiene, es con él, que son más severos, cuando se trata de decidir entre los intereses del uno y del otro.” (Aquí hay otras líneas borradas, de las cuales sólo he podido comprender con algún trabajo, estas palabras salteadas: *correspondí... lo ama, felicidad, ...amargura...*

*Octubre 30:* Murió mi mamá y este mismo día, llegó confirmada la sentencia del almirantazgo. ¡Cuántas penas reunidas en un corazón tan tierno! Aquí me faltan las fuerzas, y la tinta de estos renglones que apenas puedo borrajear, va mezclada con mis lágrimas...No puedo seguir más... Le pido a Dios que me consuele y me de toda la resistencia que necesito....

*Noviembre 5:* Mi padre sobrellevó con resignación tantos golpes juntos. Ese día le notificaron su última sentencia y lo integraron al Arsenal a cumplir su condena. Todos los días iba yo a consolarlo, y abrazados, llorábamos juntos nuestra desgracia.

*Noviembre 16:* Se redujo a dinero la parte del cargamento que se devolvió; y de acuerdo con sus amigos, se tramó el plan de nuestra fuga para Francia. Uno de los cómitres de los trabajos, había mostrado alguna preferencia por mi padre, y le inspiraba confianza. Se le comunicó el proyecto de evasión, ofreciéndole una buena recompensa, tan solo porque le dejase tiempo para salir a la hora determinada. Le ofreció, recibió su paga, y todo quedó arreglado para el 25.

*Noviembre 26:* Todos los empleados de la clase de cómitres, sacados generalmente de entre la gente común y desalmada, carecen de sentimientos nobles y generosos. Son unos menguados que no tienen repugnancia en sacrificar a cualquiera a sus intereses o conveniencia, ni de cometer una acción, por más infame que sea. El cómitre confidente de mi padre, después que recibió la recompensa de la traición que nos iba a hacer, fue y nos denunció. Nos sorprendieron a la hora de embarcarnos.

*Diciembre 13:* Redoblada, por supuesto la vigilancia con mi padre, para mayor seguridad de que no se fugara, dispusieron alejarlo de Francia, señalándole el castillo de Chágres, para que cumpliera el término de su condena. Mi padre quiso reclamar al cómitre su dinero, pero el hipócrita lo negó, y agregó la traición a la mala fe. Contempló a un denunciante como la persona más vil de la tierra.” (Aquí falta una foja entera, cuidadosamente cortada, y sigue en la otra llana:) “que no había que esperar nada por entonces, y era preciso partir, quedando recomendado de hacer cuantas diligencias tuvieran a su alcance para conseguir su libertad.” (Aquí hay otros renglones borrados, que no se entienden).

1796

*Enero 1:* Mañana nos embarcamos para la Habana.

Aquí tiene usted querida tía, lo que he podido apuntar de nuestras desgracias. Cuando usted reciba ésta, millares de leguas nos separarán. En una edad tan tierna voy a un país lejano y desconocido, y quien sabe de qué naturaleza. Basta que sea una prisión, para que no sea nada bueno. A Dios ruéguele por mí y por mi padre, para que nos de conformidad, y que algún día ponga término a nuestro infortunio. – *Rosina*.

*Febrero 20:* Llegamos a la Habana.

*Marzo 10:* Salimos para el castillo de Chágres.

*Marzo 18:* Llegamos a Chágres y nos condujeron a la fortaleza. ¡Qué aspecto tan melancólico el de esta tierra! ¡Qué horror me ha inspirado esta prisión! Este va a ser mi sepulcro...”

Lo demás que sigue son apuntaciones sobre este lugar y demás acontecimientos en el transcurso de tiempo que han pasado aquí, indiferentes al asunto. Mira qué joven tan digna de compasión; y lo que más me admira es su resignación y conformidad, que confío le premiará alguna vez la Justicia Divina.

He recibido tu carta de Marzo. Participo de tus felicidades. No hagan ellas olvidar a tu antigua y buena amiga.

*Clementina.*

## CARTA IX

*Clementina a Elisa*

De la ciudad de Portobelo a La Habana

Mi querida

Aprovecho la ocasión del correo de Cartagena para escribirte.

Mi padre deseoso de proporcionarme distracción, me ha traído a esta ciudad, que es ahora bastante concurrida, por ser tiempo de feria. Antes de hablarte de ella, te haré una pequeña descripción de Portobelo.

Éste pertenece a uno de los primeros descubrimientos del inmortal Colón, después del territorio de Veraguas, y con razón le puso este navegante el distintivo de *puerto bello*; porque, en efecto, después de salir de la navegación de una costa tan molesta y peligrosa, se encuentra con una bahía resguardada de los vientos, de bastante capacidad y fondo para toda clase de buques, y cuyas aguas son tan mansas, que más parecieran estar varados que flotando.

La ciudad es pequeña y de piso empedrado y húmedo, porque llueve casi todos los días. Las casas son de teja, y las del gobierno bastante capaces, y bien construidas para un lugar como este.

La entrada de la ciudad la defienden dos castillos y una buena guarnición.

Hay un edificio que me ha llamado mucho la atención, titulado, *Casa de los negros del rey*; y quise verlos. Llegué en el momento en que los sacaban a su diurna fatiga. Estos negros, son comprados por el rey, de los que traen los traficantes de África, para emplearlos en trabajos públicos, porque es la raza que más resiste la insalubridad del clima, pues los blancos sufren mucho, y por tanto, ceden pronto a la faena y las enfermedades. Esta legión de africanos tiene su

jefe y empleados subalternos; y está tan bien organizada, que el soberano se haya bien servido, y ellos bien recompensados. El que se inutiliza, lo sostienen las cajas reales por toda su vida; y en el mismo edificio hay habitaciones para esta última clase, donde encontré unos dos ciegos y otros viejos que me informaron recibir, además de su alojamiento, vestuario y medicinas, tres reales diarios para comprar el *tasajo*; (dijeron ellos) porque la carne salada en *tasajo* traída de fuera es el alimento ordinario de la comunidad; pues los víveres son aquí bastante caros. Es innegable, que no hay nación en el mundo, de las que tienen colonias en el continente, que trate tan bien a los esclavos como la española. Lo digo sobre todo por mí, que he comprado una negrita, y de consentida que la tengo, parece una señorita, que no quiere se le pare encima una mosca, y con todos riño por causa de ella, teniendo siempre razón para mí<sup>29\*\*\*</sup>.

Hay en este lugar una multitud prodigiosa de flores y frutas. Las rosas de todas clases tan buscadas de las andaluzas, por el gusto de ponerse a competir con ellas; el voluptuoso jazmín, el suave clavel, la modesta azucena, y otra infinidad, son aquí tan comunes, que las españolas establecidas, y las hijas del país, muy rara vez no las tienen de adorno. Sobre todo, me ha admirado mucho una curiosa flor blanca, llamada del Espíritu Santo. Su tallo de más de dos pies, que sale de un bulbo conservado con poca tierra entre la humedad de las piedras, es semejante al del lirio, aunque las hojas son más pequeñas. Su caris, que tendrá como tres a cuatro pulgadas de circunferencia, lo guarnecen pétalos cortos gruesos y semicirculares en sus extremos, inclinados hacia fuera; y su pístalo, por la curiosa y natural colocación de unos pequeños pétalos interiores

---

<sup>29</sup> Hay un hecho histórico muy reciente, que es un testimonio de esta verdad. Cuando los negros esclavos de Haití se rebelaron contra sus amos, los esclavos de Santo Domingo, al este de la Isla pertenecientes a los españoles, no sólo no imitaron el ejemplo de los de la parte francesa, sino que permanecieron más fieles a sus señores, impidieron penetrarse allí el contagio de la sanguinaria sublevación de sus vecinos. Muchos años después que Santo Domingo dejó de pertenecer a la España agregándose a la República Haitiana por medios convencionales, fue que tuvo lugar allí la emancipación. Este asombroso ejemplo de adhesión dado en tan crueles circunstancias, prueba más que todo, el buen trato de los españoles para con sus esclavos; y que a su imitación, los pueblos gobernados con benignidad y sabiduría, jamás conspirarían contra sus mandatarios.

que lo cubren, presenta perfectamente formada una paloma blanca, echada con sus alas desplegadas, sirviéndole de ojos dos pequeñas etaminas negras. Por eso, le han dado a esta maravillosa flor el nombre distintivo que tiene; y creo, que es indígena de solo estas costas.

A consecuencia de la humedad, nace en los techos tanta hierba, que hay casas que parecen tener encima un bosque entero de arbustos. La gente de aquí es muy amable y hospitalaria, y de genio muy alegre.

Con motivo de la llegada de los galeones de España cargados de mercancías con dirección a este puerto, todos los comerciantes de las inmediaciones y particularmente del Pacífico, se reúnen aquí para comprar en este gran mercado, que dura treinta días, en los cuales hay un tráfico tan estupendo de dinero y efectos, que una tienda vale hasta ochocientos pesos de alquiler, por solo el tiempo de la feria.

Se aumenta más la población en tales días, porque son en los que traen a depositarse en estas cajas todo el oro y plata del Perú y las demás provincias del sur, que pertenecen al rey; con cuyo tesoro regresan cargados los galeones. Toda esta inmensa riqueza, es traída a la plaza pública, en cuyo lugar las pesan y marcan los oficiales reales antes de embárcalas.

Hasta el clero saca su usufructo en esta época, en que tampoco faltan devotos que vienen a cumplir sus promesas hechas por haber salvado de los peligros del mar, o por el buen éxito de sus caravanas o especulaciones. Con este motivo, las misas y demás sufragios religiosos suben de precio, tanto como los comestibles y las tiendas; pues, aunque los sacerdotes concurren también en número a poner su mercado espiritual, no por eso se dejan conseguir baratos<sup>30\*\*\*</sup>.

---

<sup>30</sup> Historiográfico.

Toda la importancia de Portobelo, consiste en este privilegio que le ha dado el rey con la feria, y con hacerle su tesorería general de toda la América del sur; lo cual atrae aquí los especuladores, y permite sostener muchos empleados y una buena guarnición que hace circular mucho la moneda. Tan pronto como le sea suspendido, debe precisamente decaer, por su peculiar situación<sup>31\*\*\*\*</sup>.

Dentro de tres días, a lo más, saldremos de aquí. Rosina se quedó sola, y deja a su padre algo achacoso. Te aseguro que por complacer al mío, no más me hubiera resuelto a venir, y no me tranquilizaré hasta no volver a estar con ella.

Te deseo salud, y que seas feliz con el escogido de tu corazón, sin olvidarte de tu fiel amiga.

*Clementina*

---

<sup>31</sup> Hoy Portobelo, no es más que ruinas. Sin comercio y con muy pocos edificios, su reducida población, está en el mayor estado de escases, y su pequeño tráfico, apenas le basta para subsistir. Con la pérdida de sus privilegios, lo perdió todo.



## CARTA X

*Clementina a Elisa*

Del Castillo de Chagres a La Habana.

Querida Elisa

Todo lo de este castillo parece fabuloso, estupendo como su apariencia; pues hasta la vida de mi sirvienta es una historia. Desde que la encontré aquí, noté, que no era una persona tan común para ser criada; porque me daba ratos de conversación bastantes razonables e instruida; pero nunca se me pasó por la imaginación encontrar en ella otro individuo, que una mujer de juicio y discreción, con la capacidad necesaria para servir bien a una familia decente, aunque notaba, que cuando le dábamos parte en nuestra tertulia, hacía uso de ella sin cometer ninguno de esos despropósitos ni deslices de los criados comunes. En todo, me he engañado por redondo.

Me entretenía viendo los cartones de dibujo que me mostraba Rosina, hechos por ella, en el que estaba presente también mi sirvienta, atraída por la curiosidad.

Después de haber pasado figuras humanas, flores, frutas y otros dibujos naturales, entramos en los paisajes. Entre estos, había uno de la ciudad de Lima, con parte del río y del bello y espacioso valle del Rímac, que me quedé algo suspensa contemplando por su agradable golpe de vista. Al leer el rótulo: ciudad de Lima, puesto debajo la pintura, notamos Rosina y yo, la emoción tan extraña que experimentó mi sirvienta, cuya novedad nos llamó sobremanera la atención. Le preguntamos lo que significaba aquello, y todavía con su semblante alterado, y la voz trémula: - ahí fue el lugar de mi desgracia - dijo señalando el cartón. Ambas entramos en curiosidad de saber, y le solicitamos para que nos satisficiera. Ella nos lo ofreció tan luego como se tranquilizó. Yo me

di a prisa a examinar los cartones que faltaban picada del deseo de oír. Concluido, nos bajamos a la batería, y nos sentamos allí las tres, mi sirvienta se expresó en estos términos:

### HISTORIA DE DOÑA INES DEL TORRIJO

“Me llamo, o me llamaban Doña Inés del Torrijo. Soy de la tierra de los Incas y nací en Lima, capital del virreinato del Perú. Mi padre, un pobre hidalgo español sin más propiedad que su título de Don, me tuvo con un hija del país, de las llamadas blancas criollas, con quien se había casado; pero la industria española, que particularmente en América ha sido ejercida con tan buen suceso, sonrió a mi padre, dándole de qué vivir cómodamente con su familia, compuesta de su esposa, yo, y un hermanito menor, en la misma proporción de edad que el niño Daniel y usted, señorita Clementina.

Los negocios de mi padre lo llevaron a la ciudadela o puerto del Callao, donde nos establecimos.

La agencia de muchos comerciantes, que le habían encargado de entenderse con el embarco, desembarco, y conducción de sus cargamentos, le producía una renta tan buena, como es de figurarse de la opulencia y progreso de aquella parte de la América meridional, tan afamada por sus inagotables tesoros.

Mi padre, procediendo como todos los españoles, que desde temprano ponen sus hijos varones en carrera para que aprendan a vivir de su trabajo, y apartarlos de esa indolencia e inacción casi común a los hispanoamericanos, y tan protegida por la abundancia de nuestro país; mi padre, dijo, apenas cumplió mi hermano doce años, que lo echó en un barco entregándolo a un capitán amigo suyo, para que lo enseñase a viajar. Él y yo, sentimos tanto esta separación, que tuvimos hasta la ligereza, de imputarla a crueldad de mi padre. Ya se ve, nos habíamos levantado juntos, y siempre unidos.

Yo estaba ya en estado de establecerme, y aunque tenía mis amores secretos con un joven llamado Don Servando de Córdova, mi padre me reservaba para unirme con Don Pablo Mateus, un catalán comerciante, por medio de aquellos que llaman casamientos tratados. Confieso, que no podía darme por mal servida, a pesar de que no se consultaba mi voluntad. El comerciante era todavía mozo, algo bien parecido, y rico: era un partido ventajoso. Pero todo esto es ilusorio cuando la inclinación no tiene parte en estos asuntos. Mi joven amante me parecía preferible a todos los partidos del mundo: para mí ni un monarca sería mejor.

En fin, llegó lo que con tanto temor aguardaba: el término de mi celibato. Me llamó mi padre, y me hizo saber su determinación. En mi semblante debió conocer mi desagrado; pero cediendo a la autoridad ese derecho con que a veces se abusa y faltándome valor para resistir, dije que obedecería.

Servando vivía a la otra puerta de mi casa, y no habían pasado dos horas, cuando ya le había yo hecho comunicar la triste noticia, por medio de una criada que me servía de confidente.

Le hice en mi carta cuantas reflexiones me pudo sugerir mi juicio, para que olvidara aquella pasión, que no podría ser de allí en adelante sino un piélago de sinsabores y tormentos. Pero por mucho que me esmeré en persuadirlo, por mucho que quise esforzarme en convencerlo, no le dije, que yo misma estaba resuelta a olvidarlo. Le daba unos consejos, que más necesitaba yo que él. Desesperado, juró, maldijo y se ausentó del Callao, para no hallarse allí, en la noche de su desdicha. Di pues, mi mano a Don Pablo, pero no mi corazón: le entregué mis deberes, pero no mi cariño; y cuando todos aplaudían mi suerte, yo habría de buena gana cedido mi marido a cualquiera de las que me lo codiciaban.

Las mujeres estamos en la necesidad, por muy bellas que seamos, de tener ciertos malandrines o ademanes, que se llaman gracias, sin las cuales la más hermosa, no la reputarían sino como una

hermosa estatua, y hasta hay ocasiones, en que una fea adquiere atractivos con esos adminículos. He conocido de ellas, algunas hacer fortuna con solo la fama de elegantes.

Es verdad que una mujer linda sin donaire, sin conversación, sin gusto para arreglarse, y aún, sin esas agradables ficciones, que manejadas con arte y a propósito, les comunican un no sé qué de voluptuoso: una mujer, digo, desnuda de todo esto, será una imagen bien hecha, pero muerta; porque le faltan esos ornamentos que dan vida a nuestro sexo. Una mujer, que sin atender a que sus dotes naturales sean perfectas, debe poner mucho estudio en conservarlas; pues es preciso que un hombre tenga el gusto muy estragado, para que pueda alucinarse con el desaseo y la descompostura. Nosotras para agradar, tenemos que hacerlo todo con gracia aunque sea aprendida. Los modales bruscos, son impropios hasta de los hombres, quienes para ser apreciados, necesitan también manejarse con finura y cortesía en la sociedad. Hasta en su enojo, debe la mujer conducirse con dulzura; pues hasta el rostro más hechicero se afea con el áspero gesto de la cólera. El sentimiento inspira compasión, el furor de la displicencia<sup>32</sup>

---

<sup>32</sup>Homero, hablando de las Gracias divinidades del paganismo, observa: “que cuando ellas bailaban en unión de las Ninfas y de Venus, servían entonces a esta de cintura, para comunicarle ese aire de negligencia que sienta tan bien a la belleza. Los antiguos sacrificaban a las Gracias, para obtener de ellas esa compostura, ese agrado, y amable jovialidad que forman los encantos de la sociedad, sin cuyas cualidades, hasta la misma virtud es salvaje y feroz. Platón cuando decía a Jenócrates: *Sacrificad a las Gracias*, era, para darle a entender, que un filósofo rígido y de sañudo aspecto no es propio para otra cosa, sino para desacreditar la sabiduría en el espíritu de la mayor parte de los hombres.

Ahora, oye sobre esto mi opinión, amiga lectora: es como un consejo, que espero me agradecerás, porque es para tu bien.

Una mujer, debe esmerarse hasta donde su poder alcance para conservar siempre despierta la ilusión de su amante o su marido; y la de este último muy particularmente, pues que siendo más expuesto hacérsela perder al hombre con quien se vive y familiariza, por eso debe ser más solícita en inventar los medios de agradarlo cada vez más. Porque, desengáñate amiga, todas las cosas de este mundo, entran primero por los ojos antes de llegar al corazón, por mucho que hablen los espiritualistas. Para lograr tal objeto, la mujer, antes de salir de su alcoba, debe consultar con su espejo, para examinar en el estado en que se encuentra su semblante, a fin de arreglar su vestido conforme a él; pues habéis reparado, que así como hay ocasiones que adecene el amor disgustado, así también se altera el semblante, por eso mismo que nos causa el desagrado. Y entonces es la hora en que la mujer debe ser más diestra y exquisita en elegir lo que más le sienta, para parecer siempre bien a la persona que le interese. Estoy seguro, que yo que doy el consejo y ustedes que lo oyen, recibiremos un regaño de todas esas, que han adoptado el desaliño por sistema; quienes para hallar un pretexto de santificarlo nos atormentan con la fastidiosa repetición de ser las más hacendosas de su casa, y las más cuidadosas de sus hijos, teniendo a las demás por ficciosas y flojas. Ellas que apenas logran atrapar un pobre marido, que aseguradas en el derecho de su propiedad, abandonan ese agravio tan esencial, aún para demostrar el respeto que se debe a la sociedad, presentándose en ella con limpieza, sin conocer cuan bello es ver una señora

Yo, aunque no fuese fea en mi juventud, parece que carecía de estos atributos; y bien por esta desgracia, o porque Mateus no me quería, lo cierto fue, que se enamoró de otra que le calentó los cascos. Su conducta, no despertó en mí, sino el resentimiento de la preferencia. Confieso, que no tenía celos, pero entonces fue que eché de menos a mi Servando. Estaba segura que yo le habría sido todo para él. Este me veía muy de tarde en tarde, y siempre notaba, que su amor no lo habían extinguido tantos acontecimientos conjurados en su contra; aunque por distracción, no le faltaban sus entretenimientos. Yo pasaba con mi marido una vida indiferente, y creo, que si me estimaba algo, era porque no le daba quejas. Los hombres pretenden obligarnos a tanto, que quieren que compremos su cariño con el sacrificio de hacernos indiferentes a sus extravíos.

En estas circunstancias, llegó el día terrible, el día de espanto para los habitantes del Callao: el horrible terremoto, que sacó de sus quicios los cimientos de aquella parte del mundo, que sepultó la población, y que se tragó hasta las embarcaciones ancladas en el puerto<sup>33</sup>. Al tronido de la tierra, al crujir de los edificios que se desplomaban sobre nosotros, yo perdí el conocimiento en el instante en que sentía nuestra casa bamboleando para caer, y no pude dar más razón de mí, ni de la desolación de mi patria, que creí, había desaparecido junto conmigo de la superficie, por la furia embravecida de los elementos.

Como a media hora de esto haber sucedido, volví en mí en los brazos de un hombre, que sobre las ruinas saltaba cargado conmigo para salvarme. La densa nube levantada por el polvo y mi

---

atendiendo a los deberes de madre de familia, con su vestido propio, arreglado y elegante, aunque sea sencillo. Esto realza su dignidad, porque la hace distinguir de sus domésticos.

Si el cinismo es tan repugnante en los hombres, ¿cómo no ha de serlo en las mujeres, cuyos embelesos forman la parte más deliciosa de nuestra vida? ¿Y cómo puede tener atractivos una mujer desaseada? Que respondan los infelices maridos a quienes haya tocado por suerte purgar sus culpas acá en esta vida con semejantes compañeras. Aún hay otra cosa: no sé cómo haya hombre que sufra una joven que fume. El tabaco es asqueroso y en una joven es indecente, pues es un hábito, que hasta en los hombres se hace insoportable. Concluyo lectora mía diciéndote; que la mujer según su edad, debe estar siempre, no tanto limpia y arreglada sino elegante. Una vieja asquerosa ni respeto inspira. Y si no, que se lo pregunten a los muchachos de la calle. Por eso, en cuanto a limpieza, citaré siempre como modelo a mis graciosas y elegantes paisanas las cartageneras.

<sup>33</sup> Acaecido en 1746.

turbación, no me permitían distinguir quién era, hasta que puesta sobre los pedazos de paredones demolidos, me dijo el que era: “ánimo querida; no temas, que ya estamos a salvo.” Era Servando el que me llevaba. Caminó conmigo un gran trecho, y algo fatigado me sentó sobre una gran piedra, ínterin tomaba algún aliento. En esto repitió la trepidación: nuevos horrores, nuevas ruinas, nueva confusión aumentada con los alaridos de los que llenos de pavor, huían de la catástrofe. Entonces, yo agarrada de la mano de Servando, corrimos hasta salir del poblado, que estaba ya convertido en un desierto espantoso, envuelto entre el polvo y medio tragado por la tierra.

Servando había salido a las Islas a hacer diligencias de la casa. Al mes de su ausencia, una noche habiendo yo ido a visitar una amiga mía, distinguí en uno de los salones la voz de alguna persona que no me era desconocida. Sin adivinar quién era, no pude libertarme de la emoción que sin saber cómo me había causado; aunque puse cuanto estuvo de mi parte por ocultarla, no pude hacer tanto, que mi amiga no me lo hubiese notado: yo hablaba en monosílabos. Me preguntó la causa, y le respondí que me sentía indispuesta. Con este pretexto me despedí y me retiré para mi casa.

Al día siguiente llegó Servando, a quien nada dije de lo ocurrido en la visita, por parecerme de ninguna importancia la impresión que había recibido en ella.

Dos días después, vi entrar a Servando en casa, y en su semblante siniestro le conocí tener alguna desazón: le pregunté, y se excusó conmigo. Estuvo escribiendo más de cuatro horas; y a las cinco de la tarde vino un amigo suyo a buscarlo. Salió despidiéndose de una manera hasta entonces muy extraña, y significativa para mí. Me apretó la mano con mucha vehemencia, y me dijo *hasta luego*; cosa que nunca había acostumbrado. No pudiendo adivinar nada de cuanto pasaba, y sobresaltada en estreno por ignorarlo, no podía tranquilizarme. Llamé al criado de mi mayor confianza, y le dije que fuese volando a seguir a su señor y volviera a avisarme. El fiel criado vino

corriendo y me dijo que lo había visto salir para el campo en unión de tres caballeros más, siendo uno de ellos un forastero que no conocía.

Mi corazón me presagió algo desagradable. Me vestí a la ligera, y le dije que me acompañara. Serían entonces cerca de las seis. Al acercarme a un bosquecillo por el camino de Cruces, oí un tiro. Apresuré el paso e inmediatamente oí otro tiro, al que siguió un murmullo que percibí dentro del monte. Llego, y veo un hombre tendido en el suelo, con un balazo en la cabeza, y otro herido, a quien socorrían sus compañeros. Absorta, horrorizada, me quedé cuando vi que el muerto era Mateus, y Servando el herido. Yo iba a gritar; pero me lo impidieron diciéndome, que mi llanto podía comprometerlos. Aguardamos pues la noche: allí mismo sepultaron el cadáver, y los otros dos caballeros nos llevaron hasta casa.

La herida de Servando, aunque en un lado, no era de peligro, como me lo aseguró uno de los compañeros que era médico.

Por indicios empezó el rumor de esta desgracia. Mateus había traído su dama a Panamá, y se habían alojado en la casa de mi amiga. Después del fracaso, recordé que había sido la voz de él la que había oído aquella noche en la visita. Apenas se había notado su falta, que a instigaciones de mi rival, empezó la justicia a hacer sus averiguaciones. Con este motivo, fueron presos a media noche Servando y sus compañeros, denunciados como testigos y sabedores del duelo, confirmado con la herida de uno de los sospechados. Se embargaron los bienes a todos y se instruyó la causa con la mayor actividad.

Por muy severas que fuesen las leyes españolas respecto de los desafíos, no había más que indicios contra los acusados, que lo habían negado todo, supuesto que no los habían sorprendido *in fraganti*. Pero esto no los libertó de la pena de destierro a los testigos, y a Servando de la del presidio de Chágres, por cuatro años, con el pago de costas en mancomún. Este artículo del foro,

estuvo a pique de dejarnos perecer. Como los bienes estaban embargados, los curiales echaron a su placer sendas partidas en la tasación. Con lo poco que buenamente nos quisieron dejar, reunimos un pequeño capital, que pensábamos poner en giro para socorrernos, contando además, con los ofrecimientos que nos habían hecho los comerciantes donde estaba empleado Servando.

Salimos el fin de Panamá para este destierro. Al llegar aquí se me oprimió el corazón, y sentí todo el horror que necesariamente experimenta por primera vez, aquel a quien quepa en suerte la desgracia de venir a pasar cualquier tiempo de su vida en esta fortaleza.

Servando, me refirió después el modo como se había encontrado con Don Pablo Mateus, y provocando éste la riña, de que fue víctima. Me dijo que habiendo ido donde sus patrones a presentar una carta de recomendación que traía para ellos, con noticia que tenía ya de nuestra estadía en Panamá, lo conoció, y sin poder reprimir su genio violento, le pidió allí mismo aclaraciones a Servando, quien respetando la casa le dijo, que fuera de allí le daría cuantas quisiera. Se citaron a una parte, a la que no faltó ninguno de los dos, cuyo resultado fue el lance que nos redujo a tanta desgracia. Entiendo que ningún derecho tiene a reclamar sobre mí un hombre que me había abandonado en el peligro, y que venía acompañado de su concubina.

Por las recomendaciones que trajimos para el Comandante del castillo, Servando tenía libertad para andar por donde quisiese: entonces no había Don Judas como ahora. Con esta coyuntura alquilé una casa en el pueblo, y puse una tienda, ocupándome también en asistir por un precio moderado a los pasajeros que viniesen por esta vía para cualquiera de las costas de los dos mares.

Ya usted sabe señorita Clementina lo concurrida que es la feria de Portobelo y el número de personas que vienen a ella del lado del Pacífico. En la primera que pasamos estando aquí, cuando empezaban a bajar los negociantes para ir a ella, una noche vi que trajeron a mi casa una persona



arropada cargada por un hombre y acompañada de un caballero, quien me suplicó le proporcionara lecho y asistencia para aquella señora que venía enferma, abonando él cuanto se gastara.

Dudoso parecerá lo que voy a referir: la enferma que se había alojado en mi casa, era Urzula San-Clemente la dama de Don Pablo Mateus mi marido. No sé cuál de las dos se sorprendió más con este encuentro: ella por lo menos, y como era natural, mostró mucho sobresalto. Pero yo entrando en razón y considerando que no hay poder que desvíe el curso que la Providencia da a los acontecimientos de la vida, contuve mi emoción y deseché la venganza. Hablé a mi rival con dulzura, le aseguré de no tener cuidado, que yo era cristiana y de su propio sexo y que ella estando doliente, tenía entonces un derecho a mi hospitalidad, aunque fuese mi mayor enemiga; además, que nuestros sucesos subsecuentes, habían puesto un velo sobre los pasados, igualando enteramente nuestras mutuas situaciones. La asistí pues, con el mayor esmero; pero todo fue inútil; a los tres días murió bajo mi propio techo y en mi propia cama; yo vi salir su último suspiro. El caballero que la había traído, la sintió bastante, le hizo su entierro con toda la decencia que permitía el país y habiéndome satisfecho la paga, siguió su ruta, no sin algunas lágrimas al despedirse de nosotros, tributadas tal vez a la memoria de la San Clemente.

Se me había olvidado decirles, que después de la catástrofe de Mateus, quisimos casarnos; pero hasta de este consuelo nos vimos privados, a causa de que mi fe de viuda sería el comprobante del fatal suceso, que descubriría a los que se habían negado reos, exponiéndolos a otro castigo más severo. Vimos que este era ya de antemano nuestro destino y continuamos sometidos.

Ya iban a cumplirse los cuatro años de la condena de Servando: sólo le faltaban dos meses. Pero parece que todo había conspirado para perseguirme. Seré breve... Cayó enfermo y murió... Con haberlo perdido a él, perdí mi apoyo, al que me libertó la vida, a mi fiel compañero que me quiso siempre bien...

Yo quedaba moza y como había sido afortunada en mi especulación, tenía algo con que pasarlo cómodamente. Un año después de mi viudez, se me presentó un pretendiente: yo lo encontraba digno, porque me parecía hombre de bien y en mi situación no podía aspirar a otra cosa.

Confiada en sus promesas, le entregué mis intereses para que los manejara antes de casarnos. ¡El aleve...! Su objeto era apropiarse de mi pequeño haber; y habiéndolo conseguido desapareció cuando menos lo esperaba, llevándose todo el fruto del trabajo de Servando y de mis economías. Muy aventurada es la suerte de las viudas que quedan con proporciones; solicitadas por algunos tunantes, sin otro fin que el de especular con sus despojos, concluyen con tratarlas mal, luego que han adquirido sobre ellas y sus intereses, eso que los hombres llaman derechos. Por eso deben ser muy cuerdas en una nueva elección. Respecto a mí, hasta hoy, nada he sabido del paradero de mi raptor, aunque lo tengo ya perdonado. Me vi, entonces, obligada a vender hasta mi ropa de uso después de mis alhajas; y al fin, mujer sola, fui decayendo hasta llegar el caso de tener que concertarme para ganar la subsistencia.

No podía irme a mi país, ni a ninguna otra parte, no tenía quien me llevara, ni con qué trasportarme; y tuve que resolver permanecer aquí hasta que acabe los pocos días que me queden de vida, si Dios no dispone otra cosa: porque, (decía yo para mí) aquí tengo ya conocimiento y relaciones que de algo me pueden valer, las cuales tendré de nuevo que adquirir en cualquiera parte a donde vaya, no siendo al principio otra cosa que una forastera. Reducida a esta forzosa situación, entré a servir al Comandante de este castillo, quien prendado de mi buen comportamiento, me recomendó a su sucesor, de cuyo modo he ido pasando de uno en otro hasta el presente, y así me sostendré con la ayuda de la divina Clemencia, hasta que me cubra la tierra, a que estoy muy cerca, pues los años empujan hacia ella, a la desgraciada Inés, cuya historia habéis oído.”

Muy buena tarde nos dio Inés con su revelación. Yo entonces le propuse, si quería irse conmigo, en caso que relevasen a mi padre, supuesto que aquí subsistía tan solo de su trabajo personal y que no tenía esperanza ninguna de volver a su país, donde no esperaba encontrar persona de su parentela. Me contestó que llegada la época de mi partida, pensaría en la proposición, pues al presente no estaba dispuesta a dejar estos lugares, en que por tan tristes simpatías conservaba aún el recuerdo de su amor, tan conectado con sus desgracias. Yo no la insté más, porque vi que la enternecía, y nos retiramos llegada la noche.

Desde entonces trato a esta mujer con mayor interés; y ella que me lo conoce, toma un notable empeño en mi servicio, mostrándome tanta gratitud, que cuando se habla de que ha de llegar mi separación, no puede detener el llanto. Siempre dice, que yo soy su única protectora.

Consérvate buena para tu fiel amiga

*Clementina.*

## CARTA XI

Clementina a Elisa.

Del castillo de Chágres a La Habana.

Amiga mía

Algo hay de misterioso en los sucesos de Rosina; y aún ella misma no comprende una parte. Me ha dicho que a los seis meses de estar en esta fortaleza, empezó su padre a recibir auxilios de mano de un comerciante gaditano<sup>34</sup>, por conducto de otro de la Habana; pero que éste último desde la primera vez que los comenzó a enviar, impuso la condición, de que no habían de tratar de informarse de quien fuese el benefactor, no tanto porque él mismo lo ignoraba, sino, porque hasta el acudiente de Europa le recomendaba guardar un inviolable secreto respecto de su nombre.

En todas las remesas que ha hecho, ha recibido sólo una carta de Soulendar escrita en francés, de cuyo contenido nada se ha podido descubrir, pues aún la letra es desconocida. Si fuese de su hermana, fecharía de Toulon y se firmaría, a más de que no la creen en estado de prosperidad, para que pudiera mandarle tales socorros. Por curiosidad pedí la carta a Rosina y traducida al español dice:

“Señor Roberto de Soulendar.

Un amigo que tiene el mayor interés por su suerte, y a quien no conviene por ahora descubrirse, le envía el pequeño auxilio de dos mil francés por conducto de un negociante, que pueden servirle de algo. Por mano del mismo, continuaré suministrándole conforme mis facultades me lo permitan, siempre que se presente ocasión; advirtiéndole, que sólo en esta vez escribiré a usted. En lo sucesivo, mi apoderado se encargará directamente en este negocio. Pueda ser que la Providencia

---

<sup>34</sup> Persona natural de Cádiz – España.

ayudando mis esfuerzos, me permita algún día descubrirme en circunstancias más felices. Ella, mientras tanto, le dé a usted conformidad y resignación en su destino.”

En estos días cuando llegaron los galeones de España, además de algún dinero, recibieron varios efectos europeos, compuestos de telas de seda, lana, y lino, todo de buena calidad, los cuales conduje yo misma a mi regreso de Portobelo.

Estos antecedentes me infunden la esperanza de que no es tan difícil, que de un día a otro varíe la suerte de esta interesante y desgraciada joven. Si fuera yo testigo de esta transformación, la tendría como una de mis épocas de consuelo, pues ya la reputo como una hermana; y tanto, que ambas nos estremecemos, solamente con el pensamiento de que alguna vez nos hayamos de separar. Pero en ratos me parece que la felicidad ha huido despavorida de esta tierra, y que es incapaz de volver nunca. Tal es su aspecto, que no infunde más que temor y desesperación. No sé si esto será nacido de mi propia desconfianza, aunque estoy segura, que en mi lugar cualquiera pensaría lo mismo.

Consérvate buena y recuerda tu siempre amiga...

*Clementina.*

## CARTA XII

Clementina a Elisa.

Del castillo de Chágres a La Habana.

Amada Elisa

No quepo en mí de contenta: ponte en mi lugar; he recibido carta de Cádiz, y acaso por mi alegría podrás descubrir de quién. Un amor que creía extinguido con la ausencia, vuelve a renacer en mi corazón, satisfecha con la constancia de Rodrigo, que de nuevo me protesta no ser de otra mujer mientras yo viva. Esto es lo que se llama querer y estoy orgullosísima: ¿no es verdad que tengo razón para ello, Elisa? Porque es muy difícil, sino imposible, el que lleguemos a unirnos alguna vez. Sin embargo, no sé qué placer se recibe al ver que somos el objeto de preferencia de una persona de mérito. Tú sabes que Rodrigo era ambicionado de muchas bellezas gaditanas, como un partido ventajoso, y que por sus distinciones, me atrajo la emulación, y aún la enemistad de algunas que antes se decían mis amigas, y que verían muy contentas mi partida, echando con ella sus cuentas; pero que se han dado chasco. ¡Qué triunfo este tan espléndido, capaz de volver loca a una joven que desea agradar y competir! Nada hay con que compararlo.

Mi Rodrigo me anuncia, que hace muy activas diligencias para que releven a mi padre, y que tal vez él mismo, según le han propuesto, vendrá de Mayor de algún regimiento a cualquiera de los puntos de América que elija, y que su primera diligencia será buscarme. ¡Dios mío, si así sucediese! Mira Elisa, que carta tan linda deberá ser esta. Te la podría recitar de memoria, de tanto como la he releído.

Se la he mostrado a papá, ya que él tenía conocimiento de nuestra correspondencia, por haberle Rodrigo manifestado sus buenas intenciones, que aprobó, las cuales no se realizaron por obstáculos que no se pudieron allanar entonces, con la prontitud de nuestra salida. Ahora mi objeto ha sido,

que se impusiera de la parte que habla de su relevo, porque sólo su obediencia al rey, fue la que lo pudo hacer venir a este mortífero país. Ha leído pues sin decirme una palabra, y aún ha manifestado alguna indiferencia. Él, aunque me idolatra, es muy severo de costumbres, y por nada de este mundo aplaudiría en mi presencia el más pequeño de mis aturdimientos causado por mis amores; porque cree que esto me autorizaría para tomarme mayores confianzas, que degeneraran en faltarle el respeto. Pero aunque en su gravedad es un perfecto castellano, mis monadas y zalamerías le hacen continuamente desviarse de ella, y aunque él no quiera, lo hago chancear y lo divierto. Es mi buen padre.

Hoy he bajado a pasear el pueblo bastante contenta: la noticia no era para menos, y ya con humos de novia. Tú y cualquier otra haría lo mismo en mi lugar, y por eso tengo la franqueza de decirlo, porque sé no me lo reprobarás. El corazón que rara vez me engaña, me anuncia algo bueno. Para mí, bastaría sólo el que me sacaran de esta tierra, aunque aspiro a cosas de mayor importancia. Pero por algo se ha de empezar.

Saludo a tu papá y a ti, que debes participar aunque sea de los presentimientos de felicidad, con que desde ahora se alimenta tu buena amiga.

*Clementina.*

## CARTA XIII.

Clementina a Elisa.

Del castillo de Chágres a La Habana.

Amiga mía

También en este rebujo de la naturaleza, viene el amor a inquietar el espíritu, aún los de aquellos que conociéndose debieran renunciar al ser amados. Nos divertiremos Elisa, ya que no hay otra cosa que hacer, a costa de un imbécil mostrenco que me está haciendo la corte, deshaciéndose en cumplimientos y atenciones.

Hace como un mes, que vino de Panamá de comandante de la guarnición un capitán Manchaca; y no bien me ha conocido que se ha prendado de mí, de un modo tan serio, que el primer paso que ha dado, ha sido pedir mi mano a mi padre. Éste le dijo, que lo principal era contar antes con mi consentimiento, y de hecho me lo consignó. El marchante, es uno de aquellos que hacen carrera por casualidad ayudados de su tesón. Es militar muy antiguo, y a fuerza de sostenerse en puntos tales como este, que otros renuncian aun ofreciéndoles tamañas ventajas, ha llegado a ser capitán. Es una bestia completa, y fuera de las voces de mandar el ejercicio, y los terminachos de ordenanza que a todas cosas aplica, no habla otra cosa que sandeces y disparates, que nos da pena oírle, sin detenerse en tomar parte de cuanto se trata, decidiendo en todo magistralmente.

Lo que más lo ridiculiza, es su decantada hidalguía con que nos mortifica en todas ocasiones, como si ella fuese bastante a suplir la falta de mérito personal, como lo creen muchos, el capitán Manchaca entre ellos. Aunque de diverso modo, es el segundo tomo de Don Judas.

Después de algunos rodeos, me ha pretendido por medio de una carta cuyo modelo de este género, voy a copiar aquí para que te rías un rato. Dice así:

“Ilustrísima princesa de este castillo a quien, Dios guarde...



Desde que la vi quedé rendido del puro amor, porque siendo hijo de Adán, me gustan las hijas de Eva; pero como yo quiero hacer las cosas con todas las formalidades de ordenanza, me dirigí al señor mi comandante su padre, pidiéndole su blanca mano para hacerla mi augusta esposa: y el usía me dijo, que nada podía decretar a mi reclamo sin oír la vista de vuestra merced; y por eso, respetuosamente represento, pidiendo como solícito, que juro sobre el puño de mi espada decir verdad en lo que fuere preguntado, y no proceder de malicia en amarla con todo mi corazón. Y es gracia que imploro a sus pies, en el castillo de Chágres, hoy día de la fecha, para que conste por diligencia. – El capitán. – Canuto Manchaca &C. &C.

Mi padre a quien le mostré, me dijo, “he aquí una mezcla del Quijote, con el formulario de proceso de Colón”

Embarazada sin saber cómo le he de contestar, aún lo tengo colgado, como se dice, sin dejar él de menudarme todos los días sus billetes, a cual más lleno de desatinos. Cada requiebro parece un templo, pero tan insulsos y vulgares, que son capaces de hacer aborrecer el amor a cualquiera que no haya conocido otros objetos que hagan apreciar sus encantos.

No te puedes figurar como se desvela en obsequiarme. Siempre me está trayendo frutas, flores, las cartas del correo, y me adivina hasta el pensamiento. Me acompaña al paseo, y si nos estamos hasta tarde sus soldados nos alumbran el camino cuando oscurece. Con sus frecuentes dádivas se ha ganado y puesto de su parte a Inés, quien siendo la mensajera de su correspondencia, continuamente me está hablando de él, ponderándome su buen carácter, y la decisión que tiene por mí, concluyendo con exhortarme a que le corresponda. Te significo; que a amar por gratitud, ninguno más digno que el capitán Manchaca, quien aunque parezca un hombre ridículo, creo que haría la dicha de alguna mujer que lo eligiese, tan solo por lograr una felicidad doméstica, si es que la puede haber con estos estúpidos apasionados, que muchas veces, son únicamente buenos en

la apariencia, y que se hacen después más insoportables, por lo mismo que se vive continuamente con ellos.

Nunca estaré yo por los tales comprometimientos de gratitud. El amor debe ser para mí, un efecto de mi íntimo convencimiento, pues jamás daré mi corazón por premio de unas atenciones, que se pueden pagar con otras atenciones. Además, tampoco deseo a ninguna amiga mía que se case con un hombre bruto. Los primeros días del entusiasmo pasan, y cuando con la posesión del objeto se haya apagado el primitivo ardor de dos que se aman, sólo quedan para reemplazarlo los embelesos que la ilustración presta al espíritu, para mitigar el fastidio, si es que lo haya. Un hombre de educación, armoniza cuanto tiene de cerca, sabe reprimir los ímpetus de su genio, inspira seguridad y confianza a su esposa, apreciándola por su justo valor; y guardándole cuantas consideraciones le sean debidas, aunque tenga él sus extravíos, y aun cuando se le haya extinguido el amor que tuviera por ella. En fin, un hombre de educación, es lo que la mujer debe buscar con preferencia, después de la hombría de bien. Si una mujer llega a perder el amor de su marido, no por eso pierde el derecho de que la respete. Ahora, si por gratitud se casa una mujer con un bruto, tan luego como desaparecen las primeras impresiones causadas por esta gratitud, las cuales están muy lejos de hacer parte del placer; he aquí un hombre transformado en un objeto de fastidio, cuyas necedades y ridiculeces serán un doble tormento. Como incapaz de ninguno de aquellos bellos pensamientos, propios de una imaginación esclarecida que endulzan hasta las amarguras de la vida, inventando siempre medios de distraerla, precisamente emplea su brutalidad en martirizar a su esposa, convirtiéndole en llanto los hermosos días que se había ella prometido correr, por lo menos en tranquilidad, cuando no amada de un marido que siquiera tuviese buen sentido acompañado de alguna otra cualidad doméstica.

No opino como muchas mujeres, que por no oír decir, que se han quedado para vestir santos, abarcan lo que se les presente, sacrificando a la vanidad de ser casadas, la tranquilidad de que disfrutarían permaneciendo solteras. Esto me hace recordar una casamentera que decía, que para marido no había hombre malo, ¡que engañada estaba ésta, que por el ansia de establecerse, no contaba con su porvenir!

Dicen los hombres, que la mujer es de quien la trata. Es menester convenir, que así sucede generalmente; pero también hay excepciones en la regla, y que yo soy una de ellas. No Elisa, el matrimonio dura hasta la muerte de uno de los dos, y es un asunto muy serio en que se interesa nada menos que mi futura suerte, para que me entregue a ciegas a un hombre desnudo de prendas, que me haga pasar mala vida, y me abochorne en la sociedad con su ignorancia. Aunque yo no tuviese la esperanza de mi Rodrigo, que sabes tú cuánto vale, por solo llamarme casada, no me aventuraría con el capitán Manchaca, aunque me quedara para meterme a vieja. ¿Qué me sucedería con este hombre, después de pasado eso que llama luna de miel, si es que su luna puede ser dulce? Creería tener a mi lado un buey, cuyas expresiones antes me parecerían bramidos que articulaciones de un racional que piensa. Resuelto: el capitán Manchaca tendrá su despacho.

Estamos preparando un paseo al río, a un pueblo que llaman el Gatún. Siquiera de este modo procuraremos hacer llevadero este destierro. Rosina nos acompañará, aunque se ha resistido mucho, pero las instancias de su padre y las mías la han decidido.

Hasta otra vez. Tuya de corazón.

*Clementina.*

## CARTA XIV

Clementina a Elisa.

Del castillo de Chágres a La Habana.

Querida...

Ahora sí que está esto detestable con las fuerzas de las aguas. Continuamente está lloviendo, y el piso se pone intransitable con el lodo y la humedad. Los nubarrones que se posan sobre los montes y la perenne llovizna, le dan a este lugar un aspecto tan encapotado y lúgubre, como el del nevado rostro del caduco invierno.

Esta es la estación más peligrosa para la salud. Levantándose unos furiosos vientos del oeste llamados vendavales, tan fríos y destemplados, que ellos con los precursores de las calenturas hasta para los mismos naturales. Es verdad que la vegetación en este tiempo es bella y lozana; pero las demás peculiaridades de este país que lo hacen temer tanto, no dan lugar a contemplar los hermosos caprichos de la naturaleza, que aún en medio de una atmósfera tan nebulosa, deja entrever sus graciosos labios llenos de risa.

El mes pasado ha sido la festividad de San Lorenzo, patrono de la parroquia, y que da también su nombre al castillo. El 15 de agosto que llaman el día de la Antigua, sacaron por la tarde la imagen en gran procesión, y la trajeron a la fortaleza, en la que según una vieja costumbre, se hace una ceremonia bastante singular. Tan pronto como llega la procesión, se presenta el comandante y deposita en manos del Santo el bastón distintivo de su autoridad y las llaves del castillo, que conserva durante el paseo, el cual se verifica por las baterías, al estruendo de la salva, siendo las mujeres las que disparan cañones, cuyo privilegio compran con dádivas a los artilleros, quienes aprovechándose de tan bella ocasión, se hacen pagar bien. Al salir recupera el comandante su bastón y sus llaves, pues mientras tanto, se reputa como si estuviese despojado del mando de la

fortaleza, que por esa tarde ejerce san Lorenzo; luego que baja la procesión, que más parece una asonada que un acto religioso, da vuelta al pueblo y entra en la iglesia.

Las mujeres en competencia, despliegan en este día todas sus galas y lujos de joyas. El modo de adornar la iglesia tiene también algo de extraño. A cada persona de proporciones se le encarga vestir un pilar de la iglesia, y aquí entra tal emulación para hacerlo cada una mejor que otra, que no hay cosa por impropia que sea, de que no se sirvan, con tal de llenar su objeto. Yo me he reído mucho de ver en esta ocasión las muñecas, figuras de soldados, y otras láminas profanas, sirviendo de adorno en un templo.

A mí me ha salido algo cara la fiesta. Por supuesto que como la persona más grande de la tierra es aquí el comandante y su familia, me echaron un pilar; y Rosina y yo con nuestras telas de seda y otras buenas cosas, lo adornamos con tanto gusto y elegancia, que quedó el mejor de todos. Ignoraba hubiese también en esta tierra para que nada le faltase, la abundancia de un insecto devorador llamado comején, para haber puesto los medios de prevenir sus estragos. A los nueve días que es el tiempo que dura este adorno, cuando fuimos a desnudar mi pilar, encontré casi todas las telas destruidas por los malditos animales. En su irónica compasión demostraron las otras concurrentes la complacencia interior que tenían, al ver que el comején las vengase de haberlas yo aventajado.

En estos días, aparece en este puerto una multitud innumerable de pececillos, que el más grande, según lo he medido, no pasa de una pulgada y media. Se cogen muy fácilmente con “cafúculas” para el consumo del pueblo. Este pescadillo no se vende, sino que todo el que lo coge lo reparte gratis a los habitantes, pues atribuyen, que siendo un presente de su santo patrono, deja de venir por muchos años, si llegasen a venderlo. Así mismo tienen la superstición de creer que el año que no se haga la ceremonia que te he referido, en la fortaleza sobrevendría mucha peste, como si ella

faltase alguna vez, en cuya parte, no demuestra San Lorenzo tener grandes simpatías por sus patrocinados de Chágres.

Te habré dejado en ayunas con la “cafúcula”. Esta es una bolsa natural elástica, formada de fibras muy fuertes. Se saca de este modo: cuando es el tiempo de producir sus corozos una palmera, el vástago y la macolla de flores, sale del cogollo cubierta de una tela que termina en punta, de la misma que la macolla. Antes que la fuerza expansiva del racimo rompa esta tela, la cortan de forma circular al pie del mismo vástago, y tirándola por la punta, sacan perfectamente sana y formada la bolsa. He aquí la cafúcula, que tiene diferentes usos. Siendo tan fuerte, elástica y bien tupida, sirve para echar granos; y cosida su boca alrededor de la rueda de bejuco, con ella se recogen los pececillos a que dan el nombre de “titíes”.

Opina papá, que la abundancia tan estupenda de éstos consiste, en que siendo en esta costa el tiempo de la fresa, toda ella se arruma en la ensenada, tanto por la mansedumbre de las aguas cuanto por huir de los peces grandes que los persiguen en honda mar para comérselos. Los incautos se libentan de unos enemigos para caer en manos de otros no menos voraces y de más instinto, aunque el ataque de estos últimos dura cuanto más ocho o diez días.

Hemos hecho nuestro paseo al Gatún. Si las embarcaciones fueran más cómodas, sería más agradable la subida y bajada del río cuyas riberas pobladas de una lozana vegetación presentan un paisaje bastante agradable a la vista, habitado de muchas aves, entre ellas unas grandes bandadas de loros que por las tardes alborotan el aire con sus gritos, como despidiéndose para ir en busca de sus dormitorios. Observándole yo al barquero, el encontrarse también tantos caimanes, me dijo, que por esta causa el río se llamaba antes, “el río de los lagartos.”

Nada más tengo que decirte, sino que deseo te conserves buena y feliz, para tu fiel amiga

*Clementina.*

## CARTA XV

Clementina a Elisa.

Del castillo de Chágres a La Habana.

Amada Elisa ¡Con cuánto placer he recibido tu carta! Celebro con todas las yerras de mi alma, que te hayas unido al escogido de tu corazón, aunque estés en duda si tu padre te complacerá en fijar su residencia en esa ciudad, donde te esperaba tanta dicha. Se feliz por siempre que estos son los votos de tu amiga.

Rosina se ha mostrado muy reconocida al interés que muestras por su suerte, añadiendo, que tendría el mayor gusto en que se le presentase ocasión de ser tu amiga. Hablemos de ella.

Había yo notado, que alguna cosa me reservaba, sin embargo, de la estrecha confianza que teníamos. La veía continuamente en su casa con una cadena de oro puesta al cuello, como que colgaba de ella alguna otra alhaja que con mucho cuidado guardaba en el seno, y que no la llevaba cuando venía donde mí. Mi curiosidad estuvo muchas veces tentada por preguntarle, pero nunca me atreví a exigir la revelación de un secreto que respetaba, por lo mismo que conocía su esmero en conservarlo; lo cual aguijoneaba más mi deseo, hasta que una casualidad me lo hizo saber todo.

Una tarde nos habíamos emplazado para dar un paseo, y me adelanté en irla a buscar yo a su habitación. Rosina no me esperaba, y al entrar la sorprendí quitándose la cadena de la que pendía el relicario de oro que encerraba un retrato. Mi aparición fue muy repentina para que tuviera tiempo de ocultarlo, y a mi solicitud me lo mostró. Aunque se turbó algo, la amistad me dio entonces el derecho de reclamar la historia de aquel descubrimiento, que me hizo con tanta mayor complacencia cuanto que creía satisfacerme de este modo, por la cautela con que se había manejado conmigo en este asunto. Me dijo que las líneas borradas, y la foja cortada de su libro de memoria había sido hecho adrede por ella misma, porque tenían relación con su amante, cuyas

circunstancias había querido ocultar por recato hacia una persona como yo, con quien no tenía por entonces una tan estrecha amistad para que mereciera semejante confianza. “Guillermo Cramer, continuó ella, se llama el oficial de ingenieros que me enseñaba el castellano, y aún no habían pasado muchos meses cuando se prendó de mí. Galán cuanto lo puede ser un joven español, de educación distinguida como oficial de un cuerpo facultativo, de muy buena figura, complaciente y fino en su trato, no tardé en penetrarme de todo el mérito de tan bellas cualidades, y le correspondí.

Lo amaba tiernamente, porque mi inclinación iba a la par de mi gratitud. Se desvelaba por la suerte de mi padre, y cuando murió mi madre, yo no encontré otro apoyo en mi tribulación. Sin hacer alto en nuestra suerte, que mientras más deplorable parecía infundirle más amor, le habló a su padre pidiéndole su consentimiento para casarse conmigo.

Tú sabes cuan celosos son los españoles de sus privilegios, y el padre de Guillermo halló no ser digna del hijo de un brigadier la hija de un preso, cuya condición era por sí misma absolutamente desventajosa. Esta negativa en vez de entibiar su cariño, lo encendió más. Echó empeños y nada bastó para ablandar la repugnancia de su padre. Aunque parecía que ésta ocurrencia podría separarlo algo de nuestras relaciones, no fue así. Guillermo hizo por mi padre cuantas diligencias pudo, y cuando su causa se resolvió definitivamente, lloró también conmigo.

No había remedio, nos obligaban a marchar, y era preciso separarnos; pero mi desgracia aumentaba su pasión: me quería con lástima, y me juró un amor eterno; juramento que he creído inviolable, como hecho por un hombre honrado, que no podía complacerse en burlarse de mi situación, para hacerla más amarga con los sufrimientos de la ingratitud. Me ofreció también que sería infatigable hasta conseguir la libertad y vindicación de mi padre; promesa que tuve igualmente por sincera. Me dejó su retrato, prenda que aprecié más que si me hubiese dado todas



las grandezas de este mundo, porque en su ausencia me serviría de consuelo. Yo le di también el mío. Nos despedimos, y sólo el interés de conservarme para mi infeliz padre, pudo darme resistencia para no morir de dolor. Guillermo sufrió bastante y nos separamos, quién sabe si hasta la otra vida.

Después de nuestra llegada a esta tierra de la desventura, no he vuelto a saber de él; pero yo presumo que esos auxilios que mi padre recibe, no son de otra mano que de la suya, por más que lo haya querido ocultar, hasta mandando moneda francesa para alejar cualquier sospecha. Esto me hace traslucir alguna esperanza remota que aunque me consuela en ratos, procuro desvanecerla, para que la idea de su imposibilidad no venga a agregarse a mis diurnos sufrimientos. Me he resuelto a no tener más confianza que en la Divina Providencia, única que vela sobre sus criaturas, y único refugio de los desgraciados.”

Se acabó esta conversación cuando llegábamos a la batería del castillo que cae al lado del mar; y entonces, señalando hacia él, exclamó: mira Clementina, toda la inmensidad que nos separa; ¿tú crees posible que nos volvamos a ver? Apenas dicho esto, sus ojos se le cubrieron de una gruesa tela de lágrimas, que no tardó poco en descargarse sobre sus mejillas animadas con el encendido carmín del dolor. Yo, que sufría casi lo mismo, la consolaba llorando también. En esto llegó mi padre y aunque nos encontró en tal estado, por prudencia no mostró ninguna alteración, para no aumentar la aflicción de Rosina. Nos invitó para que termináramos el paseo, y nos retiramos a casa, donde variada la conversación, se calmó aquel amargo instante de recuerdo.

Adiós, Elisa, tú sola eres feliz en tanto que otras sufren. Sin envidiar ni pesarme tu suerte, deseé una igual para mí. Ruega que haya un día de ventura, reservado para Rosina y para tu buena amiga.

*Clementina.*

## CARTA XVI

Clementina a Elisa.

Del castillo de Chágres a La Habana.

Amiga mía

No hay lugares más impropios para ser habitados por una persona sensible y recatada, que aquellos que sirven para castigo de los culpables: porque en esos lugares es donde está más palpable la mísera condición de la especie humana. En su mayor parte, si no todos, hombres de baja extracción, de pasiones violentas, de perversas inclinaciones, y despechados por el hábito del castigo, sus bocas no profieren sino impurezas, sus modales son disolutos, y a veces ni sus lamentos inspiran lástima, porque más parecen amenazas que quejas. Yo los compadezco a todos, sin embargo, pues no es poca desgracia para una criatura llegar a un estado tan consumado de relajación. Lo que te voy a referir, te dará una idea mejor de lo que es esto.

La semana pasada se ha cometido un asesinato, que me llena de horror el recordarlo solamente. Residía aquí una pobre viuda, que habiendo perdido a su marido de muerte natural, en esta fortaleza, se había quedado con la especulación de hacer comida para vender a la tropa y a los presos. Todos los comandantes, en vista de su buen comportamiento, y del provecho que resultaba a todos, le habían permitido vivir en una de las piezas del castillo, en que tenía puesta una pequeña tienda, y su despacho de comida. Su incesante trabajo y sus economías, le habían hecho adquirir un capital tan pequeño, como ganado por manos de mujer; pero que con él se sostenía, y aún daba prestado a los soldados y presos con una simple gabela. Esto hizo creer a todos, que tenía más de lo que aparentaba.

La gente de las provincias del interior, es por aquí la más adecuada para el servicio de criados, pues a su honradez reúne mucho respeto y lealtad por las personas a quienes sirven, con muy pocas

excepciones; y la mujer de que te hablo tenía con permiso del comandante, un preso natural de Santa Fe, llamado Jesús María Saavedra, con la condición de pagar quien trabajase por él. El aspecto compungido del Saavedra, su humildad, su obediencia y una exclusiva consagración a las prácticas devotas en que empleaba sus ratos desocupados, hicieron lo preferiese a los demás paisanos suyos que hacen la gran mayoría de los condenados a este establecimiento de castigo. Llevaba continuamente en su cuello una gruesa camándula, que desgranaba tres o cuatro veces al día, escapularios de todas las cofradías, que ya no se distinguían por el mugre, y más reliquias que las que contienen los santos lugares de Jerusalén. Se confesaba y comulgaba todos los diecinueve, y no empezaría ninguna faena sin haber antes oído misa, siendo el último que salía de la iglesia, casi bañada la cara de agua bendita, a fuerza de santiguarse con ella. En suma, yo no podía pensar, como este hombre tan edificante, que cada día de la semana lo tenía dedicado a alguna devoción particular, podía estar sentenciado a este presidio y...por doce años. Decía yo, ¡quién sabe qué calumnia habrían levantado a este pobre devoto!; porque en este mundo corrompido, casi siempre la inocencia y la virtud son las perseguidas. Pues oye, estremécete y contempla hasta dónde puede llegar la cautelosa perversidad del corazón humano.

Como te he dicho, el miércoles de la semana pasada, se notó que la mujer no había abierto su tienda; y continuando cerrada hasta más tarde se entró en ciudad, y se le tocó. Nadie responde; y al empujar para hacer más ruido creyéndola dormida, la puerta que solo estaba juntada, se abrió. ¡Qué espectáculo tan horroroso se presentó entonces! el de la pobre tendera cosida a puñaladas, degollada, la boca atada con un trapo, todo su vestido despedazado, como si hubiese hecho muchos esfuerzos para defenderse, y tirada en medio de la sala.

Rosina y yo acudimos a la novedad: habría sido mejor no ir; las fuerzas nos faltaron para poder ver tan terrible catástrofe. Se encontró su baúl descerrajado y saqueado, y algunas piezas de ropa

dispersas por el suelo. ¿Y creerás quien fuese el autor de tamaña maldad? Pues no lo dudes: el devoto Saavedra, que el día anterior a su atentado, había confesado y comulgado, recibiendo indignamente en aquel pecho inmundo toda la pureza de un Dios encarnado, a quien iba a ofender esa misma noche con un crimen tan atroz.

Inmediatamente que se notó la falta de Saavedra, que era indicio suficiente de ser él el asesino, se despacharon piquetes de tropa por todas direcciones en su persecución y requisitorias a todos los puntos cercanos para que lo capturasen. En efecto, por denuncia de un labrador conocido suyo que dijo haberlo encontrado se supo la ruta que había emprendido, y a los tres días, ya lo habían traído asegurado al castillo. Aún tenía las manos empapadas con la sangre de su víctima, y se estaba santiguando y encomendando a los santos de su devoción. ¡Quién hubiera creído que el hipócrita bajo tanta obediencia y mansedumbre encerrara un corazón tan depravado!

Me tentó entonces la curiosidad de saber el otro delito porque estaba condenado. Era, no menos deformes que el que acababa de cometer. Había sido juzgado con su mujer por haber sacado los ojos a su propio hijo a fin que les sirviese para pedir limosna. El único testigo de esta filicida mutilación fue el mismo muchacho, y como los asesinos negaron, no hubo lugar a que las leyes castigaran con todo su rigor tan inaudita iniquidad.

A Saavedra se le ha encontrado dinero, alhajas y ropa de la tendera; y con todas las declaraciones y cuerpo del delito, ha sido remitido a Panamá para su juzgamiento. Con un secreto terror, no me cansaba de contemplar a este hombre, que tenía tanta sangre fría para encubrir su maldad bajo las más edificantes apariencias. La sensibilidad de Rosina ha sido doblemente conmovida, porque, por una extrema severidad, es que se ha podido destinar aquí a su padre, cuya delincuencia no merecía se le confundiese con tantos malhechores.

Parece que todo se había reunido en esta ocasión para hacerla más horrorosa. Al día siguiente del asesinato, estando recorriendo las barbacanas de una parte de la fortificación, una enorme piedra que se estaba enclavando en un merlón, no pudiéndola sujetar los trabajadores, se desplomó y mató a un preso, dejándolo destrozado. ¡Dios mío; cuándo me sacarás de este lugar de escarmiento y de dolores!

Ayúdame tú también a pedírselo Elisa, así como yo te ayudo para que te mantengas siempre con salud, para tu fiel amiga

*Clementina.*

BILLETE DE ROSINA.

Querida Clementina.

No extrañes que hoy deje de subir donde ti: mi padre ha pasado muy mala noche con una fiebre violenta de que ha sido atacado, y lo creo bastante grave. – Tuya

*Rosina.*

## CARTA XVII

Clementina a Elisa

Del castillo de Chágres a La Habana.

Querida amiga:

¡Murió Matalma! fueron los gritos de todos los presos que me despertaron antes de ayer muy temprano, dándose unos a otros la enhorabuena, porque había dejado de existir el cómitre de la fortificación.

Al principio creí que era algún motín suscitado contra él; pero cuando me levanté encontré que era cierto porque todos se agolpaban a ver su cadáver, que ellos mismos ya habían vestido, poniéndole por irrisión el brazo derecho levantado con la vara de castigar en la mano y haciéndole dos mil denuestos compatibles con su carácter. Unos decían: “ahora irás a ser Sobrestante del infierno”, otros: “allá recibirás como premio las buenas palizas que has dado acá.” Algunos: “ya tiene la cara de condenado” y cada cual creyó que había llegado el día de su venganza.

Mi padre bajó, y los hizo entrar en recogimiento haciéndoles quitar la postura que tenía el cadáver y enseñándolos a que respetaran los muertos; porque por malos que hubieran sido en vida, sólo el Juez Supremo ante cuyo tribunal han de comparecer tiene derecho de juzgarlos, siendo por el contrario deber de todo buen cristiano rogar a Dios por nuestro prójimo, aunque hayan sido nuestros enemigos, para que tenga misericordia de nosotros, en recompensa de que suplicamos la tenga por ellos. Aquella turba de desalmados, con los ojos bajos, oyeron en silencio aquella exhortación, como conmovida por los consejos que acababa de recibir. Entonces mi padre aprovechándose de tan buenas disposiciones, los formó a todos en coro, y haciendo de cabeza los puso a rezar el rosario. Esta fue, Elisa, una súbita transformación. Aquella frenética comparsa, que poco antes, arrastrada por la pasión de la venganza, que es la más violenta del corazón humano,

prorrumpía en blasfemias y ultrajes contra su enemigo muerto, se la ve de pronto en comunidad rogando a Dios por su eterno descanso con el más sincero fervor. ¡Cuán grande es el poder de la religión invocada por un hombre de bien en estos ánimos feroces, que ni la educación ni la moral suavizan ni refrenan, y que incapaces de remordimiento, porque desconocen la deformidad del crimen, lo temen y esperan todo de la otra vida!

Mi padre concluyó su obra, haciendo que el cadáver de Don Judas Matalma, fuera sepultado con todos los honores de su grado militar. Se le hicieron las exequias con la decencia que permite el país y lo dejó en manos de la Providencia para que dispusiera de su alma según sus inescrutables juicios.

Yo creo, que si mi padre no está aquí en estas circunstancias, quién sabe cuántos desacatos habrían cometido con el cadáver de este hombre a quien ninguno quería. No hay cosa mejor que hacer el bien, Elisa. Este es el triunfo mayor que puede obtener un alma generosa; y yo no creo que haya placer igual al que se experimenta, cuando aún los mismos agravios se recompensan con beneficios; este acto como superior al hombre, porque sus inclinaciones siempre lo conducen a la venganza, le hace más grande que la naturaleza, y sólo comparable a la Divinidad, cuya clemencia no nos deja de tratar como hijos; pese a que vivimos ofendiéndolo a cada paso. ¡Qué elocuentes son las lágrimas de un desvalido cuando se derraman por su benefactor! He aquí su mejor oración fúnebre.

Se ha encontrado un papel cerrado de Don Judas al hacer el inventario de sus bienes. En presencia de testigos se ha abierto y contiene su última voluntad. Nunca he visto testamento más lacónico, ni más particular. Léelo a continuación:

## JESÚS, MARÍA Y JOSÉ.

Declaro, que me llamo Don Judas Matalma.

Declaro ítem, que soy militar viejo del rey, y capitán retirado.

Declaro que creo tener un sobrino en la ciudad de Antequera, reino de Granada, en España, y que no me acuerdo su nombre. Declaro y juro, que me he de morir; y que cuando me haya muerto, no sé lo que tendré en dinero, porque pongo y saco conforme necesito.

Declaro ítem, que lo que tenga cuando muera se lo endono a mi dicho sobrino, el de Antequera; pero que saquen antes cien pesos fuertes para que me digan misas, y veinticinco para mi entierro, los cuales se los han de entregar completos al cura, aunque no los valga.

Declaro y también juro otra vez, que la ropa de mi uso se la den a mi sirviente Pancho Almanza, si le da la gana de acompañarme hasta entonces, o a algún otro que esté conmigo, o a quien la quiera.

Declaro y protesto, que este testamento es hecho con todas las formalidades de ordenanza. Y por falta de escribano, lo firmo en el castillo de San Lorenzo de Chágres, hoy día de la fecha. (No tenía ninguna) Yo el capitán retirado sobrestante. – *Judas Matalma*, que en paz descanse.”

Sin embargo de su natural circunspección, mi padre no pudo dejar de reír con documento tan original.

Se ha contado su dinero y se le han encontrado más de dos mil pesos, fruto de sus economías, y de quién sabe otros manejos de qué. “Ya habrá dado cuenta a Dios”, añadían algunos que todo lo observan para juzgarlo.

Cumplido cuanto el difunto dispuso en su vida, el dinero se va a remitir a España a las autoridades de Antequera, para que lo entreguen al sobrino de Don Judas, si es que lo pueden descubrir por las señales tan auténticas de su tío.



Hace algunos días que no bajamos al pueblo, porque éste, a principios de Noviembre se aniega tanto con las avenidas del mar, que las casas están entre el agua, y la gente camina entre el agua para hacer sus diligencias.

Hoy que ya había cesado la inundación, y que estaba seco el piso, dispuse salir por la tarde; pero acabo de recibir el billete de Rosina que te acompaño.

“Mi padre se agrava, querida Clementina, y pide un confesor. Hazme el favor de mandar por el cura del pueblo; y tú, ven pronto a acompañarme, que estoy sola y muy afligida.”

Concluyo esta carta para irme: mi corazón me anuncia que alguna catástrofe espera a mi pobre amiga. ¡Ojalá que esté errada!

Adiós; tuya siempre

*Clementina.*

## C A R T A XVIII.

Clementina a Elisa.

Del castillo de Chágres a La Habana

¡Ay Elisa: amiga mía!

Aún no sé cómo escribirte esta carta, me tiembla el pulso y mis ideas las tengo todavía en mucho desorden, según estoy de conmovida por la suerte de Rosina.

Al fin ésta desgraciada perdió su padre, y acabó por ser huérfana. Ya te había yo anunciado en mi anterior carta su gravedad, que progresó desde la tarde que recibí el billete del que te mandé copia. Con este motivo, trasladamos el enfermo a una pieza cómoda y más propia. Mi padre, naturalmente compasivo, se prestó a cuanto podía contribuir a su mejor asistencia, y aún nos acompañaba algunas veces a verla.

Rosina no abandonaba el lecho del moribundo autor de sus días, en cuyo semblante aunque desfigurado, daba a conocer todo el dolor que le causaba el abandonar su hija, y el consuelo que recibía con sus cuidados. Es difícil que haya persona que como Rosina, reúna tan extremada sensibilidad, al despejo con que en medio de tanta tribulación desempeñaba todos sus deberes domésticos, sin que el dolor le hiciera faltar en nada a lo que necesitaba su padre. Las lágrimas se mezclaban con los medicamentos; pero no por eso eran suministrados con menos acierto y oportunidad. Últimamente, ni las facultades de su espíritu se dislocaron; parecía que su situación les prestaba más fortaleza. Esto que te digo lo verás confirmado en la copia de su diario que te acompaño, donde encontrarás toda la efusión del amor filial, expresado con tan vehementes sentimientos.

Roberto de Soulendar se acercaba a su último fin. Mostraba toda la conformidad y resignación de un hombre familiarizado con las vicisitudes de la vida; y sólo se enternecía por la suerte de su

hija. Como dos horas antes de espirar, nos hizo acercar a mi padre y a mí; y esforzándose cuanto pudo, para hacerse superior a su desfallecimiento, con palabras entrecortadas, nos dijo: “Señor Comandante y señorita, mi Rosina, esta hija que ha hecho todas mis delicias, la única que me ha ayudado y consolado en mis trabajos, va a quedar huérfana... desamparada. A ninguno interesará más en este mundo desde que yo le falte. Yo la recomiendo a la bondad de ustedes, para que le sirvan de apoyo y protección. Con lo poco que le queda, puede alcanzarle para trasladarse a Francia al lado de una hermana mía, única pariente inmediata que tiene: y les ruego aprovechar la primera ocasión que se presente, para que le proporcionen pasaje, a fin de que cuanto antes se aleje de esta mansión que tan dolorosos recuerdos debe darle. Yo quedaré en paz, confiado en que la caridad de ustedes adoptará a mi pobre hija. Usted, señorita, le servirá de madre; y usted, señor Comandante, hará mis veces, pues aunque yo no lo merezca, ella tiene derecho a la compasión de todas las almas generosas. Es un ángel, y nadie sabe tanto como yo, cuan digna es de una mejor suerte.” Nosotros le ofrecimos, con lágrimas en los ojos, que de todo corazón adoptábamos a Rosina; y mi padre añadió, que Rosina y yo seríamos igual para él. La abrazamos en su presencia, para confirmarle nuestra promesa - Entonces, haciendo un ademán de consuelo, le tomó la mano y aplicándola a su boca, le dio un beso y...espiró.

Rosina lanzó un grito, y casi fuera de sí, se desprendió de nosotros, que aún la teníamos estrechada y se arrojó sobre su padre.

Elisa, no te puedo describir este espectáculo sin conmoverme. Los requiebros de esta desgraciada me traspasaban el corazón, cuando entre sollozos capaces de ablandar las piedras, exclamaba: “¡ay papá de mi alma, que sola me has dejado!” Yo aunque tenía el mío vivo y presente, por una de esas imágenes que el sentimiento produce en sus esfuerzos, me puse en lugar de Rosina; y creyéndome también huérfana, me hice partícipe de su dolor. Lloraba junto con ella; y mi

padre igualmente enternecido, estuvo por un gran rato embarazado para podernos consolar, y suspender por entonces aquella escena tan lastimosa.

Al fin, se tranquilizó y trató de calmarnos. La misma Rosina sacó la mejor ropa limpia para vestir el cadáver, y se retiró a dar lugar de que lo bañaran y vistieran, cuyo momento aprovecho para apuntar algo en su diario.

Cuando estuvo todo hecho volvió, e hincada delante de él le recortó las uñas y tomó un gajo de pelo que envolvió en un papel. Lo peinó, le echó esencias, y sacando una cruz de cristal engastada en oro, la besó y se la puso a Roberto en el pecho, pendiente al cuello por una cinta negra de terciopelo. Permaneciendo de rodillas sin abandonarla yo, inclinó su cabeza apoyando su frente sobre el borde de la cama; y en esta posición, rogó por el alma de su padre. Al acabar, alzando sus manos y ojos al cielo: “por tu infinita misericordia Señor, dijo, recompénsale allá en tu reino, la paciencia y conformidad, con que a imitación tuya, sobrellevó sus padecimientos acá en la tierra.” Un recogimiento sobrenatural sintió mi espíritu, y un rayo de melancólica alegría que vi aparecer en el semblante alterado de Rosina, sintiendo que han sido oídas sus plegarias. Debió ser así, pronunciada por un corazón como el suyo. Fue preciso arrancarla de allí para que descansara; pero de tiempo en tiempo volvía y puesta siempre de rodillas, con sus lánguidos ojos, contemplaba por un rato el rostro de aquella imagen inanimada, como el último triste consuelo, que dentro de poco, debían también arrebatarse.

¡Qué contraste, Elisa, entre la pérdida del hombre bueno y el malo! Ya te he significado los esfuerzos que tuvo que hacer mi padre, para hacer entrar en respeto a los presos cuando murió Matalma; pues hasta ahora ha tenido que valerse de su autoridad para contenerlos en su sentimiento. Todos ellos y los soldados, se agolparon a la puerta de la sala fúnebre, disputándose la preferencia de lavar y vestir a de Soulendar, y de *motu proprio*, juntos sin faltar uno, han velado

el cadáver, rezando el rosario cada dos horas. Los soldados se reunieron con una contribución, y costearon al cura del pueblo, para que viniera al castillo a cantar el oficio de difuntos, a cuya ceremonia asistieron con el mayor recogimiento todos con los brazos cruzados y los ojos fijos en el suelo. Todas estas demostraciones agravaban más las penas de Rosina, pues añadían a su dolor, el tierno sentimiento de la gratitud.

Es verdad, de Soulendar era acreedor a tanto reconocimiento: él era como suele decirse, el paño de lágrimas de los soldados y de los presos. Su dinero estaba siempre dispuesto para socorrerlos y sacarlos de sus apuros; y a la vez que era franco y generoso con todos, les servía de consejero, exhortando muy particularmente a sus compañeros de suerte, sobrellevarla con resignación. Lo mismo sucedía con los vecinos del lugar, a quienes hacía continuos beneficios, y que vinieron también en esta ocasión a atestiguar el sentimiento de su pérdida. Nunca llegó a él un necesitado que no saliera socorrido y prendado, además, de la urbanidad y desinterés, con que hacía un beneficio. Roberto de Soulendar, en fin, era todo un buen francés.

Mientras se preparaba lo necesario para el entierro, mi padre hizo trasladar a nuestra casa cuanto pertenecía al difunto, en virtud a que éste le había encargado de todo.

Como a las ocho de la mañana del día siguiente a la muerte de Soulendar, la campana del castillo anunció que se avistaba un buque con dirección al puerto.

Rosina sacó de sus baúles un túnico negro de tela de lana muy fina con jubón de terciopelo y guarniciones del mismo color; se lo puso y se acomodó el pelo sin adornos. “He aquí, me dijo, la gala fúnebre con que me voy a despedir a mi padre para siempre.” Me pareció Elisa, que alguna de las gracias era la que estaba de duelo. Tan interesante así la hacía el lúgubre vestido, que daba un nuevo realce a su belleza en medio de tanta desolación.

A la hora del entierro, tomó la cruz de cristal que había puesto el día anterior en el pecho de su padre, y se la colgó al cuello después de haberla besado. Hasta Rosina había conservado íntegra toda su presencia de ánimo; pero en esta última prueba la abandonó: era imposible sostenerse más, siendo la postrera más amarga. Al sacar el cadáver solo pudo decir...adiós padre mío, hasta la eternidad. Allá, ruega por tu... y cayó desmayada en mis brazos...Basta Elisa, yo misma ya no tengo fuerzas para referirte más: las pocas que me habían quedado se me han agotado en esta carta; y si las reúno un poco, es para concluirla, refiriéndote un acontecimiento, que aunque tiene parte en él mi bienestar, ha venido a completar mi asombro, al ver, que cuando el destino del hombre se fija, es irrevocable.

El buque anunciado en la mañana, era una fragata de guerra española, que echó señal de traer un jefe a bordo. La fragata hizo la salva, que contestó la fortaleza; y al subir a esta el jefe y su comitiva, encontraron el entierro que bajaba para la iglesia. Habíamos subido a Rocina a nuestra sala, y aún permanecía sin conocimiento en mis brazos y los de mi padre suministrándole espíritus, cuando se presentó un brigadier con sus oficiales. La fisonomía de uno de estos me llamó la atención, con tanto más motivo, cuanto que conocí se había turbado algo. El brigadier, después de los cumplimientos de estilo, preguntó a mi padre, quién era aquel muerto que iban a sepultar, “es el de Roberto de Soulendar, respondió Don Miguel, y esta joven desmayada es su hija” El brigadier era Don Agustín Cramer que venía de comisión del rey para levantar el plan de defensa del castillo de Chágres y otras plazas fuertes y el oficial del que te hablo, era su hijo Guillermo, amante de Rosina, que traía el indulto y vindicación de Soulendar con restitución de todos sus bienes. Igualmente ha venido el relevo de mi padre, para que siga destinado a España.

Adiós amada Elisa: sé feliz en unión de los objetos de tu cariño, como es el ferviente deseo de tu invariable amiga. *Clementina.*

## COPIA DEL DIARIO DE ROSINA EN LA ENFERMEDAD DE SU PADRE

*Diciembre 13.* En la madrugada me ha despertado mi padre, por hallarse acometido de una fiebre. El acceso ha sido muy grande, y me da mucho que temer por la debilidad en que se encuentra. Estoy desesperada, espero llegue pronto la mañana. El día y la noche no lo ha pasado muy bien.

*Diciembre 14.* He conocido su gravedad por su decadencia, y mi corazón me anuncia una catástrofe. Mi padre me ha llamado, y cogiéndome la mano me ha dicho: “¡ay hija mía... me parece que ésta es mi última enfermedad. No te aflijas, que Dios es misericordioso, y el mejor amparo de los huérfanos!” Se enterneció mucho; y aunque procuré detener mis lágrimas para no afligirlo más, no pude y lloré junto con él, que no desprendía sus ojos de mí. En esto sonó el reloj del castillo: las nueve de la mañana. Le traje alimento y lo arrojó. Una hora después se quedó dormido; y yo no me separé de su cama para guardar su sueño y estar pronta para lo que necesite. Estando la puerta entreabierta y sola yo allí con él ¡con cuantas ideas tristes me martirizó el pensamiento!

Se me representó todo el horror de mi situación. Entonces escribí a mi amiga Clementina para que me viniera a acompañar; porque yo estaba tan afligida.

A las doce ha despertado; y aunque está muy decadente, tiene más baja la calentura. El Comandante y Clementina han dispuesto aprovechar este momento de descanso, para trasladarnos a otra pieza más cómoda, como se ha verificado con ayuda de todos los presos.

A las tres ha tomado muy poco alimento y se sentó él mismo: yo lo ayudaba a sostener. “Hija mía, me dijo, si me muero, no te dilates en este país, procura irte pronto a Francia a donde tu tía. Ten resignación y consérvate tan virtuosa como hasta hoy, pues que hay mayor consuelo en la adversidad, que una conciencia pura.” Me pasó el brazo por la cintura, y me la estrechó. Sentí todo mí cuerpo estremecerse con la idea de que fuese ésta la última vez que mi padre me abrazaba.

A las cinco le entró un nuevo achaque, que lo ha puesto en delirio, y nada ha bastado para poderlo despejar. Todos sus delirios son conmigo. Le ha dado un letargo, que he creído ser el último trance. En este momento sonaba el reloj las seis de la tarde. Son las once de la noche: se ha quedado tranquilo y he rogado a cuantos me acompañaban se retiren a descansar. Yo me he quedado sola junto a él. ¡Como había de abandonarlo si es mi padre! mi pobre padre, que en su lecho de muerte, solo a mí es a quien le interesa su existencia. La opaca luz de una lámpara, lámpara de prisión, es la que me acompaña. Dios mío, Dios de misericordia, apiádate de mi soledad: mira, que sin tu clemencia, tal vez pronto, no tendré más padre más que a ti.

El reloj ha dado las doce. El ronco tañido de su campana, me recuerda cada media hora la obligación de una buena hija... ¡Oh virgen pura! Madre piadosa, tú, que aún llena de dolor no desamparaste tu divino hijo hasta sepultarlo, tú, fuente de consolación, dame valor y resistencia, y acompáñame en este lance, en que tanto necesito de tu amparo y ayuda... El enfermo ha recordado y me ha dicho: “Rosina, querida hija mía, no me dejes sólo, estate conmigo, pues tú me calmas las agitaciones que sufre mi espíritu” Yo lo he animado procurando disiparle tan ominosas ilusiones. Me preguntó qué hora eran, le contesté que estaba al caer la una de la madrugada: acababa de decirlo cuando sonó, y se volvió a quedar tranquilo. Me puse a leer para distraer el sueño. Leía maquinalmente, y pasaba fojas enteras sin comprender. ¡Cómo había de comprender, teniendo a la vista un objeto que me tenía tan melancólica!

Han dado las dos. Cada hora que oigo, me parece una más que se rebaja de las pocas que me quedan para ser huérfana. Oigo los lamentos del otro enfermo que está aquí cerca. ¡Cómo se me oprime el corazón! Parece que este lugar se ha destinado sólo para padecer y gemir. ¡Cuántos más desdichados no sufrirán también ahora mismo! ... En este valle de miserias ¡se llora tanto!



Han sonado las tres. No sé si será mi situación la que hace que cuanto más tiempo pase me parezca mucho más pavoroso. La campana del reloj la oigo tan ronca como la campana de la cárcel, cuyos ecos, no anuncian sino desesperación, crueldad y desventura. Me parece otra vez, que oigo la lúgubre campana de algún cementerio retirado que incesantemente recuerda, ser allí la mansión de los muertos, y que invita al pasajero a pedir por ellos. Se ha levantado Clementina; y debido a su ruego y al de su padre voy a reclinar-me un rato. ¡Qué descanso puedo tener estando él padeciendo!

*Diciembre 15.* Son las seis de la mañana: apenas he podido dormir; pero me siento con fuerzas.

Son las ocho. Se ha confesado mi padre, y recibido el sagrado viático. Teniendo el sacerdote la forma delante para ponérsela, antes de tomarla, clavando sobre ella sus ojos lánguidos pero animados por la expresión del fervor: “Padre de la misericordia, dijo, perdóname y no desampares a mi Rosina; protégela, que sólo tu apoyo le queda en esta vida. Si soy digno, Señor, óyeme, que yo la recomiendo a tu clemencia...”

A todos arrancó lágrimas esta enérgica, aunque devota súplica. Yo no puedo explicar lo que sentía.

A las diez se dispuso a tomar algún alimento. Me dijo que era por mí que lo hacía, como la última prueba que podía darme de su amor.

Son las doce: he oído llorar a la mujer del enfermo que se quejaba anoche, se ha muerto. ¡Cómo se estremece mi alma! Poco falta tal vez para que en el orden, preceda a la viuda una huérfana. Mi padre ha oído el llanto, y me ha preguntado la causa. Clementina le ha respondido sin decirle la verdadera, porque yo no podía.

Son las tres de la tarde: le ha entrado el crecimiento a las dos en punto. Temo que no lo pueda resistir: es mucha su decadencia. ¡Dios eterno! me llama: si habrá llegado el instante de su agonía...

Eran las cuatro y media: hora de desolación y de amargura. Con el eco de tu última vibración, salió el último soplo de vida del desafortunado autor de mis días, que aun espirando, se desvelaba buscándome protectores. ¡Qué desgraciada soy! Huérfana y tan joven. De hoy en adelante, no seré sino hija de la caridad...Adiós Roberto de Soulendar...adiós padre mío... mi adorado, mi tierno padre... Él, te haya recibido en su seno, y a mí que no me desampare...Clementina, mi buena amiga, mejor dicho, mi nueva madre, me ruega deje la pluma: yo la quiero, y la obedezco; porque después de Dios, ella y su padre, son mi único...

Le arrebaté la pluma y se la arranqué de sobre aquel papel, cuyos renglones estaba lavando y borrando con su llanto. Su pulso trémulo no acertaba ya a poner bien ningún carácter inteligible, aunque hacía tantos esfuerzos. ¡Tal era la violencia de su dolor!

*Clementina.*

## CONCLUSIÓN

Cinco años hacían, que el teniente coronel Don Miguel Remon había salido del castillo de Chágres con toda su familia; y era el día 14 de Mayo de 1784 el cual se celebraba en la villa de Madrid la suntuosa fiesta de San Isidro, que Elisa de Sandoval observó entre las damas que estaban en la iglesia, dos, de las cuales, una de ellas, no le era enteramente desconocida, aunque a ambas acompañaban dos hermosos niños, uno varón y otro hembra.

Sin embargo, de hallarse en la nave opuesta, Sandoval fijó mucho la atención, para que la otra no lo observara y advirtiera a su compañera, quien también procuró distinguir aquella fisonomía, que tan súbitamente le había traído a la memoria una multitud de ideas aunque remotas. De minuto en minuto se encontraban sus ojos y en los semblantes se conocía la ansiedad que tenía cada una de cerciorarse de la verdad.

Como de común acuerdo, terminada la función, esperaron que el bullicio de la concurrencia se serenara un poco, para ser las últimas en salir del lugar. Entonces, acercándose al mismo tiempo a tomar el agua bendita, Elisa, a su mayor placer reconoció a Clementina Remon, quien le dijo que su compañera era Rosina de Soulendar. Se deshicieron todas en esas expresivas zalamerías y sus bulliciosas demostraciones de alegría tan propias de las mujeres cuando se encuentran con antiguas amigas después de tanto tiempo de no verse. Estaban todavía en estos coloquios recíprocos, formando un grupo junto a la pila, cuando se presentaron dos militares vestidos de gran uniforme, que se agregaron a la conversación. Estos eran Don Rodrigo la Puente, esposo de Remon y Don Guillermo Cramer esposo de Soulendar.

El resultado de este inesperado encuentro fue que Elisa, cediendo a las persuasiones de todos, aceptó pasar con sus amigas un día de total regocijo. Ambas estaban desesperadas por saber sus respectivos acontecimientos, desde que habiendo cesado su correspondencia, ni una ni otra habían

vuelto a saber de sus suertes. Después de haber comido frutas y refrescos, Elisa hablando a la Clementina se expresó en estos términos:

“Desde que en tus cartas me hablaste de Rosina, tomé tanta afición por ella, que todo lo suyo me interesaba. Bastaba que fuese estimada por ti, para que todo lo mereciera. Sus desgracias me conmovían sobremanera, y me animaba un íntimo deseo de hallarme a su lado para ser su amiga y ayudarte a consolarla en su adversidad. Una vez estuve casi con el viaje dispuesto para irle a hacer una visita; pero amiga, fue tanto el temor que me inspiraron con el mortífero temperamento de Chágres, confirmado con lo que tú me informabas de él, que me hicieron renunciar a mi designio. La última carta en que me participabas la muerte del padre de Rosina, la recibí en Barcelona; y yo no puedo expresar lo que sintió mi corazón con esta noticia tan desagradable, pese a que presentía algún feliz desenlace, proveniente de la llegada del brigadier y su hijo. Te hablaré ahora de mí.

Ya tu sabías por una de mis cartas, que mi padre no había aún resuelto su establecimiento y por mucho que mi marido (que se llama Henrique Casanova) y yo lo instamos a que nos quedaríamos en la Habana, el amor a su tierra natal, innato en un buen patriota español, triunfó sobre todas nuestras insinuaciones, y nos dispusimos para trasladarnos a Cádiz.

Se dilató el viaje, porque en los días de verificarse, di a luz mi primer hijo. Casanova condescendió en dejar su bello país para seguirme, aunque era yo la obligada a quedarme donde le pareciera más conveniente; pero lo hizo porque quería complacerme y nunca podré olvidar este no menos valioso sacrificio de su cariño. Vendió lo que poseía y nos embarcamos.

Nuestra navegación no fue tan feliz, debido a que no sufrimos algunos sustos. Nos cogió un furioso temporal y después de algunos días de mal tiempo, tuvimos la fortuna de arribar a la isla

de Madera, fondeando en Fonchal. El gobernador portugués nos trató bien y subministró todo lo necesario para la reparación de nuestro buque, que había sufrido algo.

Con noticia que algunos corsarios de África recorrían aquellos mares, en pos de las embarcaciones que pasaban de allí a cualquier punto de Europa, nos vimos precisados a aguardar el convoy portugués que salió dos meses después, al cual nos incorporamos para ir con más seguridad; porque también iba entonces reforzado con un buque de guerra español.

Ya en las aguas de las costas de Europa, nos encontramos con los corsarios que nos empezaron a dar caza maniobrando para tomarnos el barlovento. Nuestros buques iban todos reunidos, y los de guerra hicieron su zafarrancho para esperar el enemigo. Figúrate mis conflictos en aquel lance, sin más consuelo que someterme al resultado del peligro que corríamos. Me fui a la habitación, y abrazada con mi tierno hijo esperaba temblando el fin de aquella catástrofe que nos amenazaba.

Tú, Clementina, has tenido razón en decirme, que todo en el mar es tremendo. Pues yo te digo, que es horroroso; porque solamente la idea de que en una pérdida no hay por donde huir, y que lo mismo que nos sustenta es una sepultura, que toda se vuelve bocas para tragarnos, es bastante para morir de pesadumbre, antes que por la mano enemiga. Yo estaba helada de terror; y al oír los primeros tiros que retumbaban como si todo el firmamento se estuviera desplomando sobre las aguas, estreché mi hijo contra mi seno, cerré los ojos y quería hasta taparme los oídos. En mi turbación, por una bala que sentí golpear en la obra muerta, me puse a encomendar a Dios y a pedirle misericordia con toda la fuerza de mi voz. Tales eran mis gritos, que a ellos ocurrió Casanova, creyendo haberme sucedido alguna desgracia.

Los corsarios se habían retirado, el ruido del combate había cesado, y solo para mí continuaba el estruendo, así estaba de atribulada.

Casi nada sufrieron nuestros buques y un viento fresco nos protegió para seguir nuestro rumbo: yo, no tan confiada, porque aún no me había salido el susto del cuerpo.

Llegamos a Cádiz felizmente y cuando puse el pie en tierra, juré por nuestra Señora que no volvería a embarcarme jamás. Pero mi padre que por el hábito de estar continuamente en el mar, parece más un tritón que un hombre, se le puso la cabeza el capricho de ir a Barcelona donde tenía un hermano comerciante y donde se prometía vender a buen precio los efectos que había traído de la Habana; y a los quince días nos embarcamos para el Mediterráneo.

Muy bello me pareció al pasar el estrecho de Gibraltar, el espectáculo de ver dos mundos tan cerca uno de otro; el África y la Europa. Me llamó sobre todo la atención, al ver una bandera extranjera dominando en la misma costa de España. Mi padre me dijo: “hija, esa bandera es inglesa. Inglaterra cuya ambición no tiene límites y que siempre está buscando donde colocarse, auxiliada de los holandeses, se apoderó a viva fuerza de este peñón importante el año de 1704, ocupando así la llave del Mediterráneo. Le fue confirmada su posesión por la paz de Utrecht; y los españoles no lo han podido recuperar por repetidas que han sido sus tentativas, aún aliados con Francia. Verdad es, que el punto se tiene como inaccesible.”

Me divertí mucho en Barcelona, y no admiré tanto los edificios y monumentos públicos, como el carácter distintivo de aquellos habitantes, siempre ocupados, y que, a mi entender, son los más industriosos de toda la España.

No sé por qué error de capricho, se propuso un viejo catalán rico, que Casanova era mi hermano. Se enamoró de mí, y sin encomendarse ni a Dios ni al diablo, me pidió a mi padre para casarse conmigo, interesando igualmente a Casanova para que hiciera por él. Mi padre que tiene todo el buen humor de un andaluz y Casanova el festivo y complaciente de un habanero, querían llevar adelante la broma; pero yo no me quise prestar a que se divirtieran a costa del anciano, y le descubrí

cuanto hasta entonces ignoraba: que era casada y con un hijo. “Lo siento, me contestó con toda la sencillez de un hombre de buen corazón, porque estaba resuelto a casarme con usted, haciéndola la absoluta heredera de todos mis bienes.” En segunda parte, dijo mi padre, no hay inconveniente, aunque la primera sea irrealizable.” A cualquiera otra de esas conyugues industriales, se le habrían abierto tanto los ojos tras el interés; pero yo estaba muy contenta con mi suerte, amaba, y era amada, y ¿qué más podría desear?

A los cuatro meses volvimos a Cádiz; y afortunadamente, para mi tranquilidad o por mis persuasiones, logré que mi padre se viniera a establecer aquí con nosotros para seguir sus negocios. Mi objeto era alejarlo mucho más de los puertos, para así distraerlo de ese hábito de estar siempre embarcado, con más razón, debido a que quería que, también, mi marido hiciera lo mismo, para que estuviera continuamente separado de mí, cosa que sienta mal a una mujer que quiere como se debe.

Como nuestras proporciones no eran escasas y esta ciudad por ser asiento de la corte es tan propia para la clase de negocios que hace mi padre, Casanova y yo hemos hecho las maneras, hasta conseguir lo establezcan aquí para imposibilitarlo de navegar. Y como hemos logrado nuestro intento, no tiene otro desquite, que cuando sufre algún achaque contentarse con decir: “¡Que falta me hace el mar! Nunca me enfermaba mientras estaba en él, pues gozaba siempre de salud, y este apoltronamiento de estar continuamente pisando tierra, va a acabar con mis días, antes que Dios quiera.”

En fin Clementina, para complemento de mi felicidad, has venido a encontrarme. Bastantes inquietudes he tenido desde que dejé de saber de ti, atribuyéndolo o a ingratitud tuya, o a alguna otra desgracia. Desde hoy, tengo además la satisfacción de conocer una nueva amiga en Rosina,

pues me han animado siempre por ella las mejores intenciones. Yo la querré tanto como a ti, concluyó, haciéndole Rosina los mismos ofrecimientos en buena correspondencia.

“Recordarás Elisa, continuó entonces Clementina, que en la última carta que te escribí de Chágres, te dije de la llegada del brigadier Cramer y su hijo Guillermo los cuales llevaban el indulto de Soulendar, en los propios momentos en que iban a sepultar su cadáver, y que aún permanecía Rosina desmayada en mis brazos, cuando tanto el padre como el hijo se dieron a conocer.

Todos nos quedamos aturcidos con aquella aparición. Guillermo que contaba ya con el permiso de su padre para unirse con Rosina, no pudiendo ser indiferente al estado en que la veía, se acercó a mí y la tomó en sus brazos ayudándome a suministrarle sales. La huérfana volvió en sí, y tú misma puedes definir, lo que en su caso experimentarías, encontrándote sin esperarlo, estrechada por tu amante un momento tan solemne y angustiado, y en que hasta la vida es una duda.

Rosina tuvo razón para creer que aquello era un sueño o alguna de esas fantásticas apariciones que se presentan a una imaginación descarriada por el dolor. Estando algo tranquilizada, el mismo Guillermo le refirió lo que pasaba, lo cual le proporcionó otro motivo más para derramar nuevas lágrimas por la desgracia de su padre.

El brigadier reunió sus persuasiones a las nuestras para calmar su sentimiento, y ofreciéndole que él iba a ser su segundo padre, la acercó a su pecho, dándole enternecido el dulce nombre de hija. Yo estaba encantada con todo esto, viendo la mano visible de la Providencia, que tan rápidamente premiaba tanta virtud y tanta resignación.

Conseguimos que los extremos de Guillermo y los cariños de su padre la consolaran lo necesario para empezar a arreglar nuestro equipaje; porque sólo esperábamos que se concluyera el plan de defensa, para embarcarnos en la misma fragata de guerra que había venido el brigadier, la



cual esperaba órdenes en Portobelo, para seguir hacia Cartagena, de donde partiría la vela poco después para España.

En el mismo buque, aunque unos días después, por descuido del portador, recibí carta de Rodrigo en que me anunciaba haber conseguido el relevo de mi padre, invitándome a darnos la enhorabuena por nuestra próxima reunión.

Guillermo y Rosina se casaron en Cartagena, siendo los padrinos el brigadier y yo, y al cabo de los meses, llegamos a Cádiz. Allí me encontré con Rodrigo, que impaciente por mi llegada, apresuró los preparativos de nuestro matrimonio, que verificamos al mes de habernos vuelto a ver.

Mi padre y nuestros maridos, habiendo sido destinados a Madrid, nos trasladamos allí. A Rosina se le devolvieron los bienes de su padre; y juntos, después de tantas vicisitudes y trabajos pasados en aquel país, sólo calculado para hacer sentir todo el peso de sus crímenes a los más insignes malhechores, la justicia divina nos ha premiado al fin, concediéndonos una vida pacífica y feliz, al dulce arrimo de los objetos de nuestro amor, que para nuestra mayor dicha, el mío, ha sido coronado con una niña, y el de Rosina con un niño, que forman nuestras delicias y contribuyen en gran parte, a hacernos olvidar los amargos recuerdos de aquel tiempo pasado en el cual vivimos la más desgraciada calamidad.”

Así habló Clementina y estas tres familias reunidas, estrechando cada vez más sus vínculos, veían correr sus días, embellecidos por los encantos de una tan tierna y sincera amistad.

**FIN**